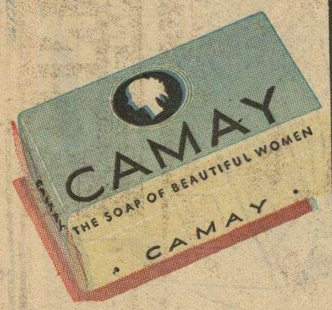
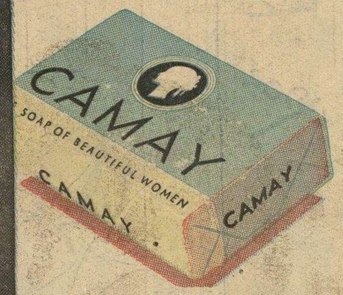
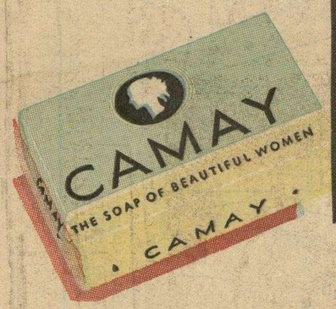
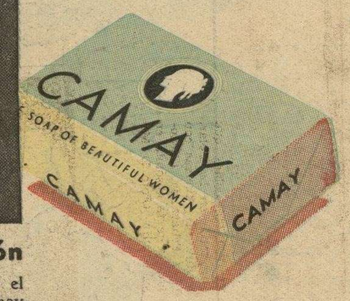
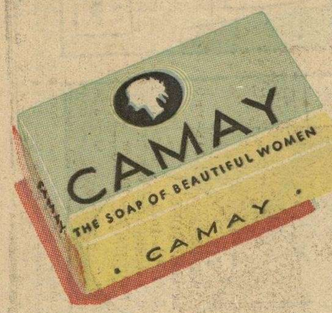
El jabón de las bellezas

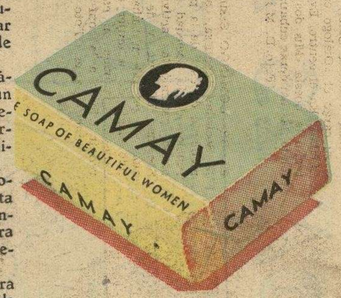












...una fórmula de encanto y seducción

TODA mujer se encuentra siempre en un constante concurso de belleza. Es imposible evadir la comparación y la presencia de otras mujeres ante la vista de implacables jueces.

Se juzga la belleza, la distinción, la simpatía, los encantos propios... Resalta el *cutis*... la *piel*...

Todas las mujeres ambicionan poseer un cutis y un cuerpo delicado y atrayente. Todos los hombres reciben el influjo de esa seducción... Valoran... destacan... *les gusta*...

Camay ayuda a vencer.

Camay contribuye a poseer esa apariencia que toda mujer desea y todo hombre admira.

Una pastilla de Camay basta para convencer de que *aún* es posible conocer un jabón *nuevo*... un jabón que deja en el rostro la sensación de una delicadísima crema y en el cuerpo la fragancia de un baño de esencias.

Su acción pura y delicada beneficia positivamente a la epidermis.

Camay está destinado a crear la belleza, a cuidarla, a conservarla...

Contiene una habilidosa composición de delicados aceites que suavizan la piel, concentrando en una pastilla todo un tratamiento de belleza.

Sus valores han sido contrastados por las mujeres de todo el mundo. Y se asegura que no hay otro jabón en estos momentos en Cuba tan noble como Camay.

Se han hecho pruebas en comparación con otros jabones, sobre diferentes condiciones de la piel. Y una y otra vez ha salido triunfante Camay, considerándolo definitivamente el más delicado jabón para mantener la belleza natural.

Y no obstante sus virtudes superiores, no se puede encontrar un jabón tan bueno al precio de Camay.

Posee una condición aristocrática, pero se caracteriza por un precio popular. Cualquiera puede comprarlo y, después de usarlo una vez, si costara más, seguirían prefiriéndolo.

Usted se sorprenderá al conocer su bajo costo. Está a la venta en todas partes. Pídalo hoy. Identifíquelo por su original envoltura verde y amarilla, cubierta con celofán.

Y sus envolturas sirven para conseguir los premios gordos de las ofertas del popular jabón "Llave".

Camay

El jabón de las bellezas

DIARIO DE LA MARINA

SUPLEMENTO DOMINICAL ILUSTRADO

LA HABANA, 20 DE MARZO DE 1938

ARCHIVO NACIONAL

Sonja Henie

En Este Número: ★ Faldas Célebres en la Historia ★ ¿Cuánto Ganan los Reyes? ★ Napoleón en Santa Elena ★ Fred Astaire ★ Ginger Rogers ★ Eleanor Powell

M.E.C.D. 2016

El Coronel Chartéris en la India

Por W. M. Thackeray

Continuación

importa; él se declara satisfecho con que se lograra victoria tan espléndida: no envidia en lo más íntimo a los que tuvieron la suerte de hacerse otorgar vanos honores.

«Después de la batalla marchamos a Delhi, donde el infeliz Cha Alum, viejo y ciego, nos recibió con pompa y prodigó toda suerte de títulos y mercedes a nuestro general en jefe. Los oficiales fueron desfilando por delante del cha, quien se fijó especialmente en mí y preguntó mi nombre.

«Lord Lage le explicó compendiosamente y en voz baja mis hazañas. Tanto gustó al anciano monarca, el relato de mi victoriosa lid con el elefante (cuya trompa todavía me sirve), que dijo:

—Vamos a llamarlo «Gujputi» o sea apodo con que cariñosamente me distinguió desde entonces la gente del país es decir, los hombres, porque las mujeres me daban un nombre mucho más dulce a mis oídos: el de «Muspoob», que quiere decir encantador.

«No voy ahora a describir Delhi, ciudad conocida seguramente por el lector ni el sitio de Agra, donde marchamos al salir de Delhi, ni la tremenda jornada de Laswary, donde dejé crecer el pelo lo mismo que la barba, hasta que me llegó a la cintura. Me pasaba dos horas diarias ocupado en rizarme el pelo en diez «tirabuzones», que ondulaban sobre mis hombros, y en empinar las guías de mis bigotes hasta dar la vuelta a los ojos.

«Me compuse el uniforme con pantalón bombacho encarnado sujeto con una faja del mismo color y bota roja de tafilete. La chaquetilla era también encarnada, así como el majestuoso turbante de tres pies de alto, rematado en un penacho de plumas rojas de flamenco Ningún adorno mitigaba la fiereza del color de fuego, exceptuando una insignia de plata, una calavera y dos tibias cruzadas, que llevaba prendida en la delantera del turbante. Se complementaba el uniforme con un par de pistolas, un «cris» malayo y mi espadón de doble filo y de cerca de seis pies de largo. En vez de moharra, remataba cada una de las dos banderas del batallón en una calavera y dos tibias cruzadas, todo auténtico; colgando del trofeo dos barbas, una negra y otra roja, ambas de enorme longitud, arrancadas por mi propia mano a enemigos muertos en la batalla. En una de las banderas campeaba el blasón de la Compañía de la India; en la otra aparecía mi retrato, dominando un elefante derribado, y debajo una simple palabra: «Gujputi», escrita en caracteres nagaries, persianos y sánscritos. Montado, en mi caballo negro de batalla, juro, por los dioses inmortales, que aparecía digno de compararme con el mismo Marte, y que se me pueden dedicar los versos escritos en tiempo de Marlborough en loor del gallardo general Webb:

«Busca el camino del riesgo noble,
y el gran ejemplo sus soldados siguen
Galopa al frente audaz el comandante,
y, nuevo Marte, a la lid los guía.

¡Manes propicios cuidarán del héroe
bel'o cual París, cual Héctor valiente!»

«Mis oficiales (los capitanes Biggs y Mackanulty, los tenientes Glogger, Pappendick, Stuffle, etc., etc.) vestían uniforme igual al mío, pero todo amarillo; clases y soldados, en negro. He visto muchos regimientos en gran parada desde entonces y a no pocos hombres de catadura ferocísima; mas no vacilo en afirmar que la peor cuadrilla de asesinos intimidaría mucho menos que la mera aparición de los Guerrilleros de Admednuggar. Me habría gustado, ¡vive Dios!, que el Zar de Moscovia hubiese bajado por Caubul y Lahore al encuentro de mis macos Admednuggares. ¡Benditos y alabados seáis, morenitos míos, compañeros en victorias! Han pasado veinte años, y todavía resuenan en mis oídos el clamoreo de vuestro grito de guerra y deslumbra mi vista el relampagueo de vuestras cimitarras, manejadas con frenesí en el fragor del combate.

Pero dejémonos de tristes recuerdos y volvamos a mi brillante batallón. Ahora puede el lector imaginar el formidable

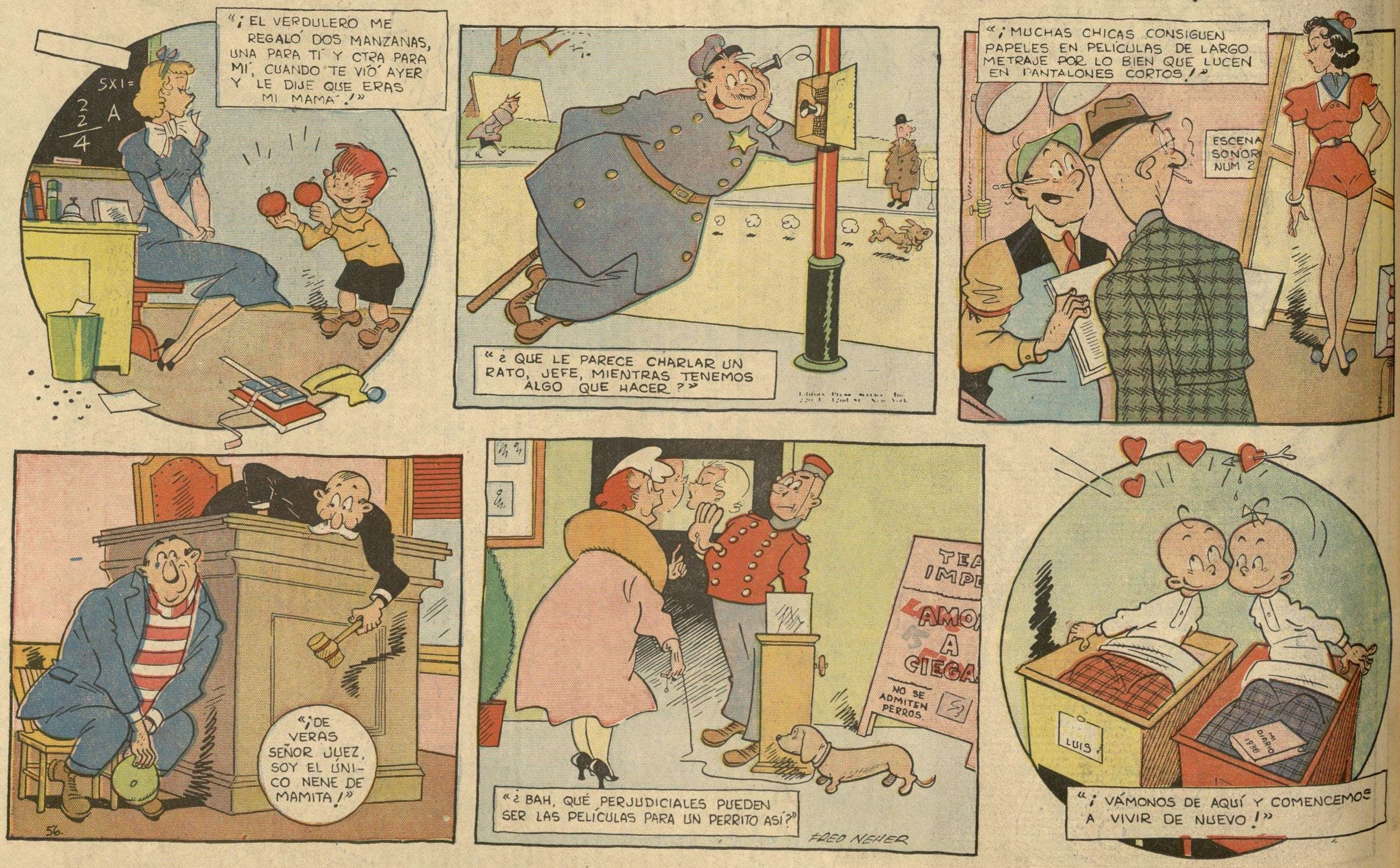
za a usted. Me veo, pues, forzado a crear una para usted exclusivamente. ¿Que le parece, mi buen amigo, un cuerpo montado independiente, fuera del ejército regular»?

«De esta carta surgió el famoso cuerpo de los «Guerrilleros de Ahmednugger», todo lo irregular que se quiera; pero que ha dejado huella imborrable en los anales de nuestras campañas de la India.

«Como jefe y fundador del regimiento, se me autorizó a vestir a mis guerrilleros con el uniforme que mejor me pareciera, así como a poner banderín de enganche. Apenas se divulgó mi nueva empresa, acudieron reclutas a banderadas con mucho mayor apresuramiento que si hubiesen tenido que sentar plaza en un cuerpo regular al servicio de la Compañía.

LA VIDA ES ASÍ...

Por FRED NEHER.



M.E.C.D. 2016

¿Cuánto ganan los REYES?

El Rey Carol, de Rumania

Zogú, de Albania

Boris, de Bulgaria

FUE en medio de un fasto bizantino que se desenvolvió la ceremonia del matrimonio del presunto heredero del trono de Grecia, el Príncipe Pablo, con la Princesa Federica Luisa de Brunswick, en Atenas, hace poco.

Las magnificencias de la liturgia griega, el cortejo, compuesto por cuarenta príncipes cargados de charreteras de oro, los regalos suntuosos que llovían sobre las cabezas de los jóvenes esposos, todo contribuyó a transformar esta ceremonia en un imponente desfile de riqueza y de lujo. Ya se ha dicho que los príncipes son unos capitalistas, en el sentido moderno de la palabra; y si la familia real de Grecia no posee una vasta fortuna personal, sí que está incluída en el consorcio de los hombres ricos coronados.

Contrariamente a sus abuelos, que guardaban sus fortunas en el secreto de los subterráneos, los príncipes de hoy, siguiendo las corrientes modernas, tienen sus cuentas corrientes en los bancos y manejan sus «carnets» de cheques. Pueden ser también accionistas de grandes empresas, pueden jugar a la Bolsa, perdiendo o ganando, y entregarse a los negocios como cualquier mortal de Wall Street o de la City londinense... Y si no les es permitido mezclarse en política, cosa precaria, las costumbres modernas les autorizan a entregarse a los negocios.

La vida de los príncipes y las princesas depende mucho de su fortuna personal. Si son ricos, pueden casarse por amor, incluso contratando uniones mercanáticas, abdicar y correr aventuras. Si son pobres, han de contentarse con un matrimonio de conveniencia.

Sin duda la princesa Federica de Brunswick, es una excepción. Aunque la familia de los Brunswick está arruinada, la admirable criatura se ha podido casar con un admirable y gallardo individuo. Por su parte, el Príncipe tampoco es rico, ni hombre de negocios. Ha elegido una esposa de acuerdo con su corazón—una, según él, preciosa criatura que es ya el ídolo del pueblo heleno. Ciertamente: el hecho no es frecuente; y muchas princesas sin dote estarán envidiando a su prima, Juliana de Holanda, que pudo casarse permitiéndose un esposo a su gusto—el príncipe Bernardo de Lippe Biesterfeld, un hombre sin fortuna, largo tiempo obligado a ganarse la vida con su trabajo de empleado de un banco.

oOo

El oficio de rey ¿es lucrativo? A despecho de las revoluciones y las crisis económicas, el porvenir incierto de los tronos y de las coronas, la realeza es, en nuestros días, un empleo no despreciable; y la pompa desarrollada últimamente en Atenas demuestra que sus majestades y sus altezas saben desenvolverse. Incluso los reyes en el exilio pueden subsistir honestamente. ¿Os acordáis de aquel Manuel de Braganza? ¿O de la rama Orleans-Braganza, del Brasil?

Algunos de éstos tienen grandes intereses en petróleos.

Carol de Rumania fué menos feliz en sus años de expatriación. Reducido por amor a una situación material de las más precarias, tuvo que conformarse con vivir en una modesta «Villa» de la Costa Azul con una renta que no le permitía desarrollar su fantasía. Esos años de abstinencia le enseñaron, probablemente, la economía y los métodos en los negocios modernos. Cuando volvió a remontar su Trono, estaba resuelto a no cometer más tonterías. El Estado rumano, que es generoso, le proporciona una lista civil de 73.000 libras esterlinas por año, de las que se estima que guarda sus buenas 20.000—unos noventa mil pesos—. Debido a su prudencia y buen sentido en los negocios, ha sido bautizado con el nombre del «Cec[illegible]ge de Rumanía».

Uno de los estos hombres coronados, experto en los negocios, que supo desenvolverse mejor en Europa, fué el rey Alejandro de Serbia. Tan pronto como su primo Carol, cuando ascendió al Trono, obtuvo una lista civil importante—58 millones de dinars; esto es: 250.000 libras por año—, de la que convirtió buena parte en fondos de «père de famille», administrando otras listas civiles de todos los príncipes de su familia. Cuando fué asesinado en Marsella, su hijo heredó una fortuna bastante sólida. En efecto: el joven rey Pedro disfruta de una renta estimada en mil libras por día—cinco mil pesos—. Se le llama «el pobre muchacho demasiado rico».

Boris de Bulgaria es considerado como el «pariente pobre» de los príncipes de Europa. El estado no le da más que doce mil libras inglesas por año—unos 60.000 pesos—. Se casó con la hija del Rey de Italia, cuya dote era bastante magra. La pareja real búlgara se halla en un estado tan precario que incluso no puede rivalizar con los diplomáticos extranjeros acreditados en Sofía. Estos, debido a tal situación, han recibido instrucciones de sus respectivos gobiernos, de no desplegar ningún lujo, limitándose estrictamente a las recepciones indispensables.

El Rey Zogú, de Albania, tiene igualmente un ingreso modesto: 4.000 libras esterlinas por año—unos 20.000 pesos—; su reino es pequeño, y este soberano, iniciado a la moderna, ha recibido buenas compensaciones por la penetración italiana en el país. Además, Zog, como se le llama comunmente, tiene otros recursos. Lo mismo que gran número de príncipes, posee excelentes rentas

El ex Rey Eduardo VIII de Inglaterra fué el soberano más rico de Europa. Tenía una lista civil de 410.000 libras esterlinas—más de dos millones de pesos—al año. Además recibía las rentas del ducado de Cornoualles, que es una verdadera empresa de comercio: minas de estaño, propiedades inmobiliarias, etc. Y, aparte, el ex rey de Inglaterra había heredado de su bisabuela la Reina Victoria y de su abuela, la Reina Alejandra. Como sabe todo el mundo, Eduardo no es muy ecrnómico, y además de las pequeñas satisfacciones, las cargas del palacio de Buckingham pesaban mucho sobre su hacienda. Jamás ha buscado hacer buenas inversiones ni se ha entregado a negocios lucrativos; su abdicación le infligió una pérdida considerable. Sus rentas se elevan, en la actualidad aún, a unas 55.000 libras esterlinas al año—unos 425.000 pesos—con lo cual se cree que puede pasar una agradable existencia.

En medio de estos príncipes capitalistas y de estos hombres de negocios reales, el heredero Pablo de Grecia y su espléndida esposa ocuparán un lugar modesto. Se verán obligados a desenvolverse con 8.000 libras por año

Pero, ya lo hemos afirmado: se trata de un matrimonio de amor, y en la espera de que la situación del matrimonio mejore, Grecia les ha colmado de presentes, entre los cuales se cuentan un collar de catorce espléndidas esmeraldas, de un valor de 4.000 libras —20.000 pesos —ofrecido a la joven esposa por los oficiales del ejército y un aeroplano adquirido gracias a una suscripción

La Princesa Federica Luisa no es una mujer exigente; jamás ha participado en la vida fastuosa de las cortes capitalistas. Emparentada con la familia real de Dinamarca, cuyas rentas son bien modestas y además tiene la manía de la democracia, ha permanecido largas temporadas en Copenhague llevando una vida de las más simples, desprovista de todo lujo. Se afirma que la Princesa conoce mejor sus deberes de ama de casa que las pequeñas burguesas.

Pese a los festejos de la ceremonia nupcial, las casullas resplandecientes de los obispos y la mitra de oro del Primado de Atenas, pese al auto lujoso que esperaba al joven matrimonio a la salida de la catedral—y el desfile imponente de los primos multimillonarios—, el heredero del trono griego y su esposa sólo son dos jóvenes que se aman, que penetran en la vida matrimonial sin preocuparse del oro de Wall Street y de las fluctuaciones de la Bolsa internacional. Sin duda alguna, su luna de miel no será menos admirable.

J. M. C.

El Príncipe Pablo, heredero de Grecia, con la Princesa Federica Luisa de Brunswick (ambos en el centro), después de la ceremonia

aspecto de los guerrilleros en el campo de batalla; aquella línea de quinientos hombres de cutis negro, de barbas negras, uniformados de negro, montados en caballos negros; Bigg, Glogger y los demás oficiales amarillos, lanzados como rayos de la guerra en desenfrenada carrera, y yo delante, como una llamarada que los iluminara, rojo, solitario, soberbio, parecido a un soberbio astro en el remoto firmamento.

«Pocos serán los que no se hayan enterado de la súbita y animosa algarada de Holkar en el Dooáb (año de 1804), cuando nos figurábamos haberlo aplastado con la victoria de Laswaree y la brillante acción de Deeg. Acampó en Palimbang al frente de diez mil caballos y la primera noticia que llegó al general Lake de la invasión fué que teníamos al enemigo en Putna, y luego en Rumpooge y en Doncaradam...; esto es, en el corazón de nuestro territorio.

«Lo malo era que cuando su excelencia se convenció de que agarrar al cabecilla majratta no era despreciable, no sabía por dónde, pues lo había dejado avanzar lo menos dos mil millas en el propio territorio. ¿Estaría el enemigo en Hazarubaug o en Bogly Gurge? ¿Quién lo sabía? He aquí por qué nuestra caballería andaba de Ceca en Meca, perdiendo en tiempo en marchas absurdas, vacilantes, contradictorias e indecisas.

«Tal era el estado de las cosas en octubre de 1804. A primeros de aquel mes me habían herido (un ligero rasguño que me cortaba el párpado superior izquierdo, una porción de la mejilla y el labio inferior), de manera que tuve que resignar el mando de mis guerrilleros en Biggs, mientras me retiraba yo con licencia para curarme las heridas a Furruckabad, por otro nombre Futtyghur es decir, a la cúspide misma del Dooáb como sabe el último de los empleados de postas. Era aquel punto cabecera de cantón militar, y allá me fuí exclusivamente para ponerme en manos del cirujano y aguantar cataplasmas.

Bueno, pues Furruckabad está dividido en dos barriadas o ciudades: la baja o Cotwal, residencia de los indígenas, y la alta, rudimentariamente fortificada, y que ha sido llamada siempre Futtyghur, palabra que en el idioma indostaní significa: «el refugio predilecto de los feringhees del rostro blanco junto al bosque de mangos consagrados a Rama» donde viven los europeos. (Es verdaderamente portentosa, entre paréntesis, la extensión que abarca este idioma; imposible parece que se puedan encerrar tantas cosas en una o dos palabras que, al parecer, nada tienen de particular)

«Pues, como iba diciendo, Buggs con mi gente agregada al ejército de lord Lake, hacía mil y una hazañas a cual más inaudita, mientras yo estaba retenido en el cautiverio de Futtyghur, involuntario prisionero necesitado de salud.

«No se puede afirmar, sin embargo, que fuera prisionero de todo involuntario, pues el cantón de Fattyghur ofrecía cuanto se requiere para hacer feliz en la esclavitud al hombre más exigente, porque allí estaba la mujer, la mujer hermosa y adorable, en abundancia y variedad de tipos, cosa natural si se tiene en cuenta que al iniciarse la campaña en 1803, las damas pertenecientes al ejército fueron reconcentradas en aquella plaza, por suponerse que era absolutamente segura. Podría yo, al estilo de Homero, describir nombres, títulos y cualidades de cada una de aquellas señoras; mas debo limitarme, y mencionaré solamente a «unas pocas», las que más dulces ecos despiertan en mi corazón.

«Helas aquí;

«La señora mariscala de campo Bulcher, de Infantería.

«La señorita Bulcher.

«La señorita BELINDA BULCHER. (Nombre que ruego al cajista que componga con mayúsculas grandes).

«La señora comandanta Vandegobbleschroy.

«La señora comandanta Macan y las cuatro señoritas Macan.

«La honorable señora de Burgoo.

«Las señoras de Flix, de Hicks, de Wicks y tantas otras más, que harían interminable esta lista.

«La flor y nata de nuestro ejército, pues, allí recluída; por esto me despidió lork Lake con estas palabras:

«—Gahagan, a su custodia encomiendo esas mujeres. Guárdelas usted, aun a costa de su vida vele por ellas, aun a costa del honor; defiéndalas con la fuerza sin par de su brazo indomable.

«Como he dicho antes, la barriada de Futtyghur es un centro genuinamente europeo. El lindo aspecto de los «bungalows» (las viviendas indianas), rodeados de tupidos bosquecillos de mangos, ha causado siempre la admiración del viajero y del dibujante. Desde la cima de un altozano se ve correr majestuoso el río Burrumpooter, rozándole las faldas. No se podría imaginar, en una palabra, residencia más deliciosamente arreglada por el arte y la naturaleza de consuno para el bello sexo de la Gran Bretaña.

«La señora de Bulcher, ya de Vandegobbleschroy y las otras damas antes mencionadas, vivían en preciosos «bungalows» rodeados de jardines, y pasando de uno al otro transcurrían mis días de holganza, tan deleitables como pueden serlo para un hombre apartado de su predilecto oficio de las armas.

«Yo era comandante del fuerte; insignificante «pettah», defendido simplemente por un par (?) de cestones, una medianeja contraescarpa. En lo alto de la tronera flotaba mi pabellón. Los cuarenta hombres que componían la guarnición, estaban cómodamente alojados en las casamatas vecinas. Completaban la guarnición un cirujano y dos capellanes, además de tres sacerdotes de la clase de paisanos, o digase aficionados, que vivían en a ciudad, en misión voluntaria.

«Era la noche del 1o. de noviembre del año 1804. Para celebrar mi restablecimiento había convidado a una sencilla fiesta en el pabellón a la señora generala Bulcher, con sus hijas; a la de Vandegobbleschroy; en una palabra, a todas las damas de la ciudad. La fiesta era, al propio tiempo, celebración de la apertura de la temporada de caza, y me servía como visita general de despedida, pues pensaba largarme al día siguiente y reincorporarme a mi regimiento. Rechazaron mi convite los tres misioneros de afición, a quienes aludí antes, y algunas conocidas por la rigidez de sus principios religiosos. Más les habría valido... Pero no adelantemos los acontecimientos.

«Se bailó alegremente durante toda la noche; se sirvió la cena, compuesta principalmente de las piezas de caza que había yo cobrado el día antes, en que alternaba el exquisito cóndor con el finísimo adjutant y otras aves semejantes. Damas y caballeros «festejaron» debidamente la cena, dándome ocasión para escurrirme hacia la muralla en la dulce compañía de la interesante Belinda Bulcher. Estaba ocupado, como dicen los franceses, en contar «fleurettes» a la graciosa damisela, cuando súbitamente surcó los aires un cohete y surgió de las tinieblas del valle una viva claridad.

—¡Vaya, mi capitán!—dijo Belinda—. Con que ¿también fuegos artificiales? No se puede ser más galante y obsequioso

—Fuegos artificiales parecen—repliqué—; pero francamente, nada tengo que ver con el obsequio. Quizás nuestros amigos los misioneros...

—¡Mire, mire allá abajo!—exclamó en esto Belinda, echándose a temblar y apretándome el brazo—. ¡Santos cielos! ¿Qué es lo que veo?... Sí..., no..., sí, sí; nuestro «bungalow está ardiendo!

«Era cierto; la vivienda de la generala era una hoguera..., luego otra y otra, hasta siete... Saqué mi anteojo de noche y... Ardían las viviendas edificadas en torno a la vasta plaza cuadrada. Delante de las piras bailaban millares de figurs negruzcas, y rápidamente invadían el espacio iluminado por el incendio columnas y más columnas de indianos a caballo.

«—¡Centinela!—grité con voz estentórea, mientras Belinda, muerta de miedo, cobraba ánimos agarrada al brazo valeroso que la tenía ceñida por la cintura—. ¡¡Abajo el puente levadizo! ¡Cuidado con que estén cargados hasta la boca los masolgees! (piezas de pequeño calibre a modo de culebrinas). ¡Cipallos, al rebellino! ¡Chaprasis, fuera luces de las troneras! ¡Por mi nombre de Golian Gahagan!

«Inútil es decir la alarma que suscitaron mis voces. Hombres pasmados, mujeres estremecidas... Antes de entablar el combate, pedí a la guarnición un voluntario, para que me diera cuenta del número y calidad del enemigo. Nadie respondió. Recompensas prometidas, amenazas, insultos, todo fué en vano.

«—¡Buen porvenir se me presenta—les dije entonces—, con este hato de cobardes! Pero ¿no sabéis que el villano Holkar, si es él quien nos asedia, tomará al amanecer este mísero fortín y no nos dará cuartel, no nos dejará la más remota esperanza? ¿No hay uno que ahora arriesgue la vida, para después perderla todos, para perder más que la vida, si consideramos la suerte de estas hermosas aquí congregadas?

«Válgame Dios, qué chillidos y alboroto al oír estas palabras. El coro des-

M.E.C.D. 2016

esperado de las damas me recordaba el sollar de los chacales en un ocaso de verano.

«*Belinda, mi incomparable Belinda, se me abrazó tiernamente y derramó inestimables lágrimas en mi hombro, o más exactamente, sobre el bolsillo de mi chaleco, pues no alcanzaba más arriba.*

«Y sollozando me suplicó que antes de entregarla a los infernales majrattas, le quitase la vida.

«Sobre la cruz de mi espada se lo juré y sellé mi juramento con un estrecho abrazo, que divulgó el secreto de nuestro amor, no declarado aún a nosotros mismos.

«Entonces ofrecí el ejemplo de mi amante a las demás señoras, y las invité a que se dieran la muerte antes que entregarse al infame enemigo; pero júzguese de mi disgusto al ver que rechazaban unánimes la honrosa proposición, como los hombres habían rechazado antes el salir a explorar el campo.

«En medio del tumulto oí el toque de una trompeta, y al instante se me anuncia la llegada de un majratta con bandera de parlamento.

«Bajé en seguida, y a través del rastrillo recogí con la punta de la espada un papel arrollado, en el cual se leía esto:

«A Golia Gahagan Gujputi.

«Señor de los Elefantes: Tengo la honra de notificarle mi llegada a las ocho de la noche, con diez mil caballos a mis órdenes. Desde mi llegada he pegado fuego a diez y siete :bungalows» en Futruckabad y Futtyghur, y me he visto en el doloroso trance de quitar la vida a tres sacerdotes («mollahs») y a siete militares ingleses a quienes he cogido en la población. Las mujeres son llevadas sin hacerles daño a los harenes de mis oficiales y al mío.

«Conozco vuetro ardimiento y vuestro ingenio. Si rendís la fortaleza, tendré sumo gusto en daros el grado de mariscal y mandaré pacal de campo («jukabadar») en mi ejército. Mas si irechazáis lo que propongo, os ruego tengáis en cuenta que mañana sar a cuchillo a todo varón, y a toda hembra de más de veinte años de edad. Para vos guardo un castigo que me envanezco en creer difícil de superar por su novedad y perfección.

«Esperando que me favoreceréis con una pronta contestación, me ofrezco, señor, como vuestro seguro servidor y os beso la mano. **Jaswunt Row Holkar.**

«En el campamento bajo Futtyghur, 1 septiembre de 1904.

«Se suplica pronta contestación.

«El oficial que me trajo la notable carta (parece increíble, ¿verdad?, que un salvaje como aquel Holkar se apropiase tan bien las fórmulas corteses de nuestra correspondencia epistolar) permanecía en el rastrillo. Instantáneamente formé mi plan. Salí con un pañuelo blanco atado a un palo, llegué a la entrada y saludé con una zalema al parlamentario, el cual me la devolvió aún más extremada. Al verle agachado, lo derribé de un tremendo golpe en el pescuezo. Me llevé arrastrando el cuerpo exánime a mis habitaciones y lo dejé en cueros. Turbante y casco, cota de malla y calzas, sirvieron para disfrazarme rápidamente. Debía ir yo mismo a explorar el campo enemigo.

.. ..

Al llegar a este punto de mi narración tuve que detenerme, porque Cabrera, Ros d'Eroles y el Estado Mayor en masa dormían a pierna suelta.

CAPITULO IV

El campo indiano.—La salida.

Cuartel general de Morella, 3 de octubre de 1838.

¡Oh, noche embalsamada! Suena el pandero bajo mi ventana, acompañando el canto y las risas de los campesinos y las muchachas que bailan a la sombra del parral. Aunque esté alejado, distingo perfectamente el elegante Ramón Cabrera, que cuchichea palabritas sin substancia a los oídos de las niñas andaluzas (?) o junta su voz al coro del himno de Riego(??), vociferado a cada momento por la entusiasta tropa de Don Carlos Quinto.

Estoy solo, en el baluarte más inaccesible de nuestro pequeño castillo. El viento penetra por las troneras cargado de aromas de los naranjales y de las glorietas de mirtos. Me alumbraba una antorcha, una rama de oloroso limonero, me perfuma la estancia. Sobre una mesa improvisada con un barril de pólvora, en paped de «cartuchos», me pongo a escribir reanudando la narración que interrumpieron las ineludibles obligaciones de la guerra.

Escribo a millares de leguas del sitio en que podrían darme prueba de lo que anteceede, y porque escribo estrictamente la verdad, puedo fiar en mi memoria sin temor a contradecirme. Sigo, pues, la historia donde la dejé según creo, es decir, en el momento en que me estaba disfrazando con las ropas del parlamentario exánime de Holkar. Ya vestido, me di cuenta de que los majrattas apercibían fácilmente con sus ojos de lince mi cutis blanco y mi pelo rojo, pero completé la transformación bañándome cara y manos con un jarabe de nueces, y tiñéndome cabellos y barba con betún. El casco y la caperuza de mallas me tapaban la frente y parte de la cara; y salí de la fortaleza en la seguridad de que acabaría en bien mi temeraria empresa, contando con alguna suerte, bastante serenidad y la posesión de todos los dialectos y lenguas orientales de la Birmania al Arghanistán.

Apenas habría andado doscientas yardas cuando me encontré con una patrulla montada. Uno de los jinetes, que llevaba un caballo blanco, desmontó al apercibirme y mientras corría a hincarme de rodillas, agarrando el estribo cuajado de pedrería.

Monté rápidamente, diciendo: «¡Buk! ¡Buk!»

—Bueno, bueno. No nos detengamos.

Y no hablé más, esperando sacar de mis compañeros indicios que me orientasen. En efecto, estuvieron hablando continuamente de la misión del parlamentario, enterándome yo de que era nada menos que el famoso Bobbachy Bahawder (bobbachy, general; bahawder, artillero), el incenvible caudillo que de simple soldado alcanzó por sus propios méritos a pluma de pavo real.

La fortuna me era, decididamente, propicia. Aproveché la ocasión para hacer ver a mis compañeros, en frases cortas pero bien dichas, que la fortaleza gobernada por el insigne :señor de los elefantes», estaba guarnecida por un millar de soldados y disponía de provisiones abundantes.

Así llegamos al campamento, y el santo y seña que dió uno de mis advenedizos amigos nos franqueó la entrada.

Se agrupaba la soldadesca alrededor de las hogueras comiendo, durmiendo, contemplando las danzas de las bayaderas o escuchando las consejas de algún Dhol But (improvisador indiano). Camellos y corceles comían los frutos del platanal y una inmensa avenida... de elefantes guiaba a la tienda de Holkar. Era la hora del pienso, y bajo la trompa de cada uno de los monstruos, que sostenía un castillejo montado por arqueros mauritanos o por los famosos tiradores persas, un palafrenero presentaba una canasta llena de las frutas que se producen durante todo el año: cocos, plátanos, piñas y mangos, mezcladas con maíz.

A cada lado de la portentosa avenida conté nada menos que trescientas ochenta y ocho colas correspondiendo cada cola a un elefante de veinticinco pies de alzada; sosteniendo cada elefante un castillejo de dos pisos; arreglado cada castillejo con dormitorio y comedor para los doce hombres que lo guarnecían y que montaban la guardia en el techo; cada techo rematado con un asta de veinte pies de alto y el asta, rematada en una media luna cuajada de refulgente pedrería, sosteniendo la bandera de terciopelo de seda y brocado de oro; cada bandera ostentaba el conocido blasón de Holkar: plata y gules y en medio del sinople, un macho cabrío. Poco tiempo después pude hacerme con nueve de aquellas banderas, que tendré mucho gusto en enseñar cuando esté de regreso en Inglaterra al que sea aficionado a estas cosas.

Por la magnífica avenida llegó finalmente nuestra patrulla al alojamiento del gran caudillo; uno de los «burgalows» que no había sido presa de las llamas.

An entrar en la sala me encontré en pleno consejo de guerra: generales y visires estaban sentados en torno del señor, fumando todos, según suele esa gente de color obscuro, antes, durante y después de almorzar, de comer de cenar y de acostarse.

No se veía nada a dos pasos a través de aquella humareda (bendita sea mi suerte).

Cuatro kitmugars y consomahs notificaron al príncipe, con el ceremonial obligado, la vuelta de Bobbachy Bahawder, «el ojo derecho del Sol del Universo»; me hizo avanzar inmediatamente hacia el «aimaun» o estrado, donde estaba sentado en un riquísimo trono.

Me quité las zapatillas y postrado de hinojos di noventa y nueve cabezadas: en seguida, siempre de hinojos, recorrí un espacio de veinte pies por el suelo, y subí los veinte escalones que conducían al estrado; ceremonia penosa, heredada seguramente de los tiempos de bárbaro obscurantismo, que tritura las rodillas, además de los pantalones. Aconsejo a todas las personas que se embarquen para la India, con el propósito de servir a cualquier rajah, que se acuerden de lo que estoy relatando, y procuren llevar «bien acolchadas» las piernas.

El Ojo Derecho del Señor del Universo se encaramó, pues, lo mejor que pudo hasta que el «maidaum», donde estaban sentados fumando, como he dicho, los munuds o generales, y se acercó finalmente a Holkar, quien le interrogo sin preámbulos sobre el éxito de la misión. Aquello era un diluvio de preguntas ¿Cuánta gente hay en el castillo? ¿Cuántas mujeres? ¿Y víveres? ¿Y municiones? ¿Has visto a Gahagan Sahib? ¿Lo has degollado?

Antes de responder cogí el chillum que se me ofrecía, y empecé a fumar con tal fuerza que, palabra de honor, a una vara de distancia no se me podía ver más que en forma de columna de humo. Y empecé a contar, en idioma oriental, la fábula que me había imaginado.

—Contestaré, señor, primero, a tu última pregunta. Sí: he visto a Gujputi, que vive. Es hombre de ocho pies de estatura capaz de comerse un novillo diario (setecientos hay, por ciento, en el castillo, y él jura que se contestará con tres semanales mientras dure el sitio). Perdió el ojo derecho en un combate, y ¿sabes lo que ha resultado, ¡oh! Ram Gunlie? (¡oh! tú el del ojo claro como la mañana, el de la barba negra como la noche).

Pues ha resultado que Goliah Gujputi «nunca duerme».

—¡Vamos, Chorumasaug (ladrón del mundo)—exclamó el príncipe visir Saadut Alí Bey Bumbukchí—, ésta no cuela!

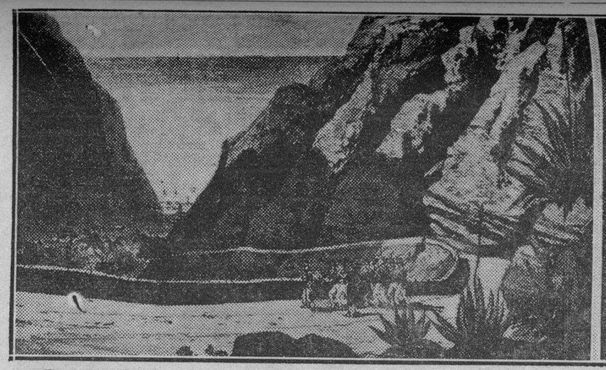
Murmullos de incredulidad siguieron a las palabras del visir, por lo que exclamé solemnemente:

—Por las ciento once encarnaciones de Vichnú (juramento que jamás ha violado, que se sepa, un indiano), juro que es tal como digo. Y aun agrego que Gujputi es un amog, que tiene pacto con el demonio, que es invulnerable. Y si no ¡mirad!—al decir esto desenvainé mi puñal—; tres veces se lo he hundido por la espalda, naturalmente, dos veces clavado en el mismo corazón... Pues se me ha echado a reir, diciéndome que hiciera saber a Holkar que no está templado aún el acero que le ha de hacer daño.

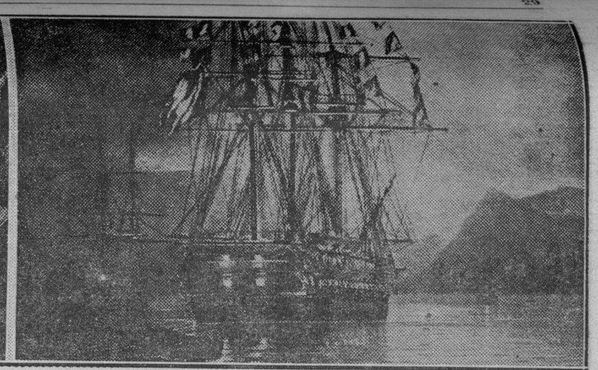
En mi vida he visto a un hombre furioso como el príncipe al oír el quizás poco prudente mensaje.

«¡Embustero!» «¿Te atreves a insultar a tu amo y señor, bribón?» «¿Y estás vivo, cara blanca, infiel?» «¡Toma!» «¡Toma!» «¡Toma!».

Y a cada «¡Toma!», el príncipe disparaba lo que le venía a la mano contra



La guardia inglesa, por orden del gobernador de Santa Elena, efectuaba todos los días una severa vigilancia por los caminos de la isla, pues el magistrado británico se espantaba ante la sola idea de la fuga de su ilustre prisionero.
(Grabado de la época)



La fragata «La Belle Poule», que condujo los restos mortales de Napoleón Bonaparte desde la isla Santa Elena, donde el «petit caporal» murió, prisionero de los ingleses, a consecuencia de una úlcera en el estómago

poleón y su comitiva eran rebajados en un tercio.

Es cierto que estos gastos se elevaban a la enorme suma de 17.000 libras o sea 425.000 francos oro. Lowe los redujo a 12.000 libras (300.000 francos oro). Sin duda alguna esta suma apreciable todavía, debía haber sido más que suficiente para costear los gastos de la pequeña corte de Longwood, pero la disipación era extraordinaria. Para sólo treinta y ocho personas se utilizaban diariamente ochenta y ocho libras de carne, nueve gallinas, seis libras de pescado y cuarenta botellas de vino. En vano trató el emperador por consejo de Gourgaud, poner un poco de orden en la casa. No lo consiguió y Napoleón, al que Hudson Lowe negó el permiso de enviar a Europa una carta lacrada pidiendo dinero, se vió obligado a vender su servicio de mesa, de plata maciza. Asustado por el alcance que tal noticia podía producir en Europa, Hudson Lowe cedió y el emperador pudo anotarse un triunfo. Hasta tuvo la satisfacción de comprobar que sus diferencias con el gobernador causaron impresión sobre el partamento británico Sin embargo, el gobernador fué apoyado por sus superiores y la situación del emperador casi no tuvo variación.

SUS COMPAÑEROS

Entre los acompañantes del emperador prisionero, se vuelven cada día más tirantes las relaciones, Montholon y su esposa, de la que se dice que concede al emperador favores especiales, (sin duda injustamente) son despreciados por Bertrand y Gourgand, celosos ambos por la especial estima que el emperador parece dispensarles. Esta animosidad apenas encubierta por la tiqueta palaciega vuelve siempre más sofocante la atmósfera de Longwood. Un aplastante mal humor pesa sobre la residencia. Por otra parte Napoleón no deja de tiranizar a sus compañeros, llamándoles en medio de la noche para dictarles noticias, informes de batallas, fragmentos de memorias y polémicas contra el ministerio inglés sin considerar el cansancio que los agobia.

También Gourgaud se vuelve infiel a principios del año 1818. El 19 de enero le hace al emperador una violenta escena, le amenaza con desafiar a duelo a Montholon y finalmente pide su retiro; el 14 de marzo abandona Santa Elena. Napoleón, al que los celos de Montholon había causado muchos momentos de ira, no se muestra mayormente afectado, pero casi al mismo tiempo desapareció Balcome, su anfitrión de Briars, el que volvió a Europa con sus dos hijas que tanta distracción habían proporcionado a Napoleón con su carácter amable y con sus felices ocurrencias. Después le tocó el turno a O-Meara. Este médico irlandes había sido enviado a Longwood tanto para vigilar a Napoleón como para cuidarlo. Al principio había desempeñado perfectamente la misión que se le había confiado, pero desde hacía algunos meses parecía haber tomado partido por Napoleón, pues se negaba en toda forma a informar a Hudson Lowe sobre lo que ocurría en Longwood.

RENOVACION DE AMISTADES

Cuando Lowe lo hizo arrestar, contestó de inmediato con la presentacion de su renuncia y poco después (en mayo de 1818) abandonó la isla. Dos meses mas tarde le siguió la señora de Montholon la que por su salud delicada se veía obligada a regresar a Europa para ponerse en manos de médicos. El numero de aquellos con los que el emperador podía entretenerse en forma confidencial y desenvuelta se reducía cada vez más. A pesar de lo cual no por eso estaba abandonado y podía confiar todavía en que el lugar de los que lo habían abandonado sería ocupado por otras personas a las cuales también podía tomar como confidentes. Pidió que se le enviara otro médico para reemplazar a O-Meara y también un sacerdote. Hombres inteligentes y fieles se ofrecieron, pero el tío de Napoleón, el cardenal Fesch los alejó y eligió como médico a un joven e ignorante asistente de nombre Antommarchi y como sacerdote a un insignificante anciano casi senil, el abate Buonavita. El hecho de que para la elección de dos hombres que estaban destinados a ser compañeros confidenciales del emperador no se procedió en forma más cuidadosa, o mejor dicho que se puso de manifiesto tanta falta de criterio en la elección, sería sencillamente inexplicable si no se supiera que el cardenal Fesch y la emperatriz madre pasaban en esos momentos por una verdadera crisis de misticismo. Una vidente alemana (sin duda una espía de Metternich) había conseguido la absoluta confianza de ambos. Les manifestó que la virgen le había sugerido que el emperador había abandonado la isla. La madre y el tío de Napoleón estaban entonces convencidos de que era realmente así. «De acuerdo a esto», escribió en el año 1821 Paulina a Planat, «la emperatriz madre y el cardenal consideraban que todas las cartas que recibían de Napoleón desde hace más o menos dos años eran falsas, creían que se trataba de cartas escritas por el gobierno inglés y con la firma de Napoleón falsificada, cartas que debían mantener la creencia de que Napoleon se encontraba todavía en Santa Elena cuando ellos estaban firmemente convencidos de que su majestad había sido llevado a otro país por los ángeles, en el que disfrutaba de perfecta salud, afirmando también que recibían noticias de él». Ya en octubre de 1819 envió la emperatriz madre a su nueva Catalina la misteriosa noticia de que Napoleón se encontraba en viaje a la isla de Malta.

«Así se explica lo incomprensible. Fesch enviaba a Santa Elena elementos sumamente baratos porque estaba convencido de que el emperador no se encontraba en la isla».

Ni uno ni otro estaban en condiciones de ser útiles a Napoleón. Al primer golpe de vista lo reconoció éste y se mostró sumamente decepcionado. Se veía forzado a reconocer que todos lo habían abandonado y a eso se debe que empezo a preocuparse con la idea de que ya nunca abandonaría Santa Elena. Desde ese momento contempló la residencia que hasta entonces había considerado como transitoria, como definitiva y se preocupó por embellecerla y hacerla más agradable. Hizo cambiar el mobiliario de su habitación y comenzó a plantar árboles frutales en su pequeño jardín. ¿Quién hubiera reconocido al «pequeño caporal» en este hombre voluminoso de rostro pálido, vestido a la usanza de los habitantes de la isla, la cabeza cubierta con un gran sombrero de paja y los pies descalzos con pantuflas rojas?

SU TRISTE VIDA

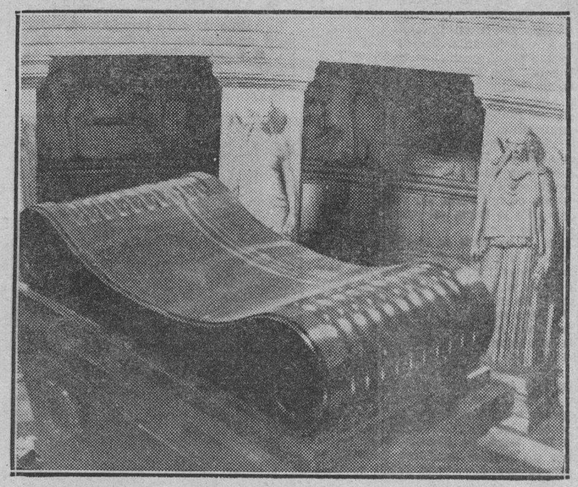
Desde el 4 de octubre de 1820 comenzó para Napoleón una vida de enfermedades y de retraimiento, que raramente fué interrumpida por horas alegres, en la que su reserva de fuerzas así como su valor producía entre los que lo acompañaban, sorpresa y admiración, a pesar de que reconocían que se acercaba el final del drama.

Miserablemente cuidado por el ignorante Antommarchi, que insistía en administrarle vomitivos, comenzó a sufrir una violenta tristeza sintiendo de tiempo en tiempo un dolor en el costado derecho. El cáncer al estómago del que también murió Carlos Bonaparte se anunciaba. A comienzos del año 1821, se consideraba perdido y el 13 de abril comenzó a dictar su testamento.

Este documento significó un acto político estaba destinado a posibilitar la ascensión al trono del rey de Roma, despertando en el pueblo francés el sentimiento por la desaparición del régimen y el ansia de que retornara. Este es el sentido especial de las advertencias que dirige al joven príncipe, el que nunca debe olvidar que es príncipe de Francia y que debe proceder de acuerdo a la base siguiente: «Todo por el pueblo francés» Y más sintomáticos aún son aquellos últimos consejos que hizo agregar el 17 de abril: «Si llega a gobernar, procure no imitar a su padre. Que sea un hombre de su época. Si quiera reanudar mis guerras, no será más que un necio... No se realiza dos veces el mismo hecho en un siglo».

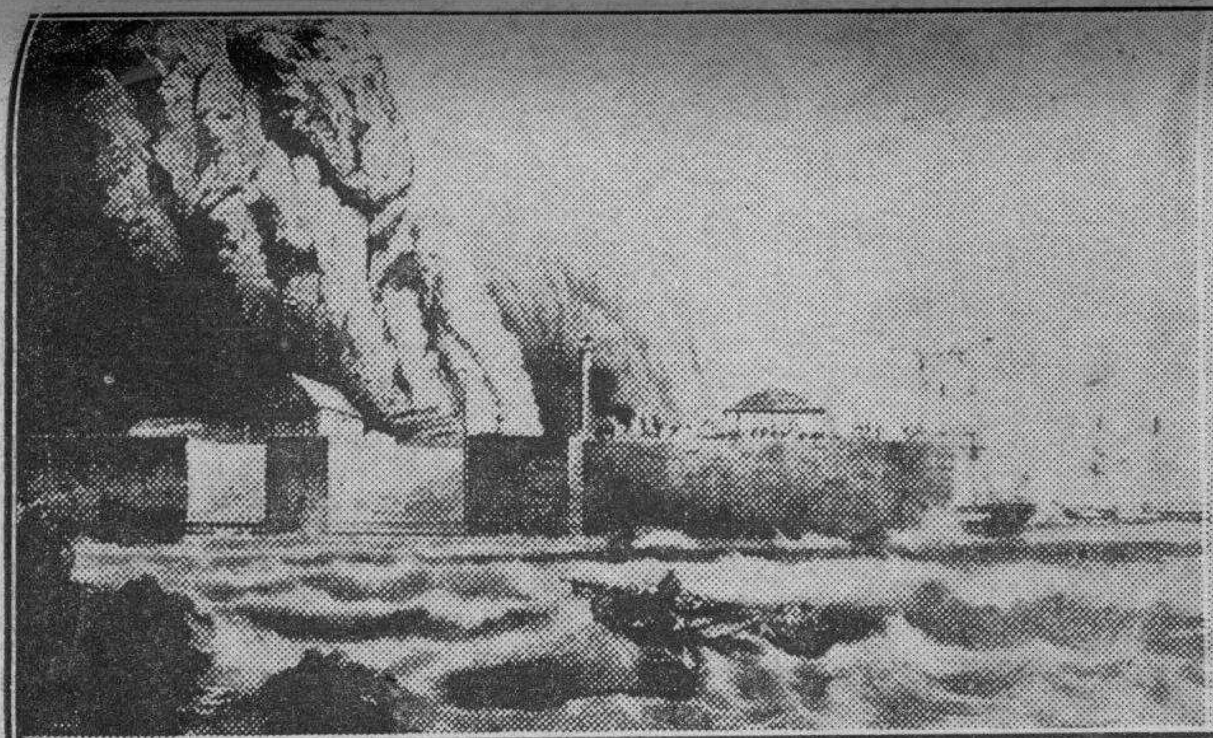
Así ve el Napoleón que muere a la futura monarquía napoleónica y así se la hace ver a Francia. Esto es ya todo el programa de Napoleón III, y es éste el que utiliza las ideas que su tío estampo para su hijo.

Catorce días más tarde, el 5 de mayo de 1821 murió Napoleón.

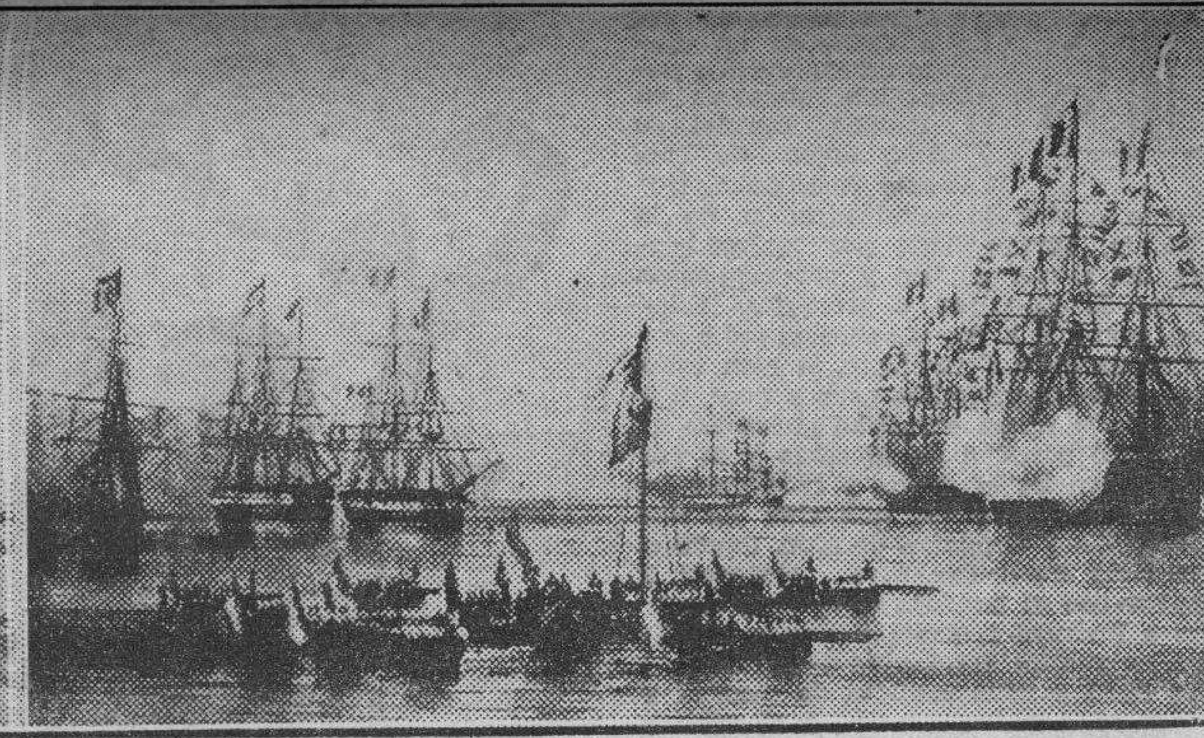


Reposo eterno.—Esta es la tumba de Napoleón Bonaparte, en París

M.E.C.D. 2016



La isla de Santa Elena, según un grabado de la época, perteneciente al Príncipe Napoleón. Este es uno de los recuerdos del Emperador que la comisión nacional formada últimamente en París reunió



Fiesta naval para distraer al Emperador preso en Santa Elena, es el título de este grabado de la época, de la colección del Príncipe Napoleón. En Francia se ha formado una comisión nacional para reunir todos los recuerdos del Emperador

NAPOLEON EN SANTA ELENA

Napoleón pasó los últimos días de su vida entre gente sin importancia.—Las Cases.—Vientos y niebla.—Hudson Lowe, "un tonto".—La corte de Long Wood.—Reducción de gastos.—Renovación de amistades.—Infidelidad de Gourgaud.—Las cartas.—La creencia en la huída de Napoleón.—Enfermedades.—Agonía.—Nuevas luces sobre los últimos instantes del Gran Corso

(Por LEON ABENSOUR)

LOS compañeros de deporción de Napoleón no eran personas de su intimidad ni pertenecían al estrecho círculo que lo rodeaba. Ninguno de ellos era persona de importancia y era desinteresado. Es cierto que Las Cases, un ex-emigrado admira sobre manera a Napoleón. Pero ante todo quiere unir tan fuertemente su nombre con la desgracia del héroe, que quede ligado para siempre en forma indisoluble. Se considera el hombre de la nueva Iliada

Tristán de Hontholon, gentil hombre de cámara, como Las Cases, es un señor amable y espiritual, pero sin energía ni talento. Ha venido a Santa Elena porque confía en una nueva fortuna del emperador, que le ha de asegurar en Francia un puesto bien rentado. Si bien Bertrand era una persona más importante—desde 1813 era mariscal de la corte—no dejaba de ser un hombre mediocre. En cambio, Gourgaud, es una personalidad relevante. De valor sobresaliente y poseedor de una educacion exquisita, hace un culto de la amistad que siente por el emperador. Pero la amistad que le ofrece es celosa e inquieta, exclusivamente y desconsiderada. Pese a su inteligencia, durante las conversaciones se deja arrastrar al extremo de hacer manifestaciones que por su naturaleza excitan o perjudican al emperador. Montholon y Bertrand han traído consigo a sus esposas. La presencia de estas dos mujeres, cada una de las cuales es inteligente y que si bien no son bellas poseen cierto atractivo, envenenó bien pronto las relaciones existentes entre los desterrados.

Sin ser precisamente el paraíso prometido por los más informados oficiales británicos, la isla de Santa Elena dista mucho de ser un infierno.

No posee en absoluto la frondosidad de los países tropicales, sino más bien la adusta aridez de ciertas costas del mar Mediterráneo, tal como los territorios moriscos o también la isla de Córcega. Aún cuando el clima, en determinadas épocas del año, puede ser considerado como desagradable, por la persistencia de los vientos y la espesa niebla no por eso puede considerarse insano. El gobierno británico no tenía el propósito de hacer morir rápidamente a sus prisioneros al internarlos en Santa Elena. Creyó realmente quitarle toda posibilidad, toda esperanza de fuga, y esa fué la causa de que la prisión del emperador, que debía haber sido suave y tranquila se tornó dificultosa y dolorosa. Más o menos durante seis meses hasta la llegada de Hudson Lowe, el emperador no tuvo motivos de queja, la vida en la isla era tolerable. Desde octubre de 1815 hasta mayo de 1816 fué gobernador de la isla y «carcelero» del emperador, el almirante Cockburn, orgulloso marino y caballero distinguido al que Napoleón apreciaba como «viejo y valiente soldado».

Napoleón en Santa Elena.—Un dibujo de sus últimos momentos, hecho por el artista inglés James Sant

Una variación desfavorable se produjo con la llegada de Hudson Lowe, el que llegó a la isla el 15 de abril de 1816 para relevar al almirante Cockburn. Los franceses tenían formado buena opinión de él. Se esperaba mucho de su actuación como gobernador por ser un completo hombre de mundo, acostumbrado a los usos de la vida cortesana y del que se creyó que trataría al emperador Napoleón como soberano reinante.

Pero esta apreciación era bien distinta de la realidad. Hudson Lowe no tenía por cierto las condiciones de tirano o verdugo, no carecía tampoco de cierta bondad natural. Pero era un hombre mediocre en lo que respecta a sentimientos e ideas. Era «un tonto» y no era «un caballero»; estos dos juicios poco favorables se los debemos a dos de sus compatriotas, el primero a Wellington y el segundo a Lord Roseberry. Era amigo de los expedientes y de las menudencias y vivía en continuo temor de que el emperador se fugase, cosa que lo comprometería y arruinaría su carrera. Este temor fué causa de que se volviese tiránico y bien pronto llegó a ser inaguantable a Napoleón y a sus compañeros. La vida del emperador que durante el primer año fué tolerable se convirtió a causa del ridículo proceder de Hudson Lowe, como también por las divergencias que surgieron entre los que rodeaban, en un tormento. En Longwool se formó una corte en miniatura, cada uno quiso acaparar en ella los honores para conservarlos y sacar provecho con ello en el futuro, porque cada uno creía ser preferido por el emperador en su testamento. Todos se desconfiaban y bien pronto llegaron a maldecirse. Una atmósfera turbia de celos, intrigas y odio reino en la última residencia del emperador. Al principio todos estos sentimientos se ocultaron bajo la máscara de la vida cortesana. Pero pronto estos contrastes surgieron abiertamente haciendo cada vez más pesado el «clima» de Longwood, que para algunos fué directamente inaguantable.

El primero en abandonar la isla fué Las Cases. El 25 de noviembre de 1816 fué «detenido» por orden de Hudson Lowe bajo el pretexto de haber escrito a Lucien Bonaparte. A pesar de la protesta que elevó al gobernador, fué él el último en sorprenderse por el resultado, su alejamiento no implicaba en realidad otra cosa que una fuga. Harto de la vida que llevaba en Santa Elena y convencido de que podría servir mejor a la causa del emperador en Europa, quiso provocar un escándalo extralimitándose, para que Hudson Lowe se viera obligado a alejarlo de la isla. El gobernador aceptó inmediatamente el reto. Al mismo tiempo, sin que un motivo valedero lo justificase, resolvió limitar el espacio dentro del cual no podía moverse Napoleón, sin ser vigilado por un oficial británico, de 12 a 8 millas y consiguió que el ministro inglés Bathurst expidieran un decreto por el cual los gastos de manutención de Na-

---

el impertérrito Gahagan: dagas, alfanjes, carabina, las pistolas ricamente adornadas, el turbante cubierto de alhajas que valían cien mil «croces» de rupias; finalmente, la «hooka», con su boquilla, su tubo, el «chillum», todos los objetos a su alcance en una palabra. Ninguno de los proyectiles me tocó, por caso rarísimo En cambio, casi todos dieron en mitad de la cara al visir, cuyas narices quedaron convertidas en papilla.

—¡Que me quedo desnarigado!—clamaba el pobre—. Toma señor, mi vida si quieres. Tuya es.

Desahogada la rabia de Holkar, recobró prontamente su buen humor, y no quedó más rastro de la escena que el destrozo de las narices del visir.

Luego se me presentó ocasión de lucirme, disuadiendo a Holkar y sus generales de todo plan de ataque por el momento, encareciendo las defensas del castillo.

Eficaces fueron mis palabras, pero no convencieron a Loll Mohammed, un general de caballería conocido por su eterna rivalidad con Bobbachy, es decir, conmigo.

—¿Para qué hemos de aguardar el tren de sitio?—replicó—. ¿Nos faltan cimitarras y corazón? ¡Mashallah! Los gallinas quédense con Bobbachy; los que sean hombres seguirán a Loll Mahommed. . ¡Allah-humdellá, Bismillah, Barikallah!

Y desenvainando el acero, lo blandió en el aire lanzando su agudo grito de guerra, coreado por varios de los omrahs presentes. Llegó al campamento el clamor, y promovió un eco grandioso: al vocerío de la soldadesca respondieron los camellos con sus mugidos, el estruendo de los caballos, que se encabritaban y relinchaban; los chillidos ensordecedores de los ochocientos elefantes, los redobles de los tambores y los toques de trompetería.

Luego, tratando de aminorar el grave riesgo de mi reducida guarnición, pinté elocuentemente los obstáculos que presentaba el castillo, superiores al heroísmo; describí las cien piezas de artillería, los recintos fortificados, la numerosa y resuelta guarnición. Y acabé retando a Loll Mohammed con tal calor, que por momentos descuidé el fingimiento, para ser Gahagan, el invencible Gahagan.

Nadie se apercibió. Tan sólo Loll Mohammed sospechó algo; pero ya era tarde.

Holkar gritó con voz de trueno, al acabar mi parlamento:

—¡Tomasha! (es decir, ¡Silencio!)

Y como Loll le interrumpiera diciendo:

—¡Ah, señor, señor! ¡éste no es Bob!

—¡Coged a ese esclavo!—dijo, presa de ira desaforada Holkar.

Instantáneamente un turbante apretaba el pescuezo del general.

—¡Ea, forushes!—agregó el señor—. Lleváoslo darle cien docenas de palos en las plantas de los pies, montadlo en un asno blanco y paseadlo por todo el campamento con un letrero que diga: «Esta es la recompensa que da Holkar a los fanfarrones».

Respiré, y daba gracias a mi buena estrella cada vez que oía el chasquido del bambú con que calentaban los pies de Loll Mohammed.

El visir se retiró colmado de nuevos honores, en pago de la nariz estropeada. Dedicidamente estaba contento Holkar.

—Bobbachy—me dijo—, tienes que perdonar el mal rato que te hice pasar. ¿Verdad que sí? Hombre, a propósito; tengo una noticia para ti. Tu esposa, la inapreciable «Rosa Blanquirroja», está en el campamento.

—¿Mi «esposa», señor?—repuse consternado.

—¡Cierto! nuestra amada hija la luz de tus ojos. Ve, hijo mío. Te veo loco de alegría y de impaciencia. Ve, encontrarás a la princesa en su tienda, junto a la mía.

—¡Mi esposa! ¡Qué inesperada complicación!

.. ..

¿Para qué relatar mis nocturnos coloquios con la princesa?

Al clarear el alba, dos personas se acercaron al fuerte de Futteghur: una mujer envuelta estrechamente en amplio manto; un guerrero que se distinguía por su corpulencia y su varonil hermosura, y que llevaba en las manos un cofrecillo lleno de oro y alhajas por valor de unos tres millones de libras esterlinas.

El guerrero dió el santo y seña y se le franqueó la entrada.

La mujer se volvió lentamente al campamento indiano.

El nombre de ella [illegible] «Rosa Blanquirroja»; el nombre de él era «Goliah O'Gahagan».

CAPITULO V
Hambre en el castillo

Con el precioso cofrecillo fuí a mis habitaciones y allí me enteré del estado del prisionero —que había vuelto en sí y estaba guardado con centinelas de vista—me desnudé y me quité las tinturas, para devolverme sin dilacion a mí mismo.

En seguida me dispuse a visitar y tranquilizar a las damas que tenía bajo mi protección. Tan contento estaba con el tesoro, que ni siquiera me acordé de explicar a mi asistente Ghorumsaug lo que contenía el pesado cofrecillo. A solas en mi aposento, recapitulé, entonces, los resultados de mi temeraria expedición. Primero, había conseguido ver y hablar al famoso Holkar, y penetrar hasta el riñón de su campo; luego, me enteré de las condiciones de su ejér[illegible] que aguardaba su artillería pesada para emprender el ataque al fuerte. Conocí a la «Rosa Blanquirroja» y la robé; sí, señor, le «robé»—y me importa un comino el juicio que este acto mío merezca al lector o a quien sea—un cofrecillo lleno de alhajas por valor de tres millones de libras esterlinas, caudal de ella y de su marido.

¡Tres millones de libras! Pero bien mirado, lo mismo daba para nosotros tres millones, que uno o que ninguno, privados como estábamos de alimentos. ¿De qué le serviría a mi adorada Belinda una fuente de diamantes fritos? ¿Qué gusto había de encontrar en disolver, a imitación de Cleopatra, perlas en el té? A mí no me importa lo que como; poseo un estómago que lo digiere todo... Una vez en España me comí una pata de caballo en época de hambre, con tal ansia, que me tragué la herradura, y crean ustedes que jamás experimenté, después de aquella comida, el más pequeño mal-

Continúa en la Página 11

M.E.C.D. 2016

estar. Con tal voracidad, ¿cómo he de vivir con rupias en salsa o esmeraldas estofadas? Y contemplaba melancólicamente aquellos caudales dignos de Creso que habría cambiado al peso por un pedazo de vaca cocida. ¿Qué eres, riqueza? ¿Qué es el oro? Un metal blanco. ¿Qué son los diamantes? Chucherías que relucen. Para un soldado no hay más riqueza que los «beefsteaks», la pólvora y el hierro.

La pólvora y el hierro nos faltaban. polvorín, puesto debajo de la cama, con una vela encendida constantemente para evitar cualquier accidente desgraciado. Disponía de catorce piezas de diferentes calibres, y de fusiles para un número diez veces mayor que el de mis soldados.

La guarnición, según he dicho en otro capítulo, comprendía 40 combatientes, dos capellanes y un cirujano; a los cuales hay que añadir mis 83 convidados, de los cuales solamente nueve eran varones vestidos de etiqueta como para un baile, sin pensar en que iban a un sitio. Lo cual, puesto en números, es lo siguiente:

Soldados y artilleros	40
Damas	74
Otros no combatientes	11
General gobernador O'G. - Gahagan	1.000

Me cuento como mil, porque éste era el valor que ordinariamente se me otorgaba en el ejército. De manera que si éramos 1.040 combatientes, para la subsistencia no pasábamos de 126 bocas.

No me habrían preocupado los 12.000 hombres de Holkar si...

«¡Si...!» porque había una grave dificultad... «si» hubiésemos dispuesto de tantas balas como de pólvora para nuestros doce cañones; si hubiésemos tenido, no solamente «hombres», sino «carne». De lo primero, sólo contábamos con tres disparos por pieza; de lo segundo, lo juro por mi honor, que es lo más sagrado, para dar de comer a 126 almas, no tenía más que:

Dos patas de ave y un hueso de jamon.

Catorce botellas de ginger beer.

Cuatro ídem de soda.

Dos cuñetes de aceitunas finas de España.

Dulce de frambuesas, restos de dos fuentes.

Siete macarrones (?) metidos en la grasa de un entremés revuelto.

Media caja de higos de Turquía, clase superior.

Pedazos de pan, dos quesos de Holanda (enteros), la corteza de un queño añejo de Stilton y valor de una onza de almendras y pasas.

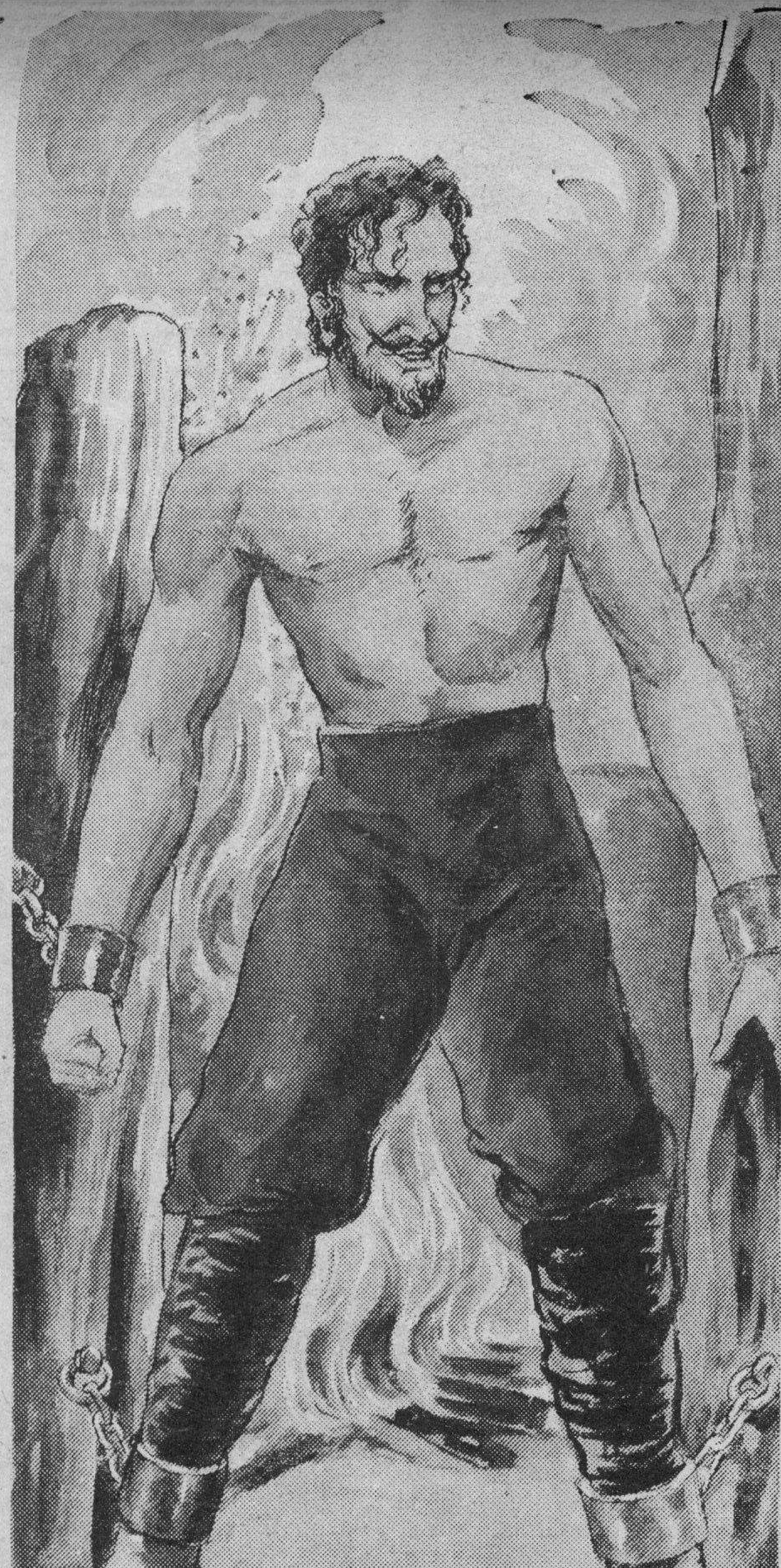
Tres «sandwiches» de jamón y un tarro de gelatina de grosella y 197 botellas de cognac, ron, madera y pale-ale (mi provisión particular); un par de huevos duros para ensalada y un frasco de aceite de Florencia.

Tales eran los víveres en almacén para toda la guarnición, y los recogí como un tesoro inapreciable en el comedor, cerrado debidamente con llave.

¡Qué cuadro, lector amigo, el que ofrecía el salón cuando entré! Bañadas por el suelo esplendente, ochenta y tres personas de ambos sexos, en traje de baile; ellos, con los mechones de pelo empolvados, caídos en desorden sobre la cara; ellas, con flores marchitas, desbaratado el peinado, turbios los ojos, arrugados los trajes de raso; desoladas y repulsivas todas menos una: mi adorada Belinda...

.. ..

En esto, la señora Vandegobbleschroy, conocida por su glotonería, pidió un tentempié. Los demas convidados se adhirieron a la petición. Yo les agucé el apetito con ofrecimientos de los más sabrosos manjares, de las más exquisitas bebidas, hasta que, dejando la ironía, les grité:



—No, no hay nada de lo dicho, señoras y caballeros. ¿Sabéis lo que hay? Pues os lo voy a decir.

Dos patas de ave, un hueso de jamón.
Catorce botellas de girger beer, etc., etc.

Y repetí la lista de los comestibles antes citada.

La coronela Van no se apuró. Ni corta ni perezosa me pidió los «sandwiches», que yo le negué; pues por algo era gobernador del fuerte.

—Señoras mías—les dije—consideren ustedes que hay en el fuerte ciento veintiséis almas, y que no tenemos más víveres que estos para resistir el sitio. No hay ni chispa de carne. Contamos, sí, con regular provisión de bebidas. Voy a empezar racionando a todo el mundo; a la una de la tarde, se dará un vaso de vino y una aceituna a cada mujer; a cada hombre le tocan dos vasos de vino, con una aceituna y un higo. Tengan presente que ésta será la alimentación de todos mientras dure el sitio.. Lord Lake no puede tardar más allá de tres días en acudir a levantarlo; pero si no viene ¿qué digo probable?, segurísimo para no caer en manos de esos bandidos.

«¿Cuál es?» «¡Dígalo!» «¡Vamos a ver!» «¡Querido capitán Gahagan, díganoslo!»...

—Un medio—dije, respondiendo al vocerío interrogador—, que está en el polvorín». Antes de que este fuerte sea presa de Holkar, voy a volarlo, ¡lo hago polvo con todo lo que tiene dentro!

Al oír esta amenaza, el mujerío prorrumpió en tales berridos, que seguramente se oirían desde el campamento enemigo, para desmayarse inmediatamente en varias direcciones. Belinda del alma mía me susurró al oído:

—¡Bravo! ¡Noble caballero! ¡Bien dicho, Goliah de mi corazón!

Sí; mi empresa era la mejor. Por aquel instante de placer inefable, habría volado veinte veces la fortaleza.

—Ahora, señoras mías—dije en seguida—, me veo obligado a dejar a ustedes. Los dos capellanes permanecen aquí para administrar los consuelos de su oficio a las que los necesiten. Los hombres se vienen conmigo arriba, a la muralla, donde les tengo preparada una buena labor.

CAPITULO VI

La fuga

Con toda la premura me dediqué a revisar la guarnición, cuyo mando había ejercido en ausencia mía el teniente Macgillicuddy, un compatriota, con quien según he contado, tuve un lance de honor. Le encargué especialmente la custodia del prisionero Bobbachy Bahawder, a quien dejé solamente aturdido por el porrazo, ya que no intentaba matarlo. Tres hombres (uno de ellos mi asistente Ghorumsaug, Guerrillero de Ahmednuggar), se relevaron sin cesar en la vigilancia del preso, a quien no perdían de vista.

No me extrañó la ausencia del teniente y de los tres hombres al formar la guarnición, por lo delicado de sus funciones; pero en seguida mandé recado a Macgillcuddy para que se me presentara.

A los pocos minutos volvió el mandadero, blanco como el papel, y me dijo unas palabras al oído, que me hicieron correr a la estancia donde encerré a Bobbachy... El preso y sus guardianes habían desaparecido.

En lugar del miserable, vi con la estupefacción consiguiente.... agrandada la boca ya grande hasta las orejas, mediante una cuerda anudada por detrás, un tremendo sablazo que le cortaba la frente, las piernas dobladas hasta juntársele fuertemente atadas encima de la cabeza, los brazos atados entre las piernas... ¡a mi desventurado, a mi estimado amigo Mortiner Macgillicuddy!

Tres horas llevaba en aquella postura la misma en que debía estar el preso, conforme a mis instrucciones, a fin de precaverme contra cualquier conato de fuga.

Quité rápidamente las ligaduras al teniente, lo reconforté con media botella de «whisky» y cuando se encontró en estado de hablar, trastornado aún por el larguísimo tormento, y algo por el alcohol, me contó lo sucedido.

¡Mi fiel Guerrillero recogió las ropas del preso, al quitármelas; urdió la infernal conspiración con los otros guardianes; y soltó a Bobbachy! Los tres atacaron al gobernador interino cuando hacía su ronda y salieron a la poterna. El centinela oyó el santo y seña, se figuró que Bobbachy era yo y abrió el rastrillo...

Al escuchar el doloroso relato del teniente, me acordé de súbito del cofrecillo. Corrí a buscarlo, lo encontré, lo abrí y en vez de lingotes y talegos de relucientes tomauns, kopeks y rupias, en vez de collares de diamantes gordos como huevos de ganso, en vez de rubíes rojos como los labios de mi Belinda, de innumerables sartas de perlas, amatistas y esmeraldas, de rimeros de billetes de banco, encontré un papelito, que en idioma sánscrito decía lo que voy a traducir al pie de la letra:

«EPIGRAMA

«A cierto comandante chasqueado»
Regresó el león conquistador con su presa,
y la guardó en su caverna.
La zorrilla astuta se llevó el botín,
y, al escabullirse, decía al león:
¡Ja! ¡ja! ¿Lo querías para tí solo?»

¡Maldición! La sangre me hervía en las venas, pateaba, blasfemaba; ciego de ira iba a cometer alguna barbari-

Continua en la Pagina 11

Salamanca

por Federico Villoch

Viejas postales descoloridas

EL General Salamanca vino a Cuba en un momento de expectación política. Sus discursos en el Senado español de Madrid, antes de embarcarse para Cuba, tronando contra la administración de la Colonia, desempeñada por malversadores del erario público y por empleados faltos de idoneidad y prestigios, hicieron concebir a los cubanos grandes esperanzas de mejoramiento, si bien éstas fueron desvaneciéndose poco a poco, una vez que la nueva autoridad gubernamental tomó posesión de su cargo y se enfrentó con los magnates y señorones del partido intransigente, que eran los que mandaban y disponían de todo. Fundó el Gabinete Particular para perseguir y acabar con el bandolerismo; dejó cesantes e instruyó procesos a varios renombrados y altos empleados de la Haciendas dictó severas medidas de sanidad y orden público; se puso, en fin, en contacto con las personalidades más destacadas de los partidos políticos, sobre todo con el autonomista cuyos miembros más distinguidos eran visita diaria de Palacio.

Trajo de Gobernador civil de la Habana a Rodríguez Batista, cuya vieja postal ya publicamos en estas columnas. Batista sustituyó a un Gobernador—llámese H—del que decía Salamanca en el Senado español, antes de venir a Cuba, que era un «gañán afortunado», que sabía escribir su nombre malamente. Fueron célebres sus «catilinarias» contra la corrompida e incapacitada administración colonial de aquella época.

Ya puede suponerse en medio de qué hostilidad desembarcó el «generalote de cuchara», como le llamaban sus enemigos, que venía a sanear aquel ambiente administrativo, en el que se hacían ricos poderosos los vistas de aduana y los intendentes de hacienda. También es verdad que muchos venían nombrados en este correo; y en el subsiguiente ya se les declaraba cesantes: por eso algunos hacían su agosto en solo quince días. A la lista en que se nombraban a estos empleados y se les declaraba cesantes, se la llamaba «los índices». Aludían seguramente al dedo índice, con el que señalaban severos a sus víctimas los jurados de la Revolución francesa.

Entre otras mejoras referentes al ornato público, Salamanca suprimió el pase de los trenes de Villanueva por la calle de la Zanja, lo que había costado varias víctimas, aparte el mal efecto que hacía y lo que perjudicaba a los edificios próximos, siempre ennegrecidos por el humo de las locomotoras. Los trenes no pasaban de la esquina que forman la Calzada de Cristina y Jesús del Monte, donde se abrió una estación llamada de «Salamanca». Aún existe allí en el puente de Agua Dulce; y estuvo funcionando hasta que se dispuso que los trenes entrasen nuevamente en la Habana, hoy es un barracón polvoriento

Se dictaron severas disposiciones sobre la recogida de las basuras, que se sacaban a la vía pública de once a doce de la noche, después de la salida de los teatros. Se le dieron al partido Autonomista mayores franquicias. Fueron perseguidos los bodegueros que alteraban el peso de sus ventas. Distinguió y favoreció a la raza de color que le demostraba pública y elocuentemente su aprecio; el pueblo vió, en fin, un amigo en el General Salamanca

Venía de Secretario particular del General Salamanca un simpático y culto periodista madrileño redactor de «El Liberal» de aquella villa y corte, llamado Texifonte Gallego, quien desde el primer día supo captarse la simpatía de los habaneros. Otro periodista, también de Madrid de apellido Vargas, ocupó un alto puesto en la Secretaría General; pero se sostuvo en él poco tiempo a causa de su decidida inclinación por «su entrañable amigo Bacardí», como él decía. Un tercer periodista llamado Fidel Domínguez tuvo asimismo un final poco agradable para él, a causa de su intento de duelo con el fogoso orador autonomista Miguel Figueroa, lo cual por orden de Salamanca le hizo «ahuecar el ala»—que dicen en los madriles—y retrotraerse a sus lares, antes de tiempo; el periodista hispano Fernando Cc sustituyó a Domínguez en aquel comentado duelo, resultando herido... en una posadera.

De ese propio periódico «El Liberal», cinco años después, cuando estalló la guerra del 95, también vino a la Habana un repórter corresponsal que se hizo querer de todos por las condiciones de su carácter, social y atrayente: Luis Morote. Entonces se usaban corbatas conocidas por «Plastrones», y a Morote le gustaba llevar los más voluminosos y de colores más llamativos. Fué el que celebró con el Generalísimo Máximo Gomez aquella famosa entrevista que por poco le cuesta la vida. El General Freire de Andrade, asesor de la Revolución, hizo su defensa. Morote, como Texifonte Gallego dejó los más gratos recuerdos en la buena sociedad habanera. De sus escritos durante su estancia aquí en la Habana, se destacó una descripción del danzón criollo, acaso la mejor y más acertada

Los periodistas que en aquella fecha hacían el reportaje de Palacio, Manolo Tejedor y Rafael Bárzaga por «La Lucha»; Varela, por «La Discusion»; Nieto, por «El País»; Ramón Mendoza, el buen «Momocho» por el DIARIO DE LA MARINA etc., etc., recordarán, los que sobrevivan que—¡Ay!, son muy contados—aquellas mañanas en el despacho de la Secretaría General, en franca y amena camaradería con los más altos jefes y empleados de la misma; con Antonio Casañas, el jefe del negociado, y los empleados Rabell, Campitos... A veces venía un chispazo de allá de Oriente—lo de Purnio; los hermanos Sartorius; las corrientes subterráneas que se preparaban para el estallido del volcan del 95.— Fué también por esa época cuando Pertierra, el cacique constitucional de Cienfuegos, organizó una porra que acababa con los mitines Autonomista que se celebraban en aquella provincia.

En una velada que dieron en el Teatro de Tacón los semanarios El Fígaro y La Habana Elegante, hallábase el General Salamanca en su palco, cuando la poetisa portorriqueña Lola Rodríguez de Tió recitó aquellos versos que se hicieron tan populares, fragmentos de una brillantísima composición de dicha poetisa, que decían así:

> Cuba y Puerto Rico son
> de un pájaro las dos alas;
> reciben flores o balas
> en el mismo corazón!

Excusado es decir el mal efecto que causó el simbólico pájaro en el ánimo del bilioso General.

Como es costumbre, el Municipio habanero dejaba en aquella fecha mucho que desear en su administración, por lo que Salamanca, conforme a su plan de depuramiento, tuvo a bien llamar a capítulo a sus Concejales, no todos culpables, a la verdad. Entre ellos, y de los más batalladores y puros en el orden moral contábase por entonces a Don Rafael Joglar y Don Antonio Clarens, ambos del ramo de panaderías y siempre en disputa que adquirían en ocasiones los tonos más pintorescos. Joglar, afanoso de lucir su erudición jurídica de tercera mano, citaba a cada rato y al buen tun-tun artículos de cuantos códigos había oído hablar. Don Antonio Clarens lo refutaba con frases y chistes que levantaban grandes risotadas en el consistorio. Cierta vez se suscitó entre ambos un cómica y entretenida discusión por si se decía «la Ley, o la Pena del Talión». Joglar sostenía que era lo primero; y Clarens lo segundo. Hasta que otro Concejal, el Teniente Alcalde Calderón, dirimió el asunto diciendo:

—Dejemos eso del Talión, señores; no sea que alguien—aludía a Salamanca—nos aplique la del Talón; que es la que más duele.

En otra ocasión, otro concejal, queriendo zaherirle, en una acalorada polémica le dijo:

—Su Señoría no entiende de eso; eso es «harina de otro costal».

A lo que Joglar le contestó rápido:

—Yo entiendo de harina más que Ud

Joglar y Clarens eran muy queridos en sus demarcaciones respectivas, a cuyo vecindario sirvieron siempre con el mayor desinterés. Joglar murió pobre; lo cual habla en favor de su conducta

El mando del General Salamanca se caracterizó por un gran desarrollo del comercio y la industria; y una alegria, llena de esperanzas, del pueblo, ansioso de mejoras políticas y económicas que inútilmente había demandado de los públicos. Todo se sometía a los acuerdos de las cortes de Madrid y a las decisiones de los Ministros de Ultramar casi todos ajenos a las necesidades de Cuba. El poeta Núñez de Arce, que lo fue, ¿qué sabía de Cuba? Fabié, un farmacéutico mediocre, nombrado por Canovas, era una completa nulidad

El bandolerismo, que se había adueñado de los campos declarándose rey de ellos el célebre Manuel García, recibió duros golpes del General Salamanca, cayendo en lucha con la guardia civil los terroríficos Gallo Sosa; Sixto Varela; y otros; y siendo agarrotado en la explanada de la Cárcel, el llamado Machín, que tenía sobresaltado el término de Guanajay. A causa de un pánico que se produjo en la multitud en los momentos que presenciaba la ejecución del bandolero, quien se resistía con todas sus fuerzas a morir agarrotado, el Parque de la Punta, que era uno de los mejores de la ciudad, y cerca del cual se levantó el garrote, fué arrasado por completo, como si hubiese pasado sobre él el más funesto de los ciclones, no quedando en pie ni árbol, ni verjas, ni bancos, ni nada.

Secundó a Salamanca en su labor gubernativa el connotado hombre de letras madrileño don Pedro Antonio Torres quien durante el mando de aquel desempeñó con acierto el entonces difícil cargo de Secretario del Gobierno General, sobre el cual recaía el manejo de los intereses coloniales.

Las estaciones del ferrocarril, desde la Habana hasta Jovellanos, fueron custodiadas por fuerzas del ejército, después del incendio de la de Quivicán por el citado Rey de los Campos. No obstante esa persecución, Manuel García daba frecuentes señales de su presencia con los secuestros de los más ricos y conocidos hacendados. La musa popular cantaba a escondidas:

> Manuel García es de ley,
> y manda en lo principal;
> ¿quién dijo que un General
> va a ser primero que un Rey?

Don Manuel de Salamanca y Negrete había nacido en Burgos el 25 de Mayo de 1831; y tomó posesión de la Capitanía General de Cuba el 14 de marzo de 1889. Padecía de una excema purulenta en la pierna izquierda que a menudo lo retenía en cama y además sufría continuamente de fuertes ataques hepáticos, todo lo cual le produjo al cabo grave septisemia que dió motivo a su muerte, entrada la noche del seis de febrero de 1890; así que su gobierno de Cuba sólo duró once meses. La noticia circuló rápidamente por teatros, cafés y sitios públicos; y como no se le había dado importancia a la enfermedad, produjo una honda y verdadera consternación, despertando al mismo tiempo recelos y sospechas, de las que se hablaba en todas partes sin reservas. El postalista pertenecía entonces al periódico sagastino «La Iberia» fundado y dirigido por aquel simpático sibarita y hombre activo y de grandes ideas, Don Andrés de la Cruz Prieto, tío del poeta Pierardo, recién fallecido en Madrid; y de los hermanos Carlos y Julián de Ayala. Como encargado que era del reportaje de Palacio fué de los primeros en llegar a la mansión mortuoria, teniendo ocasión de ver cómo aquel cadáver vestido de Capitán General era trasladado de túmulo en túmulo, como un muñeco de cera, por los agentes funerarios que se disputaban sus respectivas comisiones. Del cuarto abandonado del difunto General desaparecieron, de encima de un velador donde él tenía a la mano, muchas causas y expedientes, que hubieran armado un gran ruido y que perjudicaban a muy altos empleados y personajes de la colonia.

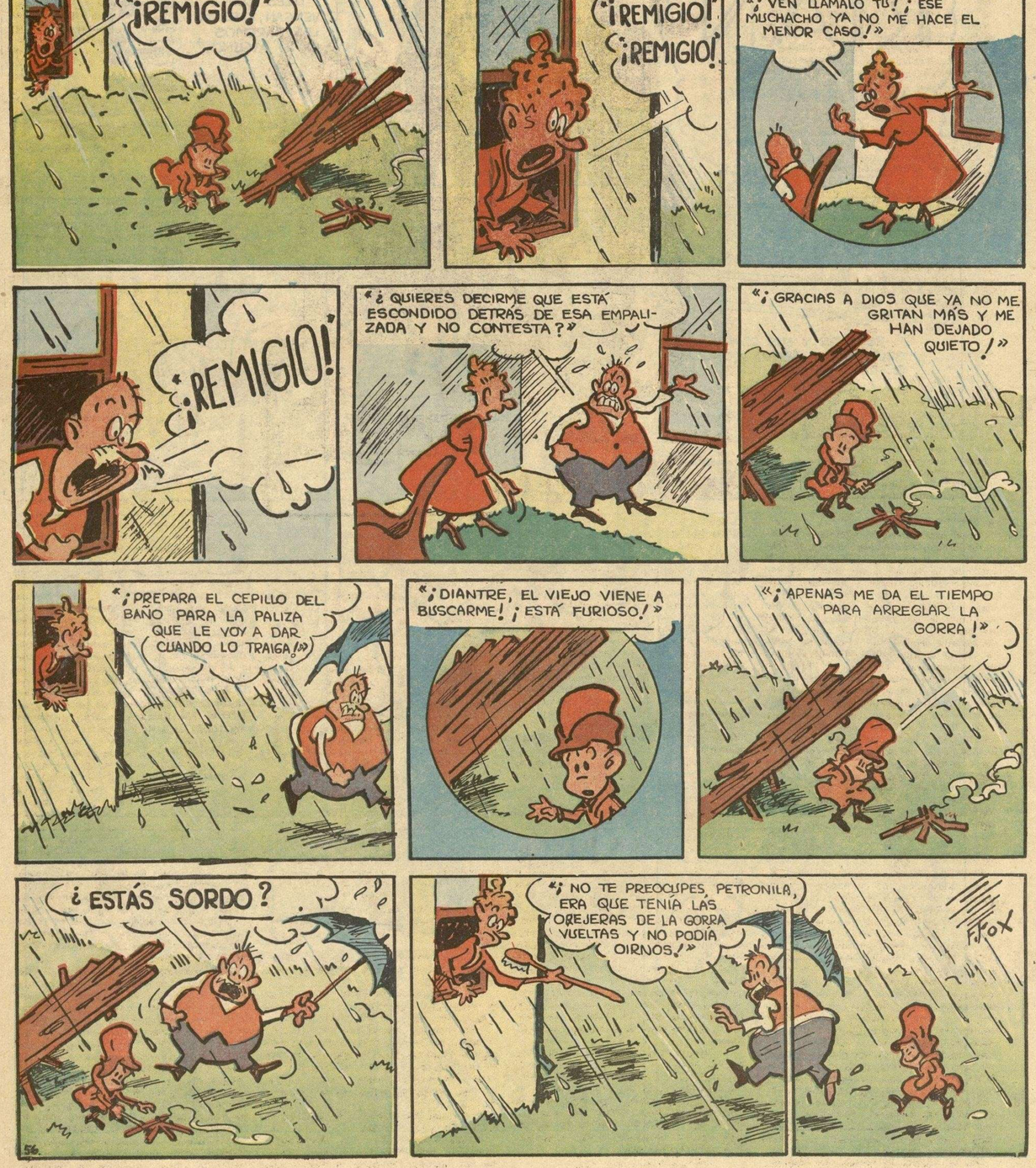
Con Salamanca falleció también las más halagadoras esperanzas. Aun caliente, puede decirse, su cadáver, volvieron a entrar otra vez en la Habana los trenes de Villanueva. El «chocolate»—lo que hoy se llama «chivo»—volvió a cocinarse más espeso y suculento que nunca en la Aduana y la Hacienda; y los políticos intransigentes volvieron a coger las riendas de los negocios y del gobierno. A su entierro acudieron múltiples representaciones del comercio y de la raza de color que tanto lo apreciaba. Una vez colocada la losa sobre su sepulcro, la política ordenó «marcha atrás»; que casi siempre suele convertirse en la «marcha adelante» que precipita los acontecimientos.

M.E.C.D. 2016

EL LOCOCARRIL
POR FONTAINE FOX

REMIGIO CACHETES

(Copyright 1938—by Fontaine Fox, Trade Mark Reg U. S. Pat Off's Great Britain Rights Reserved



Mary Jane Walsh: la personalidad lírico-dramática, tal y como la concibe Broadway

Patines de ORO

Desde Hollywood
por SAM LUKAS

Hollywood.

LECTOR AMABLE: no he de pretender darte en un solo menú cuanta información he recogido de las tres lindas muchachas que adornan esta página—y de otras muchas que irán saliendo en adelante si el fotógrafo no se queda embelesado mirando en vez de atender a su negocio de tirar planchas. Hoy por hoy, sólo diré de paso que Mary Jane Walsh es una chica que ha causado sensación cantando en Broadway en una opereta de esas que parecen hechas para servir de vehículo a la presentación de los grandes artistas, y si hemos de creer en los vaticinios numerológicos de Vincent López, promete convertirse en una de las sensaciones del radio en el 1938. Y en cuanto a Deanna Durbin, la chiquilla de la garganta revolucionaria, ya llevamos anotados lo menos doscientos vocablos elogiosos que se le pueden aplicar sin riesgo de caer en exageraciones.

El resto del artículo va dedicado a Sonja Henie, esa princesa de Escandinavia que está hoy, como atracción de taquilla, a la cabeza de todos los artistas de los Estados Unidos, no sólo por el vasto público cinemático que la admira, sino por la popularidad cada vez mayor de que goza en el mundo deportivo yanqui, donde se la estima como la patinadora más exquisita que jamás haya visto la luz del día.

Si ponemos las efigies de las otras dos, es para agregar el siguiente comentario: que si enorme fué la sensación causada por el debut de Deanna Durbin en ésta, hace cosa de año y medio, y si grande es el revuelo que ha producido la presentación de Mary Jane Walsh en las tablas legítimas de la Vía Blanca, todavía ha sido mayor el triunfo de Sonja Henie como artista del lienzo y del patinadero. Las tres son personalidades jóvenes y de un magnetismo irresistible; pero la Henie se ha llevado la palma este año, gracias a sus patines.

Sonja Henie; el Baile en Patines.

DICE el diccionario de Sopena que un patín es "un aparato consistente en una cuchilla fuerte, fija perpendicularmente y a lo largo de una plancha que se ajuste al calzado para poder deslizarse sobre el hielo."

Sin duda alguna, esta definición puede aceptarse para fines comunes y corrientes, pero hay que convenir en que el diccionario está un poco atrasado de noticias desde la aparición de Sonja Henie, en que el patín ha venido a tener un significado mucho más importante y amplio que lo que indica la anterior explicación. Los patines de Sonja no solamente sirven para deslizarse sobre el hielo, sino que ya han servido para pasearla ante los monarcas y poderosos de la tierra, y para colocarla en un puesto de los más altos en las constelaciones cinematográficas.

Hace poco más de un año, tenía escasas probabilidades de convertirse en estrella de primera magnitud; hoy día, con haber filmado únicamente tres películas, figura entre las 10 primeras atracciones de taquilla del lienzo. La cinta **Idilio Incógnito**, que fué la segunda de Sonja, resultó la quinta como negocio entre todas las producidas en el 1937 por la industria.

Al estrenarse recientemente la tercera producción, **Feliz Desengaño**, Miss Henie salió en una jira deportiva y artística por los Estados Unidos, acompañada de una troupé de 80 patinadores expertos. Su aparición en Nueva York llenó de bote en bote durante muchos días consecutivos el Madison Square Garden con tandas de a 20,000 espectadores que la vitoreaban frenéticos de entusiasmo. En cuanto a las ganancias de esta jira no es cosa de poderse calcular al azar. En la primera jira de esta clase que dió, cuando todavía no se había desatado el furor por verla patinar, se ganó $100,000 limpios. La tourné de ahora es más vasta y puede llegar a producirle tres o cuatro veces más. Si agregamos a dichas entradas el sueldo que le pagan como actriz de cine, que es de $200,000 por película, y consideramos que este año hará por lo menos dos cintas, es fácil predecir que esta muchacha que apenas ha cumplido los 25 años puede llegar a recibir en el 1938 la friolera de $500,000.

Desde los 11 años de edad está ganando campeonatos de patinaje. A los 14 años era la campeona del mundo y aún hoy es la campeona olímpica y la primera patinadora del mundo. Todo esto lo ha logrado gracias a su firme determinación y perseverancia.

CONSAGRADA por tercera vez como campeona olímpica en el 1936, decidió hacerse profesional y sacar algún provecho de su trabajo deportivo para luego invadir a Hollywood. Llegó a Nueva York acompañada de su madre, y tan pronto dió las primeras exhibiciones recibió una oferta de los estudios Paramount.

Las cosas parecían ir por el camino deseado, pero mientras tanto hubo un cambio en la administración de esta compañía productora y Sonja Henie quedó fuera de los elencos sin haber hecho una sola escena. Poco tiempo después, la Metro le pidió que apareciera en una cinta de corto metraje, pero ella rechazó la proposición, pues solamente le interesaba que la presentaran en un filme de categoría. Pensó que lo mejor era reanudar sus exhibiciones de patinaje. Encontró un patinadero cerca de los Estudios Paramount y allí dió su primera exhibición. Entre los espectadores figuraba Darryl F. Zanuck, jefe de producción de la Twentieth Century-Fox.

Raras eran las personas de esta compañía, inclusive el propio Zanuck, que creían que la linda rubia noruega pudiera hacer más de dos películas. Sospechaban que se trataba de una novedad del momento y que el público se cansaría pronto de aquello, como se había cansado en el pasado de otras luminarias traídas a la pantalla del mundo de los deportes. Todavía hoy, a pesar de haber filmado tres cintas, dos de las cuales han sido señalados éxitos financieros, y la tercera, que por lo que se vé está resultando una mina de oro, hay quien duda de su futuro como estrella.

La única que no duda de su porvenir es Sonja. "El patinar—dice—es un arte igual que el baile.' Si el público no se cansa del baile, no veo por qué tenga que cansarse de los patines. Lo que yo estoy haciendo ahora es bailando en patines, nada más."

Su más rica fuente de inspiración, de donde ha derivado el concepto de la gracia y del ritmo, ha sido la inolvidable danzarina Anna Pavlowa. A los 18 años de edad, Miss Henie estaba estudiando ballet en Londres y allí hizo por primera vez su versión de la **Muerte del Cisne** en patines, nada menos que por encargo de la casa real, en el Palacio de Buckingham, en presencia de Jorge V, la Reina María y el Príncipe de Gales, hoy Duque de Windsor.

Le preguntamos qué pensaba hacer, caso de que el público perdiera el entusiasmo por los patines, y nos contestó que entonces trataría de probar sus otras aptitudes en el lienzo. El señor Zanuck, dijo, tiene la idea de presentarla en una cinta en la que personifique a una danzarina de ballet. En esa obra solamente haría un número de patines.

EL NUMERO de patines que más le ha gustado, de los que hasta la fecha han sido filmados, ha sido el del Parque Central en la película **Feliz Desengaño**, aunque el más emocionante de dicha cinta es el de la Doncella de la Nieve, un exquisito trozo de ballet auténtico acompañado de la partitura del mismo título de Rimsky-Korsakov. En este difícil número Sonja tiene que patinar entre 42 jóvenes patinadores que llevan cada uno una antorcha encendida en la mano.

La madre de Miss Henie no sabe que fué a petición de su hija que se usaron las antorchas. Los jóvenes en llamas entran en escena deslizándose por una vía inclinada de 9 metros y no pueden verla por el humo, a pesar de que Sonja está moviéndose constantemente por entre las antorchas. Es verdad que usó un traje especial a prueba de fuego, pero con todo y eso pudo haberse quemado o pudo haber sufrido la rotura de una pierna, porque a veces tenía que patinar a la velocidad máxima directamente frente a la cámara fotográfica, y virar de repente en el ángulo preciso en cuestión de fracciones de segundo. Para cada fase de la escena hubo que tomar 15 o 20 movimientos con las cámaras, y después de dos semanas de arduo trabajo la escena final que aparece en la película, sólo dura tres minutos.

Deanna Durbin: una garganta revolucionaria de 16 años.

M.E.C.D. 2016

El vestido de tela metálica de Olivia de Havilland adaptado a los tiempos modernos.

Para las doncellas

Por Sara Diez: Hollywood Acepta a Robin Hood y a Errol Flynn Como Arbitros de la Moda

Hollywood. *PREPARESE a ver algunas adaptaciones de los vestuarios de la película* ***Las Aventuras de Robin Hood*** *durante la presente temporada de primavera.* Milo Anderson, el maestro diseñador de los estudios Warner, ha creado preciosidades para el ropero de las estrellas de esta cinta, que muestra en lindos colores Technicolor algunas de las ideas nuevas que han de predominar en las modas de estos meses.

Recientemente visité los jardines Busch en Pasadena, donde estaban filmando varias escenas de esta cinta, cuyas figuras principales son Errol Flynn y Olivia de Havilland. Miss Havilland se veía divina luciendo un vestido de palacio confeccionado de tela metálica plateada y azul, con una cintura larga acentuada por una faja de trencilla metálica y una falda muy amplia.

Sobre las mangas largas y ceñidas este vestido lleva unas mangas exteriores bordadas con trencilla de oro y piedras. En la cabeza Olivia lucía una especie de aureola o turbante sobre un velo de chifón.

Errol Flynn se veía muy guapo con su chaquetón de cuero y un sombrero estilo Robin Hood con una larga pluma. Basil Rathbone estaba magnífico con un tabardo o chaquetón-túnica abierto por los lados, hecho de brocado negro y oro con bordes de trencilla metálica, acompañado de cinturón incrustrado de piedras y con un prendedor también de piedras en el cuello.

Hemos citado las ropas de estos dos actores en la película de referencia, porque para fines de adaptación a las modas ofrecen tantos motivos de inspiración como las de las mujeres. Los chaquetones de cuero que usa Errol Flynn son especialmente buenos para este propósito. Uno es de suede color carmelita, desgarrado en las mangas y en el borde de abajo, cocido con cuero al frente y con un cinturón de cuero también.

ANDERSON cree que estos chaquetones van a usarse como prendas elegantes para de día y para funciones sociales de carácter formal. Ha diseñado uno de estos chaquetones para llevarse con falda o sobre diversos vestidos. Para prenda de noche recomienda un chaquetón de tela de oro sobre una falda de crepé o terciopelo negro y un brazalete de oro grande.

El tabardo de Basil Rathbone puede usarse casi sin alteración alguna, pues *las túnicas están volviendo a aparecer en el desfile de la elegancia y este modelo se vería encantador confeccionado de una zaraza de primavera con diseños de flores, encima de una blusa de mangas largas y una falda de satén.* Si a esto se agrega el cinturón incrustrado de piedras, no hay que decir una palabra más.

Aunque parezca increíble, los hombres de la época de Robin Hood usaban más joyas que las mujeres. La dama Marian (Olivia de Havilland en la cinta) y demás hechizos femeninos de la Corte, llevaban ornamentos de piedras en el cabello, broches de piedras en los tapados, y pedrería en las caderas y en las hebillas de los zapatos. Pero los hombres las superan, con sortijas, pasadores y botones incrustrados de joyas y la ornamentación de exquisita pedrería de sus cinturones, sus espadas y vainas. Hasta los mangos de las armas tenían joyas incrustadas.

En una de las escenas de la película Olivia luce un bello vestido de corpiño largo de brocado metálico negro y oro, y con falda y capa de terciopelo negro. Esta capa o tapado, en vez de llevarse hacia el frente, queda atrás del cuerpo y está sujeta al cuello por medio de una cadena metálica y broches enjoyados a los lados. Según Anderson, este modelo de tapado va a causar una sensación.

Entre las predicciones que este perito hace para la temporada actual está la de que volverán a ser populares los turbantes del año pasado en vez de sombreros, pero con la variante de que se pondrán sobre un velo en la cabeza.

EL BONETE de Robin Hood, bien sea de fieltro o de suede, con la copa en pico y la pluma larga, va a dar la nota en el ramo de la sombrerería este año. Errol Flynn usa otro sombrero de copa alta con borde de cuero sobre una esclavina breve echada al hombro, que Anderson espera influencie los estilos de esta clase. En los tiempos de Robin Hood las mujeres usaban mangas vez y media más largas que las que se usan hoy. Se las enrollaban hasta que llegaran a las muñecas y se veían elegantísimas. Anderson sugiere que se usen estas mangas en vez de las fruncidas, y las ha combinado con un vestido modelo túnica que equivale a una innovación, poniéndole además una aplicación en forma de escudo al corpiño. La túnica puede confeccionarse de diversas telas y echarse sobre una falda negra bien ceñida para realzar el conjunto del vestido.

Los chaquetones de Robin Hood, según los lleva Errol Flynn, van a ser muy populares.

Moderna adaptación del chaquetón.

Aplicaciones de escudos de caballeros.

La floresta de Robin Hood al día.

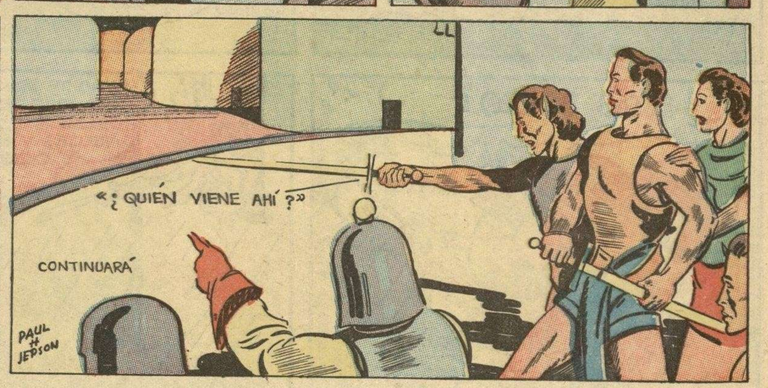
Bosquejos de Louise

M.E.C.D. 2016

ROD RIAN

DE LA POLICÍA INTERPLANETARIA

PAUL H JEPSON



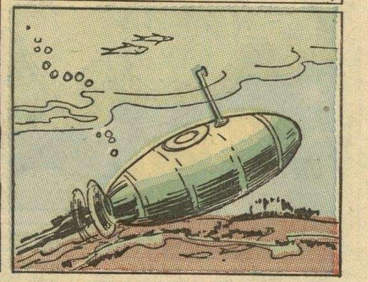
REG U S PAT OFF

Myra la Intrépida

MYRA, LA INTRÉPIDA, JACK Y LEW WEN, HAN LOGRADO SALIR VICTORIOSOS EN SU LUCHA CONTRA LOS GUARDIAS DE LING SIN, DÁNDOSE A LA FUGA POR UN PASAJE QUE LOS CONDUCE AL TÚNEL SECRETO DEL SUBTERRÁNEO A LA SUPERFICIE.

LA DISTANCIA DEL FONDO DEL SUBTERRÁNEO A LA SUPERFICIE ES COMO DE UNA MILLA Y LOS FUGITIVOS SE DISPONEN A SUBIR.

EL EXTRAÑO MECANISMO ESTILO TORPEDO EMPIEZA A MOVERSE HACIA LA SUPERFICIE.



MIENTRAS TANTO, LING SIN ESTÁ FURIOSA CON LA FUGA DE SUS PRISIONEROS.

MEDIA HORA DESPUÉS, LOS OFICIALES QUE PATRULLAN EL RÍO RECIBEN UNA SORPRESA.

Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York

56

FIESTAS DEL HOGAR

Por Graciela Rivas

AGASAJAR a las amistades por medio de fiestas íntimas, cuando no se posee una casa bastante amplia y con facilidades de todas clases, o cuando se cuenta con recursos limitados, es un problema que surge en la vida social de las familias más humildes.

Existe la creencia de que para festejar hay que gastar dinero en abundancia y que solamente las personas acostumbradas a una vida holgada y a los lujos que permite la afluencia pueden tener éxito en esta clase de actividades. Sin embargo, la realidad es muy distinta. En Hollywood, que es una ciudad de diversiones de familia y de grupos de amistades selectas, las artistas que gozan de más fama como buenas anfitrionas no son las que poseen vajillas con escudos de oro y residen en mansiones de treinta habitaciones.

Al contrario de lo que generalmente se supone, donde más se divierte la gente no es donde hay el deseo—y los medios—para sobrepasar en gentileza a los vecinos, sino donde hay la genuina aspiración de celebrar con la sinceridad del caso algún motivo de alegría o satisfacción entre un grupo reducido de concurrentes.

EMPEZAREMOS con Bette Davis, por ser una anfitriona simpatiquísima, que sabe rodear a sus invitados de comodidades en un ambiente de jovial camaradería, especialmente en las cenas que ofrece a los amigos de la casa algún sábado por la noche.

Bette y su familia son oriundos del estado de Massachusetts, de modo que en su mesa nunca faltan ni el pan negro ni las famosas habichuelas bostonianas, preparadas al horno. La propia Miss Davis sabe cocinar este último plato como para que la gente se chupe los dedos, pero está tan ocupada en el estudio que tiene que dejarle esta tarea al servicio doméstico.

De ordinario, Bette sienta a su mesa cuatro o seis invitados. Es una comida informal, aunque las damas pueden asistirvestidas con trajes elegantes y los caballeros de etiqueta. Hace una pareja ideal con su marido, Harmon O. Nelson, porque ambos son muy buenos conversadores y mantienen el interés de los comensales sin cansarlos en lo más mínimo.

Las hábichuelas al horno de la casa de los esposos Nelson-Davis se han hecho célebres en Hollywood. Son preparadas con melao, con un trozo de puerco salado y dos o tres ingredientes más que constituyen la fórmula secreta de la familia.

CLAIRE TREVOR es otra de las anfitrionas que se conforma con festejar a seis u ocho invitados de una vez. tiene un cocinero filipino que se llamá Marcalo Canania y que le ha dado la vuelta al mundo siete veces y ha tenido la oportunidad de estudiar prestidigitación en el Oriente.

Marcalo es, como jefe de cocina, algo estupendo, pues sabe preparar los más variados menús internacionales. Pero aparte de este mérito incuestionable tiene el de que es un artista de la magia y puede divertir a los invitados de Miss Trevor sacándoles conejos de la cabellera y otras curiosidades de los ojos o la nariz.

La esposa de Allan Jones, que junto con su marido forma una de las parejas más jóvenes y populares entre la colonia de artistas, goza de reputación como una anfitriona magnífica. Residen en una casa muy cómoda pero despojada de pretensiones, en la sección de Brentwood, que ocupa una extensa parcela de terreno junto con sus establos y otras edificaciones del servicio.

El comedor de la casa está decorado en colores carmelita, amarillo y crema, y los muebles son de meple. Generalmente, los Jones entretienen a sus invitados en el salón de sol o en el salón de recreo, después de festejarlos con un sabroso **buffet** en el que siempre figuran las dos golosinas favoritas del matrimonio: **jamón horneado y bizcochitos con miel. El resto del menú se compone por lo común de spaghetti, ensaladas mixtas y trozos de queso, todo de la mejor calidad.**

En el salón de recreo se puede jugar **ping-pong, naipes, juegos de competencia, etc., pero nunca termina la reunión nocturna sin que los invitados visiten la habitación donde duermen los niños y luego los establos donde están los caballos de la familia Jones.**

IRENE HARVEY festeja a sus amistades femeninas con té en las ocasiones en que vienen a su casa grupos escogidos, especialmente las que saben hacer calceta o tienen un repertorio vasto de anécdotas que contar. Entre estas figuran Fay Wray, Jeanette MacDonald, Marie Blake, Ginger Rogers y Helen Ferguson.

El reciente matrimonio de Tom Brown con Natalie Draper, ha privado a los cabarets y sitios de diversión nocturna de Hollywood de una pareja encantadora, que ahora se dedica, en compañía de otros casados jóvenes, a las reuniones de familia. Estas reuniones culminan a menudo en deportes de palillos o en paseos a caballo bajo la luz de la luna.

Bette Davis, sabe preparar un buen plato de habichuelas horneadas para agasajar a sus invitados íntimos.

Cronica Exclusiva Sobre la Vida de las Estrellas

Los Brown-Draper han suprimido las cenas suculentas y ofrecen más bien espléndidos buffets en su residencia cerca del Lago Toluca.

Para una estrella de la categoria de Loretta Young había que suponer una vida suntuosa, rodeada de magníficas fiestas sencillas entre pequeños grupos de amigos y miembros de la familia, con juegos de adivinanzas. Su juego de salón favorito lo aprendió durante una reunión de consulta en la casa de su hermana Sally Blane, la esposa del director Norman Foster, a la que asistieron los autores Dorothy Parker y Alan Campbell con el propósito de hacer las escenas finales de una obra que estos últimos estaban escribiendo.

Foster metió al héroe de la pieza en una serie de líos y luego no sabía a cuál de los personajes convertir en villano, de modo que hubo necesidad de una prolongada conferencia para dilucidar la trama, pues ni los mismos autores alcanzaban a comprender aquel embrollo. Desde entonces Loretta se dedica a entretener a sus invitados empezando una historieta a la que cada uno de los presentes le agrega algo, y al último le toca desentrañar el misterio que se produce.

Las chiquillas del lienzo, Shirley Temple y Jane Withers, también han optado por improvisar sus propios métodos para recrear a la gente. Shirley posee una pequeña estufa donde cocina fricasé de cordero para obsequiar a sus comensales, mientras que Jane los lleva a pasear a caballo y después les dá refrescos y emparedados en uno de los patios de su casa.

DON AMECHE y su esposa Honoré, festejan los domingos por la tarde, jugando al tennis o nadando y luego sirviendo una porción de sabrosos spaghettis a la italiana, preparados por la madre de Ameche o por su costilla. Estos populares miembros del círculo artístico poseen una bella casa en San Fernando, con canchas para jugar tennis y piscina. La comida y los obsequios son servidos por los padres de Ameche con la ayuda de él, su esposa, tres hermanos y cuatro hermanas, de manera que no importa el número de personas que estén presentes siempre son bien atendidos.

Joan Davis y su esposo, Si Willis, organizan fiestecitas para su hija Beverly, de catorce años de edad. Recientemente celebraron una reunión a la que asistieron los esposos Haleys y Gracie Allen y George Burns. Estos matrimonios tomaron parte en los juegos juveniles para poder repetirlos después en las fiestas de sus propios hijos.

En cierta ocasión Lloyd Bacon y su esposa estaban festejando a sus amistades cuando de repente hubo necesidad de llevar a la señora Bacon al hospital, donde dió a luz una hermosa criatura. Mientras sucedía esto, los invitados continuaron divirtiéndose en ausencia de los anfitriones. Tres semanas más tarde se celebró otra fiesta en la que los amigos de Bacon llevaron regalos para el nuevo vástago, y los felices esposos pudieron repetir los agasajos de la primera fiesta sin interrupción alguna.

Jean Hersholt, cuyo bosquejo dramático fué declarado el mejor del radio hace varias semanas, organizó una fiesta muy original. Le habían pedido que repitiera el bosquejo por la estación radiodifusora y él mandó hacer la instalación necesaria en su casa. Entonces invitó a las amistades para que estuvieran presentes, y después del programa los festejó con la esplendidez que le es característica. Los asistentes quedaron encantados.

Acorte su **CONVALECENCIA** *con la ayuda del* **TÓNICO BAYER**

● Después de su enfermedad, Ud. se siente agotada, deprimida, triste, sin ganas para nada...su sangre ha quedado empobrecida...pero el Tónico Bayer será una valiosísima ayuda para acortar su convalecencia, pues renovará rápidamente las fuerzas vitales de su organismo.

● Inmediatos y duraderos son los efectos del Tónico Bayer: Enriquece la sangre...vigoriza los músculos...fortalece los nervios y el cerebro. Además, mejora el apetito y la digestión. ● Muchos médicos recomiendan el Tónico Bayer para los estados de debilidad y agotamiento, para la depresión nerviosa, y para acortar la convalecencia después de enfermedades debilitantes. Pida hoy mismo un frasco de Tónico Bayer en la botica.

¿QUÉ ES EL TÓNICO BAYER?

● Es una fórmula científicamente balanceada de Vitaminas, Extracto de Hígado, Calcio, Fósforo y otros elementos de gran valor terapéutico.

● El Tónico Bayer proviene de los mundialmente famosos Laboratorios Bayer. ¿Qué mejor garantía?

BAYER

TÓNICO BAYER

RENUEVA LAS FUERZAS VITALES

M.E.C.D. 2016

Los Sesos y la Belleza

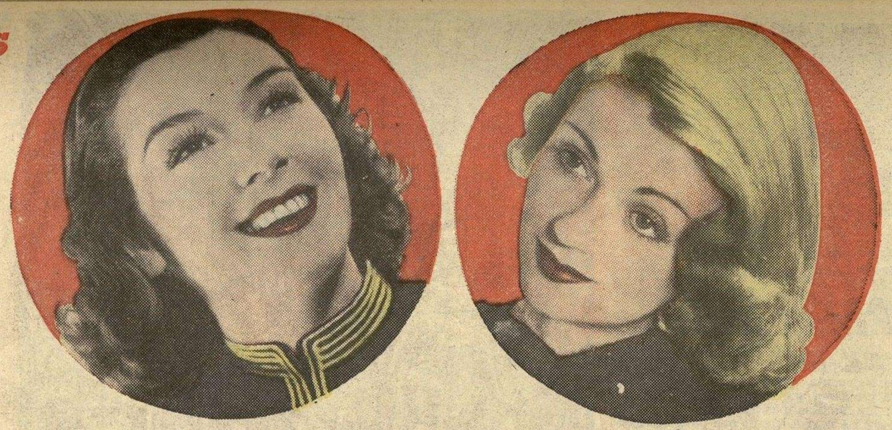
Por Ada Maria Duque

Hollywood.

BASTA con ser hermosa, o fascinadora, o simplemente una mujer bella que cause agrado, o una sirena emocionante y magnética de quien se prenden todos los hombres?

A esta pregunta, Hollywood contesta que no. Es verdad que cualquiera de estos atributos puede ser suficiente para elevar a una mujer a la categoría de estrella en un momento dado, pero si ese triunfo ha de ser permanente y la agraciada espera conservar su puesto entre las luminarias consagradas por el público, necesitará algo más que los atractivos físicos y las artes de la subyugación.

Necesitará sesos. Por bella que sea una muchacha, si carece de talento, terminará en el más ruidoso fracaso. Desde luego que constantemente estamos oyendo hablar de las estrellas del cine en términos de sus atributos físicos, y rara vez nos ocupamos de averiguar si poseen algo más que unos ojos irresistibles o un cuerpo formado como para servir de modelo a Fidias. Pero en el fondo, estas mujeres encantadoras son también mujeres inteligentísimas, que nada tienen que envidiarle a los jefes más sagaces de la industria.



Rosalind Russell (izquierda) y Constance Bennett (derecha) poseen un grado de inteligencia que ya quisieran para sí muchos de los magnates de la industria cinemática.

Greta es más sesos que belleza.

Empezaremos con Rosalind Russell, tal vez una de las muchachas más talentosas del lienzo. Rosalind es un tipo alto, esbelto, primoroso, y que sin embargo carece de exotismo. Es una mujer tallada como una piedra preciosa y que tiene un cerebro perfectamente organizado para pensar. Su padre la enseñó desde chica a trabajar, pues aunque era un hombre de recursos no aceptaba que sus hijos se criaran dentro de la holgazanería proverbial de la gente demasiado rica.

"Desde que asistíamos —dice Rosalind— a la escuela nos enseñaron a tener responsabilidades. Cuando mi familia se enteró de que yo ambicionaba ser artista de cine, no aceptó con agrado la idea, pero mi padre insistió en que si había de seguir esta carrera debía llegar a ser una artista de renombre. Ya él no está entre nosotros, y precisamente por eso estimo que debo rendirle el tributo de la perfección."

Efectivamente, Miss Russell es hoy una estrella de reconocido prestigio, que jamás hace una mala representación en la pantalla, pues siempre estudia y trabaja fervorosamente para que su labor esté a la altura que todos esperan de ella.

"He pasado mis contratiempos y dificultades —dice— desde que me decidí a entrar en el teatro. Una vez me ofrecieron un puesto de cien dólares semanales en una obra que se representaba en Broadway y rechacé la oferta para firme en una compañía que hacía una tourné por el país. Sabía perfectamentete que no tenía experiencia en el ramo y que era una novicia que necesitaba aprender. Me marché a buscar fortuna con la farándula y cuando el grupo se disolvió hube de dedicarme durante dos semanas a servir en la mesa para procurarme dinero suficiente con qué regresar a donde mi agente teatral."

El día que visitó el departamento de publicidad del estudio, siendo ya una estrella de primer orden, y notó que las fotografías que estaban mandando a la prensa no la presentaban como primera actriz, fué a quejarse a la oficina principal. Inmediatamente, los altos funcionarios dieron instrucciones de que se corrigiera el error.

Miss Russell era una muchacha de sociedad, que se educó bien y siempre estuvo acostumbrada a codearse con gente de lo mejor. Se da cuenta de que vivimos en un mundo donde la competencia es intensa en todos los ramos y de que para conservar la posición profesional hay que superar a las demás rivales y saber defender los derechos cuando estos no son respetados.

ACASO entre las estrellas del lienzo, la que serviría de ejemplo más definitivo para nuestra crónica sería Joán Crawford. Las vicisitudes que desde temprana dead pasó Miss Crawford no lograron impedir que se manifestara libremente el conjunto de sus atributos de belleza y talento.

Es ambiciosa como un político, y no cesa de trabajar para mejorar sus cualidades, en lo cual, naturalmente, no se parece mucho a los políticos.

Hay que clasificarla como una de las muchachas más cultas de Hollywood; estudia canto, música, baile y pintura al par que lee cuantas obras valiosas se publican. Ocupa un lugar envidiable en la industria cinemática, ganando un sueldo igual, o más alto, que el de cualquiera otra luminaria de primer rango. No permite que la bajen de cuadro y se hace respetar de los hombres más poderosos de Hollywood.

Es una mujer tan femenina que suele obtener lo que desea con sólo pedirlo en el tono de voz modulado que la ha hecho famosa. Posee, no obstante, una determinación incontrastable, y no ceja ante nada cuando cree que tiene derecho a exigir alguna cosa. Ha cambiado de personalidad física muchas veces, pero sus sesos son los mismos sesos aguzados y de claro razonar que la llevaron a la cúspide de la gloria por encima de los obstáculos más grandes.

Como la Crawford, Carole Lombard es otra artista que no ha vacilado en abrirse paso valiéndose del magnetismo de su personalidad y de la astucia innegable de que está dotada. Hubo una época en que sus actividades en el cine se limitaban a hacer papeles en las películas de vaqueros de Tom Mix y Buck Jones. Al enterarse de que Gloria Swanson, Marie Prevost y Phyllis Haver habían hecho fortuna en otros géneros del cine, abandonó los talleres de Mack Sennett, se puso un traje de baño y se presentó en los estudios Keystone. Gradualmente fué mejorando su trabajo hasta que le aumentaron el sueldo y la presentaron como estrella hecha y derecha. La primera caracterización importante que hizo fué con el actor John Barrymore, que entonces era el ídolo del público yanqui.

En el curso de la filmación de la cinta **Materia de Escándalo**, que ha terminado con el actor francés Fernando Gravet, impresionó profundamente al director Mervyn LeRoy por su formalidad en en trabajo. Esta muchacha—declaró LeRoy—conoce tanto del negocio de cine como cualquier productor o experto de la industria. Nunca provoca incidentes que demoren la filmación de una obra. Si pretende que se introduzcan cambios en el libreto los discute con los jefes antes de empezarse el trabajo. Una vez que está en el set, no interrumpe un solo instante la labor de producción ni comete equivocaciones."

IRENE DUNNE, suave, gentil, armoniosa, la dama perfecta en el lienzo y en la vida real, es otro ejemplo de cordura y de talento que no se deja dominar por los caprichos de los magnates cinemáticos. Nadie sospecharía una mujer tan bella y exquisita fuera capaz de ser tan enérgica como cualquier hombre llegado el momento de hacer valer sus derechos.

Miss Dunne posee una voz encantadora y es una de las cantantes más populares de la escena norteamericana. Además, está clasificada como una de las actrices más versátiles del ramo, aunque su especialidad es la comedia.

Nadie ha llamado a Bette Davis jamás la mujer más bella del lienzo, y sin embargo es una triunfadora. Debe sus éxitos, como actriz y como profesional, al enorme talento que posee, demostrado en innumerables casos en su trabajo artístico y en la administración de su carrera. Bette ha cultivado su intelecto con asiduidad y puede conversar sobre cualquier tema, desde la dramaturgia hasta las ciencias abstractas y el deporte de los caballos.

Consejos útiles para el maquillaje

La belleza resultante de un maquillaje armonioso, seduce; pero la pintura excesiva repugna. La moda exige que se evite ese aspecto "pintorreado", inarmónico y artificial. De ahí la predilección por Tangee. El anaranjado del Lápiz Tangee cambia en los labios a un tono grana precioso en armonía perfecta con todos los rostros. El mismo efecto encantador producen el Colorete y Polvo facial Tangee, que se adaptan inmediatamente al colorido personal. Ensáyelos. Se venden en todas las tiendas de moda.

Deseándoles belleza natural y armoniosa,

Tangee

M.E.C.D. 2016

Madame Roland — Théroigne de Méricourt — La Mariscala Chiang-Kai-Shek

FALDAS CELEBRES EN LA HISTORIA

LA Francia de la primera mitad de la centuria diez y siete, regida para «su bien por la sagacidad de Richelieu, no fué la Francia galante que trenzó madrigales a los oídos de las damas. El Cardenal de la barba en forma de daga, temía a las mujeres y siempre les opuso su poder casi incontrastable. En cada una que pretendía filtrarse en los intereses de la Cancillería veía una serpiente disfrazada de bellos oropeles. La adversión hacia la feminidad de Richelieu, le hizo proferir frases como ésta, que leí hace poco en un libro de memorias:

«Las mujeres son animales extraños. Algunas veces se cree que no son capaces de hacer un gran mal, porque no lo son tampoco de hacer ningún bien. Pero yo protesto desde lo profundo de mi conciencia y ase gura que no hay nada que sea capaz de perder un Estado como los malos espíritus encubiertos por la debilidad de su sexo.»

Richelieu, sin embargo, se equivoca plenamente. La influencia positiva de la mujer en la historia del mundo se repite incesantemente desde Fredegunda hasta la actual esposa del Mariscal Chiang-Kai-Shek. Enérgicas faldas pululan en la historia marcando con gallardía el vuelo de su malakoff. Las Blanca de Castilla, las Isabel de Inglaterra, las Catalina la Grande, las María Teresa, las Reina Victoria, por no citar más que las que atropelladamente me vienen a la memoria, hacen añicos la afirmación de Richelieu colmando a su autor de un lamentable ridículo. Y es que el gran Cardenal sabía que no podría derrotar a las mujeres si les daba la oportunidad de ejercitar su inteligencia intuitiva, bajo la máscara de sus bellas sonrisas, mas allá del límite que le aconsejaba su propio instinto de conservación. Los gestos pausados de Richelieu, su mirada de acero, su rostro impasible, todo el hermetismo de su política hábil, habrían sido perforados si alguna de las damas de empuje de su tiempo hubiese tenido la alternativa de plasmar la intuición femenina entre la enmarañada madeja de sus combinaciones políticas. No obstante la prevención del Primer Ministro de Luis XIII no pudo evitar que muchas de sus crisis biliares fuesen provocadas por las astutas jugarretas de varios diablillos femeninos.

Después de todo, no le faltaba razón a Richelieu para querer tan mal a las mujeres. Toda su vida se la pasó combatiéndolas, defendiendo sus derechos a la tajada regia que le deparaba su ascendiente en la corte de Luis XIII. Nunca como en este período tuvo Francia tanto rum-rum de sedas acariciando las gradas del trono. En honor de la habilidad cardenalicia debemos reconocer que siempre los intentos de ellas se estrellaron contra los resortes de él. ¡Pero cuántos dolores de cabeza le causaron al gran político francés! Su primera enemiga fue la Mariscala de Ancre, digna discípula de los Médicis. Después de este diablo con faldas hasta la Duquesa de Chevreuse, los nombres de mujer se amontonan en la vida de Richelieu: la Duquesa de Longueville, Mademoiselle de Montpensier y la Duquesa de Montzabon, entre las más famosas.

La Duquesa de Chevreuse fué la única a quien no pudo abatir por completo Richelieu. Afirman los que se dicen enterados de las reacciones sentimentales del Primer Ministro que la hermosura de la Duquesa hizo mella en su gama afectiva. Pero la bella dama—que amaba más la política que el amor—prefirió dirigir los negocios de los enemigos de Richelieu que ocupar un puesto de favorita cerca de éste, olvidada de la cosa pública. Unida a Ana de Austria—la mujer que más odió a Richelieu—dedicó vanamente su vida a deslustrar sus hábitos cardenalicios. Refugiada en Inglaterra continuó su peligroso juego de intrigas. Richelieu sufría por no poder exterminarla.

A las puertas de la muerte, Richelieu legó el poder a Mazarino. Veamos lo que dijo textualmente a su sucesor:

«Todo lo que me atacó, fué vencido. Francia es mi esclava, el Rey es mi prisionero; todo se ha plegado, menos una mujer, una serpiente que he visto nunca entre mis manos durante diez y ocho años y que me ha «piqué au coeur». Es la Duquesa de Chevreuse. ¡Vénguemel... Si vos no encadenáis la enemiga que yo os lego, ella os agarrotará...»

Richelieu, en el fondo, fué amargado por las artes femeninas. De ahí únicamente su fobia exagerada para expresarse mal de las damas. Después que Castelar el grande tribuno español del siglo último, escribió diez maravillosos volúmenes contándonos de las mujeres que han sido cumbres en la historia, la opinión del Cardenal Richelieu citada al comienzo de esta crónica nos hace sonreír con ironía; y cuando recordamos que Jules de Goncourt se atrevió a afirmar que «no existen mujeres de genio; cuando algunas tienen genio, entonces son hombres», no nos queda otro recurso que reír a mandíbula batiente...

Si a cada paso encontramos mujeres ilustres que, al igual que muchos hombres, enguirnaldan las páginas de la historia con sus actuaciones desde los tronos y a las cabezas de los pueblos, muchas también han legado al mundo el recuerdo nefasto de sus conscupicencias, de sus extravagancias y de sus desastrosas incapacidades. Otras, disfrazando su papel de intrigantes bajo la máscara de favoritas, han emponzoñado, con el veneno de sus besos, firmes nacionalidades provocando las peores catástrofes. For no recordar más que a una entre las de esta última clase de mujeres negativas para la humanidad, no tenemos más que volver la vista hacia el ocaso y el fin trágico de la dinastía de los Romanoff. Sin Alejandra Feodorovna, Rasputín no hubiese llegado a ser otra cosa que un mujik.

¡Cuánta diferencia entre ella y la reina de los belgas! He aquí una mujer maravillosa que, al aceptar su nuevo destino, se desligó de sus afectos de cuna, olvidó las baladas del Rhin fundiéndose en el espíritu del país que la proclamaba soberana.

Diversas grandes mujeres planearon sobre Europa entre las postrimerías y los albores de los siglos diez y siete y diez y ocho. De todas ellas ninguna brilló con más luz que la famosa Princesa de los Ursinos.

Sirvió los intereses de aquél y domeñó la voluntad de éste. Bella. Inteligente. De verdadero genio político, su influencia penetró tras los muros del Vaticano. El Papa Inocente XII no tenía reparo en declarar que consultaba a la Princesa de los Ursinos cada vez que algún caso espinoso se presentaba a su solución. Durante varios años, el triángulo que formaba Roma-Madrid-París estuvo sometido a la voluntad de aquella mujer múltiple, activa y siempre sobre aviso. De la política hizo un juego y de la belleza un culto. Su hermosura eterna es tan conocida como su talento inagotable. A los setenta años de edad seguía siendo tan intensamente atractiva que a punto estuvo de casarse con Felipe V.

La Revolución Francesa, que tan pródiga fuera en novedades de toda índole, tiene un bello capítulo dedicado también a sus mujeres. Las Carlota Corday y las Théroigne de Méricourt abundan notablemente. Iluminadas unas como la primera, y como la segunda, aventureras las más. Entre todas, el nombre de Madame Roland se destaca con luz propia constituyendo uno de los puntales más sólidos en el cenáculo de los Girondinos. Madame Roland, como los hombres de su época, lo dió todo por la causa: hasta la vida. Es célebre su frase pronunciada al pie de la guillotina: «Libertad, Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!...»

La influencia de la mujer se nota y se aprecia en todo momento y en todo país. Con el siglo actual se le han reconocido sus derechos y sus posibilidades. Los nombres femeninos, en la historia futura aparecerán en progresión insospechada. Los instantes que vive el mundo son más de intuición que de mera inteligencia. Las facultades intuitivas de las damas son poderosas y definitivas. Por ello su labor será cada vez más necesaria y más significativa. Alguien dijo que «sin sonrisa de mujer no hay dicha perfecta de hombre». No hay duda que la frase es cierta, pero incompleta. Para hacerla más exacta habría que decir que sin sonrisa y cooperación de mujer no hay dicha perfecta de hombre. El caso más demostrativo lo hallamos hoy en el Extremo Oriente, donde la metralla vacía las cunas y pueblа los cementerios. Estoy hablando de la Mariscala Chiang-Kai-Shek.

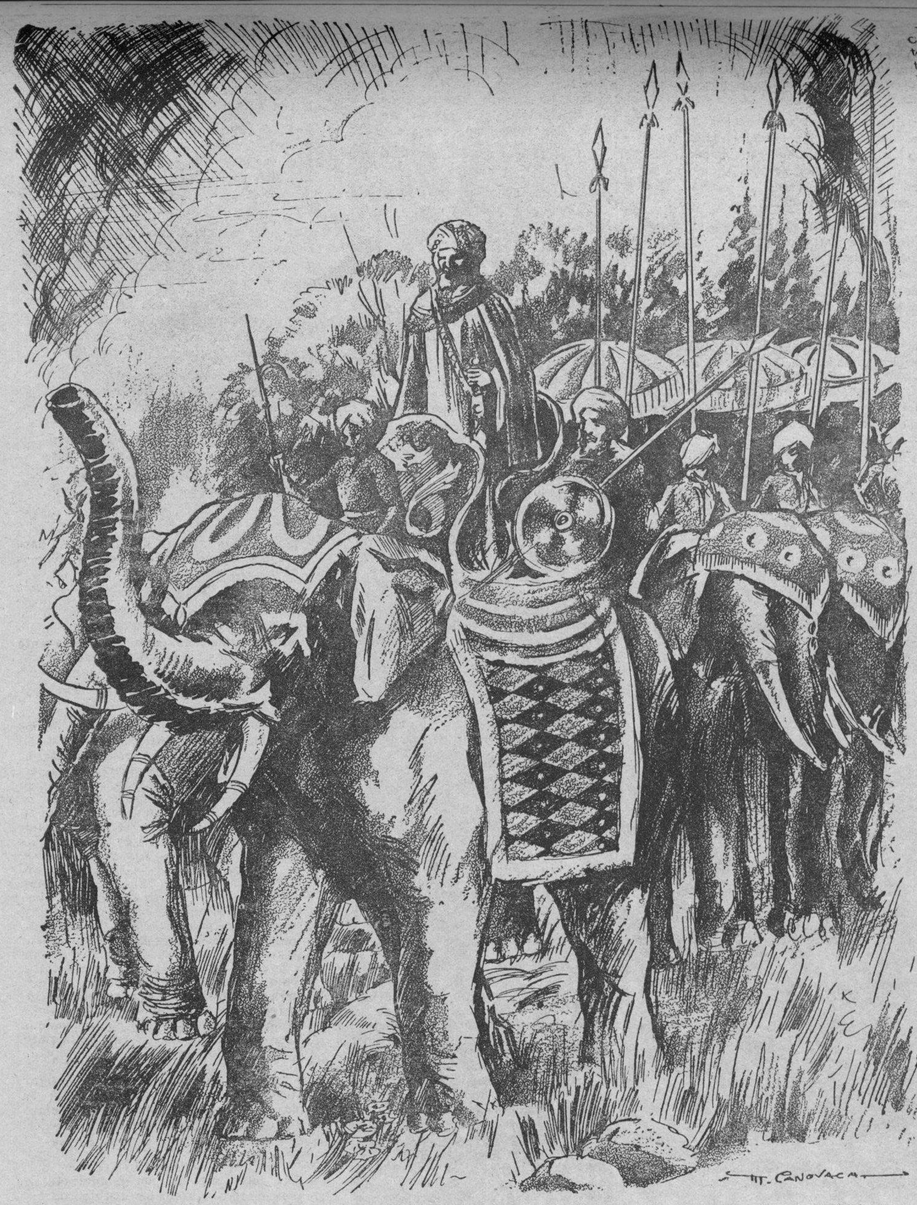
Hace muchos años, un marinero del Celeste Imperio emigró a los Estados Unidos. Nuestro hombre de mar se llamaba Carlos Soong y tenía tres hijas. La fortuna favoreció los optimismos de Soong y pudo educar a sus hijas dignamente. En las Universidades americanas recogieron cultura y armas para la vida. Las tres se casaron, y las tres lo hicieron en las mejores condiciones posibles. La mayor con Sun-Yat-Sen, quien más tarde fuera el primer Presidente de la nueva república china. La hija del marinero se convirtió en Primera Dama. La más pequeña contrajo nupcias con el doctor Kung, quien actualmente lleva el peso de las responsabilidades financieras en el Gobierno de Nankin. La intermedia unió su destino a Chiang-Kai-Shek.

Las hijas del marinero Soong han sido tres colaboradores inestimables en las importantes tareas de sus esposos. Han comprendido bien sus destinos, y rompiendo con la tradición de la China milenaria, ayudan a sus maridos con todo el empuje de sus intelectos excepcionales. La esposa de Chiang-Kai-Shek, especialmente, resulta una mujer prodigiosa. Cuando la China comenzó a salir de su letargo por obra y gracia de la voluntad de un hombre, el espíritu organizador-constructivo de la Mariscala, plasmó sus ópimos frutos en realidades tangibles. Mientras el Japón se desborda sobre la Manchuria, primero, y en esta guerra sin cuartel de ahora, la segunda de las muchachas Soong, se crece, se multiplica, se transforma. Vive el momento histórico de su pueblo; sabe del peligro que corre la magna obra de su esposo; comprende como nadie la tragedia de su patria sumergida entre cascos de obús... Y la hija del marinero actúa aconseja, dispone, resuelve.

La China actual mucho debe a la Mariscala Chiang-Kai-Shek.

Viendo la actuación de los espíritus femeninos que han brillado en el mundo, y aquilatado el resultado de sus esfuerzos, fuera de todo apasionamiento ante la realidad, ¡cómo luce ridícula y desvalida la célebre frase de Schopenhauer, el famoso fundador de la escuela pesimista: «La Mujer es un animal de ideas cortas y de cabellos largos...»

Renato Villaverde



dad, cuando un soldado asomó gritando hasta desgañitarse:

—¡El enemigo! ¡El enemigo!

CAPITULO VII

En el cautiverio

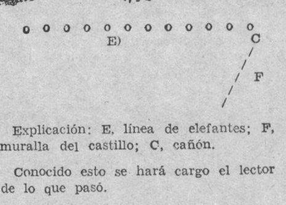
Salí blandiendo mi espada con una mano y empuñando mi telescopio con la otra, para espantar y examinar a un tiempo al enemigo, que aparecía a lo lejos, con la caballería detrás. Ondeaban las banderas; tambores, «gons», panderos, violoncellos y los demás instrumentos de la música oriental, llenaban los aires de extrañas y bárbaras melodías; se destacaban los oficiales, montados en dromedarios blancos, que corrían de un lado a otro trasmitiendo las órdenes de Holkar a las huestes en marcha.

El castillo de Futtyghur, encaramado sobre un peñón casi perpendicular, rodeado por el río Burrumpooter, no tiene más que una cortina expugnable, que da frente a una regular cuesta. Hacia aquella parte concentré mi artillería, con las treinta y seis míseras cargas disponibles, y dejé avanzar al enemigo hasta poder aprovechar el tiro, en las seguridad de hacer centenares de bajas con cada bala.

A la falda del peñón, donde empieza la cuesta, se detuvo el enemigo. Los elefantes aparecían en filas perpendiculares a la línea del fuerte, temerosos de exponerse a nuestro fuego. ¡Tontos!

Avanzó entonces, montado en el más grande de los elefantes, un hombre vestido de raso de color de fuego; lucía un enorme joyel prendido en el turbante, que parecía un brillantísimo planeta visto con el telescopio.

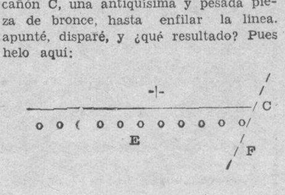
Arengaba aquel hombre a las tropas, y la línea de trescientos elefantes lo menos permanecía inmóvil. Este diagrama mostrará la posición a que me refiero:



Explicación: E, línea de elefantes; F, muralla del castillo; C, cañón.

Conocido esto se hará cargo el lector de lo que pasó.

Los elefantes, inmóviles, meneaban graciosamente las trompas. Con sobrehumana diligencia y acierto, arrastré el cañón C, una antiquísima y pesada pieza de bronce, hasta enfilar la línea, apunté, disparé, y ¿qué resultado? Pues helo aquí:



Explicación: F, el fuerte, como antes. C, el cañón, como antes. E, los elefantes tal como los señalábamos en el anterior diagrama. Pero hay un -|- ¿Saben ustedes lo que representa ese -|-? Pues representa el camino seguido por la bala del cañón C, que hizo blanco en las trompas de «ciento treinta y cuatro elefantes», y se paró en el número 135, que era una bestia muy vieja, por haber tropezado con los colmillos.

Jamás ha hecho nadie en el mundo un disparo semejante. Si fuese yo una medianía habría hecho lo que se le ocurre a cualquier pedazo de artimaña; apuntar a la cabeza del primer elefante, y celebrar luego con explosiones de júbilo la fortuna de haber dado muerte al primero y al segundo de aquellos monstruos y hasta de haber herido al tercero. Pero yo apunté a la trompa, desprovista de huesos, y de ese modo la bala pasó a través de ciento treinta y cinco probóscides, con el consiguiente fracaso del ataque. La arenga quedó cortada y hubo una de chillidos, rugidos y trompadas de los elefantes maltrechos con carreras y encontronazos, que no parecía sino que el demonio se lo llevaba todo.

Apenas me cercioré de la desenfrenada huída del enemigo, cuando a la voz de «¡Compañeros, abajo tenemos la comida!» salí de la fortaleza seguido de la guarnición en masa; yo, con mi cimitarra, descuarticé dos, y guardé para las damas un elefantico blanco, lo más tierno y sabroso que en mi vida probé. Sabía la carne un poco a caucho; pero todo es cuestión de acostumbrarse.

Conforme previne, al día siguiente el enemigo renovó el ataque con centuplicado arrojo, empeñado en dar el asalto. Mis cañones, mi espada, el apoyo del valeroso Macgillicuddy y de la guarnición, rechazamos el ataque y obligaron la temeraria a retirarse, con pérdida de setecientos hombres.

Salimos victoriosos de la segunda prueba; pero ¿qué haríamos en el caso de un nuevo ataque? Pólvora nos quedaba una poca ¡pero habíamos cargado los cañones con todos los proyectiles del fuerte, comprendiendo las piedras de calibre adecuado y las barras de hierro.

Aquel mismo día devorábamos nuestra última ración. Jamás se borrará de mi memoria la imagen de la señora Vandegobbleschroy, sola, contemplando consternada la cola asada del elefantico blanco, que estaba acabando de roer.

Al tercer día repitióse el ataque, dirigido personalmente por Loll Mahommed, mi buen amigo. Como consecuencia de los palos que por culpa mía le habían dado en las plantas de los pies, estaba imposibilitado de andar, y lo llevaban tendido en una litera abierta. El singular caudillo blandía la espada y soltaba cada terno en su algarabía indostánica que temblaba el orbe.

Le seguían los arcabuceros, que acribillaban al que asomaba las narices por el baluarte. Detras avanzaban unos moritos cargados de largas escalas, haces de leña para rellenar el foso, fajinas, gaviones, culebrinas (?), medias lunas (?), contraescarpas (?) y todo lo requerido para la guerra ofensiva.

Cargué mis cañones y los dejé avanzar.

¿Con que cargué los cañones? preguntará el lector. Pues muy sencillo. Mi genio inventivo, mis deberes de gobernador de la fortaleza, me dictaron lo que debía hacer, aunque nos quedáramos sin comer. «Cargué los dos cañones con los quesos de Holanda y en cada uno de los pedreros, a pesar de lo largos que eran y de su boca de trabuco (?) entro cabalmente un cuñete de aceitunas».

Los dejé avanzar, como iba diciendo, y ¡zas! allá va un queso de bola, y ¡pum! allá vuela el otro. ¡Mas ay! ¡Qué poco daño hicieron! Apenas derribó ca-

M.E.C.D. 2016

da una de las alimenticias balas a un hombre.

Envalentonado el feroz Loll por el escaso éxito de mis disparos, prorrumpió en voces descompasadas:

—«Hogrí, pogrí, oungrí fum!» (esto es: ¡Aalabado sea Alá y los cuarenta y nueve imauns!) ¡Adelante, hijos del profeta! El infiel no tiene municiones. ¡Cien mil lajs de rupias a quien me traiga la cabeza de Gahagan!

Se colocó en primera fila, porque como valiente lo era, y pinchando con su cimitarra a los soldados, les acabó de enardecer para el asalto.

Yo estaba negro de rabia, de la rabia fría y concentrada de la desesperación. Llamé a mi fiel lugarteniente y le dije:

—Macgillicuddy, ¿usted sabe dónde están los barriles de pólvora?

—Sí—me contestó.

—¿Usted sabe para lo que deben ser? vir?

—Sí.

Me cogió una mano, y dijo:

—¡Adiós, Goliah! Juro que no quedará piedra sobre piedra del castillo en cuanto lo tomen los infieles. ¡Ah! ¡Pobre madre mía, de mi alma!

Y sollozando, pero sin miedo, se retiró el bravo joven a ocupar su puesto de honor.

Dediqué un postrer pensamiento a mi adorada, a mi incomparable Belinda, y a pecho descubierto, me puse a preparar el pedrero, sin hacer caso de la granizada de balas que constantemente caía a mi alrededor.

Apunté frío, sereno. Loll Mahomed, tendido en el palanquín, manoteando y vociferando, no estaría más allá de un centenar de varas de la muralla. Hice fuego. ¡Pum!

Cuál no debía ser mi puntería, «que puse en la cara de Loll Mahomed una pelota compuesta de cien diez y siete aceitunas españolas, clase superior».

Lanzó un grito, que no tenía nada de humano y se desplomó muerto, abandonado en la litera por los conductores que echaron a correr, lo mismo que el ejército en masa, blasfemando, vociferando.

—¡Tomasha! ¡Tomasha! Esto es arte de brujería.

Seguro otra vez de la victoria, corrí al encuentro de mi Belinda. Me recibió con melancólica sonrisa, y casi perdió los sentidos en mis brazos. ¡Tenía hambre! La reanimé con un sorbo de ron, y sin perder momento me precipité por las escaleras, resuelto a no volver sin algo qué comer, aunque fuera un pedazo de mi muslo.

Recordé que en el campo debían de quedar tres o cuatro elefantes muertos dos días antes, cuando el primer combate. La necesidad es ley. Mi amada comerá elefante mientras no se encuentre algo más apetitoso.

Hice formar a mi gente para reunir a unos cuantos voluntarios en partida forrajera.. Pero nadie respondió a mi llamamiento. Uno de los veteranos explicó el fenómeno: se daban por perdidos, y de tener que rendirse, preferían hacerlo al instante, sin correr los riesgos de la salida ni tener que comer más la nauseabunda carne de elefante.

—¡Cobardes!—les grité—. ¡Miserables! Está bien. «Solo» he rechazado al enemigo, y sólo aprovisionaré el castillo. ¡Ea! Abrid la puerta.

Nadie me siguió. Bajé con lentitud la cuesta y me encontré los elefantes muertos, en el mismo sitio donde cayeron. Escogí el menos grandes y que parecía más tierno, y al que precisamente habían respetado los buitres. Me lo cargué a la espalda, y emprendí el camino de regreso al fuerte. A los pocos pasos, ¡chiit!... ¡pif!... ¡rrr!..., empieza la lluvia de balas. Las que no pasaban altas, ¡pi, pan! acribillaban el cuerpo del elefante, como una granizada.

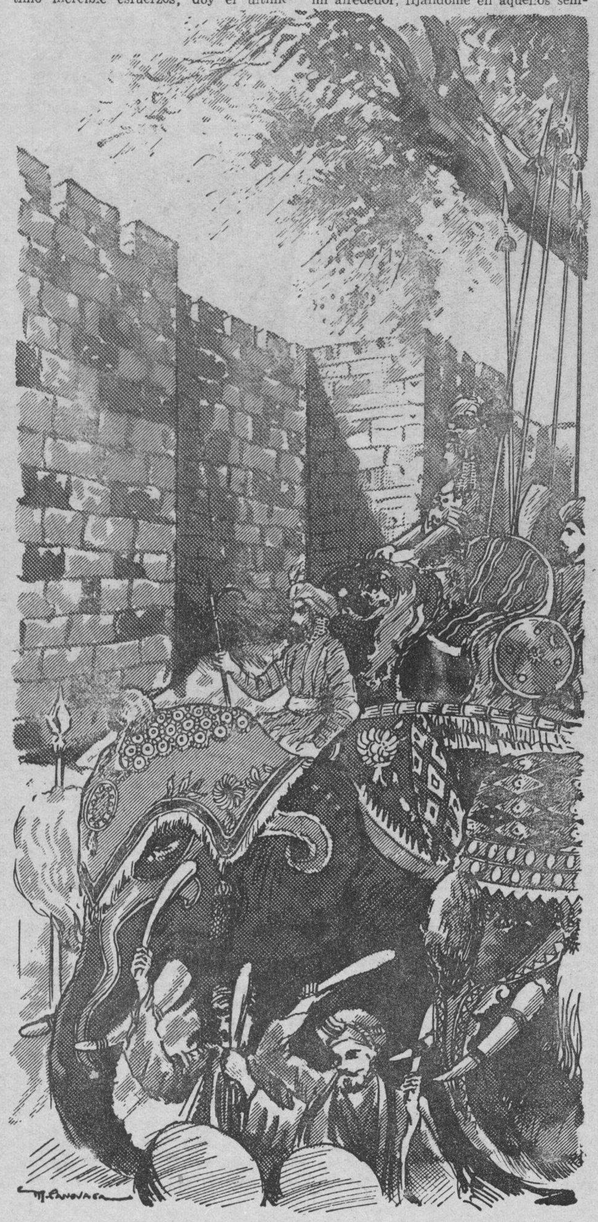
El enemigo venía a la zaga. Una vez cerciorado de ello, apreté el paso. Oí el galopar de la caballería. A cada instante sonoba más cercano. Yo me hallaba a cincuenta varas del castillo..., a cuarenta..., a treinta...

Mis nervios estaban tensos por el sobrehumano esfuerzo, y todavía lo redoblé; jadeante, loco, eché a correr, claro que no mucho porque ¿ahy alguno capaz de correr aprisa con tan enorme carga a cuestas?

Y el enemigo se me venía encima. Cincuenta caballos parecía que se me colgaban de la coleta. Los jinetes gritaban como unos condenados. ¡Oh, Señor, Todopoderoso! Tres varas no más, un instante, ¡y estoy salvado! Sí; hago el último increíble esfuerzos; doy el último paso... Con ímpulso formidable arrojo mi preciosa carga hacia adentro, por la puerta abierta de par en par, y... ¡me caigo! La puerta retumba al cerrarse. «¡Me han dejado fuera!»... Cincuenta aceros ante mis ojos inyectados de sangre, cincuenta manos negras me acogotan, cuando oigo una voz que grita:

—¡Alto! ¡No lo matéis, que es Gujputi!

Un velo me cubre la vista; la naturaleza, agotada, se derrumba.



CAPITULO VIII

La sorpresa de Futtyghur

Cuando recobré el sentido me encontré metido en un baño, rodeado por innumerables caras negras.

Un «pothukoor» (palabra indú de la cual proviene la de «boticario») me estaba tomando el pulso y contemplando con ojos de zahorí.

—¿Dónde estoy?—pregunté, mirando a mi alrededor, fijándome en aquellos semblantes extraños y en el extraño aposento.

—¡Bejusm!—exclamó el boticario—. ¡Silencio! Gahagan Sahib está en poder de quienes lo estiman por valiente y quieren salvarle la vida.

—¡Ah! ¿Con que conoces mi valentía, esclavo?—repliqué—. Es natural... Pero ¿y el castillo? La guarnición... elefante... Belinda, la señora de mi corazon... mi amor... Macgillicuddy... los miserables...

No pude articular una palabra más. Los dolorosos recuerdos oprimieron a un tiempo mi ánimo atribulado y mi armazón molida, y me desmayé otra vez.

Después de un rato que no sé lo que duró, volví en mi. El «pothukoor», con sus cordiales, consiguió hacerme dormir algunas horas.

Después desperté muy aliviado. No tenía ninguna herida. Mis desvanecimientos fueron producidos por el titánico esfuerzo que representa subir un cerro con un elefante a cuestas. Andando por terreno llano, la empresa es dificultosa; subiendo, se necesita Dios y ayuda. Si alguno de mis lectores se decide a probar este paseo con un elefante encima, yo le aconsejo, por lo que la experiencia me ha enseñado, que no ande más que a razón de cinco millas por hora.

Bueno; pues como iba diciendo, me desperté restablecido y oí ruido de armas a la puerta (señal evidente de que había centinelas). Un anciano, suntuosamente vestido, avanzó en seguida por la estancia. Yo lo conocía... No... Sí... No... Sí... Aquella barba blanca como la nieve, aquella mirada blanda, la nariz estropeada. ¡Era él! Era Saadut Beg Bimbukchi, el gran visir de Holkar, a quien el príncipe chafó las narices en presencia mía, como recordará el lector La aparición del viejo puso en claro mi situación: estaba en manos de Holkar.

Se me acercó el visir lentamente y con expresión benévola en el semblante, muy adecuada a tan buena persona, (había de morir pobre, descuartizado por caballos cimarrones al año siguiente, a causa de un disgusto que tuvo con Holkar.) Cuando llegó a la orilla de la cama, me cogió con dulzura la mano, y me habló así:

—Ni la vida ni la muerte, hijo mío, dependen de nosotros. La fuerza engaña; la valentía de nada sirve; la fama es aire. El ruiseñor canta a la rosa toda la noche, y ¿dónde está la rosa al amanecer? ¡Pchit! ¡Pchit! La marchitó la helada. La rosa saca defectos al ruiseñor, ¿dónde está el pájaro canoro? Cogido en la red, desplumado, ensartado y asado. ¿Quién sabe por dónde viene el infortunio? Ahora le toca a Gahagan Gujputi.

—Está bien—respondí con fiereza, en lenguaje malayo—. Gahagan Gujputi lo afrontará como un hombre.

—No hay duda, como un hombre sabio y animoso. Mas no hay cañada tan larga que no tenga revuelta, ni noche tan negra que no la aclare la aurora. Al helado invierno le sucede la dulce primavera, al duelo le sigue a menudo la alegría.

—¡Descifra de una vez tus enigmas adivino!—repliqué—Gahagan Jan no es aficionado a los acertijos, ni un Mollah charlatán. Gujputi gusta de armas, no de palabrería.

—Oyeme, pues, ¡Oh, Gujputi!, estás en poder de Holkar.

—Ya lo sé.

—Vas a morir tras de los más horrorosos tormentos mañana por la mañana.

—Me lo figuraba.

—Me lo figuraba.

—Te arrancarán los dientes, las uñas, los ojos.

—Puede que sí.

algo ha cambiado en ella, uno cree percibir unas vetas especiales, unos dibujos en lo que antes era liso completamente. Pero todavía permanece ante nosotros la gigantesca pared de acero, perpendicular y severa.

De pronto, (saltamos a un costado) sobre rieles que hasta ahora no habíamos observado se acerca una locomotora eléctrica y se dirige rectamente sobre la pared de acero adhiriéndose a ella. Y nuevamente una señal, la locomotora retrocede y como si fuera un corcho de una botella, extrae de la maciza pared un trozo liso y rectangular de acero, más alto que la altura de un hombre y ancho como seis o siete hombres parados uno al lado del otro, con un peso tal que ni un regimiento unido podría moverlo del lugar; y todo esto lo hace con facilidad silenciosa, casi burlona que gusta de emplear la técnica, vanidosa como ciertos acróbatas, al demostrar como aquello que consideramos milagroso se hace con naturalidad y sin esfuerzos. Nos acercamos al trozo de acero, a este gigantesco trozo de pared acorazada cortado limpiamente. Es acero soberbio, desnudo, liso, frío, sin junturas, de color de agua; al tocarle parece ágata pero es cien veces más duro. En él puede apreciarse el espesor de la pared, contra la que los grandes proyectiles de nuestros modernos acorazados tendrían el efecto de pétalos de rosas; sólo ahora apreciamos la fortaleza de esta muralla de circunvalación que desafía todo ataque; ninguna bomba produciría en ella más que insignificantes rasguños, ninguna fuerza sería capaz de penetrar hasta el corazón del oro que ella rodea. Lasciate ogni speranza, vosotros los que soñáis con penetrar aquí, en este inexpugnable recinto ideado colectivamente por la técnica de la guerra y de la paz. El gigantesco juego de músculos de estas invisibles torres corredizas destruye toda posibilidad de invasión por la fuerza, porque aquí vela el lado de la gigantesca masa de materia el secreto técnico del genio. Aquí se han unido el constructor con el inventor, aquí el genio ayuda a defender el oro.

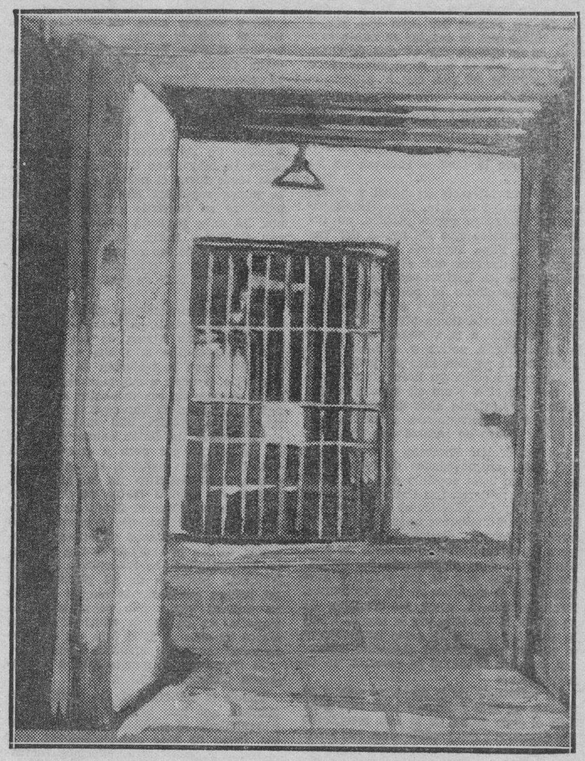
El Palacio de la Bolsa, de París, otra «fortaleza» donde se manejan los valores del mundo, bella mole arquitectónica que se eleva en el corazón de la capital de Francia

La Cámara de seguridad

Adelante, a través del túnel rectangular producido en la pared de acero por el corte mágico, largos corredores laberínticos, todos iluminados con claridad meridiana, todos blancos y limpios como corredores de sanatorio. ¿Por dónde andamos ahora. ¿Tal vez debajo de la calle, tal vez treinta metros debajo del rotano de una casa, a lo mejor debajo de la plaza de la Victoria, o ya estamos debajo de la Biblioteca Nacional?

Y de repente un enorme salón, grande como una iglesia, o como el interior de un teatro, el techo sostenido por cientos de pequeñas pero sólidas columnas de cemento, un verdadero bosque de columnas de piedra que recuerda a la mezquita de Córdoba o a los templos indios de Madrás construídos en las rocas de las montañas, sólo que mientras aquéllos parecen misteriosos por la semi oscuridad en que se hallan sumidos, este salón, que resplandece de luz, parece siete veces más misterioso por su vacío absoluto. ¿Dónde estamos? ¿En un refectorio abandonado, en un convento de la antigüedad, en una catacumba moderna, veintidós metros bajo la tierra? ¿Qué objeto tiene, a quién sirve este salón? Aquí no se celebra ninguna misa, no se representan piezas teatrales, no se celebran reuniones. Ningún artefacto, ninguna inscripción, ninguna palabra indican su objeto. Desnudas y encaladas están las columnas en el vacío, iluminadas por una luz uniforme; sólo en un rincón, como olvidados, se ve una serie de mesas y sillas de madera, pero nadie está sentado en ellas, todo parece inútil, sin objeto, sin sentido, las mesas, las sillas, el mismo salón abandonado.

En realidad este salón tiene un sentido, un enorme sentido previsor. Ha sido reservado para la horrenda hora fantasmagórica de la humanidad, para tiempos apocalípticos, para la guerra y la destrucción, para el momento en que a la ciudad y a esta fortaleza de las finanzas las amenace el peligro. Como un submarino que cuando se ve rodeado por los atacantes desaparece inmediatamente bajo la superficie del mar para protegerse, así todo el Banco de Francia con todos sus escritorios, sus empleados, sus libros y papeles, sus máquinas de escribir y de calcular, desaparecerán de un golpe de la zona de peligro, para sumergirse en este salón de seguridad a veintiséis metros bajo el nivel del piso, para continuar trabajando sin ser molestados. Inalcanzables, intocables, las puertas blindadas se cerrarán herméticamente se convertirán en sólidos muros, la tempestad de los acontecimientos no llegará a perturbar el silencio; libre, sin trabas, continuará la gigantesca actividad del Banco de Francia en este refugio único en su género, en este salón de seguridad.



LAS BARRERAS DE ACERO.—Son estos corredores de apariencia tétrica, a cuyos costados se encuentran todos los depósitos de seguridad, que están admirablemente protegidos por sólidas rejas de acero, dentro de los imponentes, oscuros y misteriosos sótanos

Pero ¿cómo vivir? ¿De qué vivir, aislados del mundo, sin agua, sin luz, sin calor, sin alimentos? El cicerone técnico sonríe. Todo eso está previsto. En cámaras adyacentes hay siempre comida para cuarenta días, cocinas eléctricas, dormitorios, camas, existencias de todo aquello que necesita el ser humano, todo, hasta lo más minucioso está previsto. El agua proviene de depósitos especiales, invulnerables, la electricidad no está ligada a la de la ciudad, silenciosas, como enormes animales antediluvianos de color gris acerado, están ahí en una cámara contigua las máquinas que una vez alimentadas con petróleo irradiarán una fuerza incalculable que hará brillar la luz en este mundo subterráneo, fuerza que renovará el aire y lo caldeará, que evaporará la humedad, la fuerza de todas las fuerzas, la electricidad, encerrada magistralmente por el genio humano en gigantescos volúmenes y que puede ser puesta en libertad moviendo una sencilla palanca.

Es un reconocimiento desconcertante: fría y calculadamente se ha pensado en todo. Todo nuestro mundo puede caer en el caos, puede extenderse la más intensa agitación sobre la ciudad, los aviones pueden cercarla, puede desatarse nuevamente el ebrio Dios de la guerra de uno a otro extremo del mundo, pero en este pequeño recinto acorazado continuará tranquilamente la vida microbiana de cien o doscientas personas. No oirán nada, nada sabrán de aquello que ocurra en el mundo, la sangre de millares al ser absorbida por la tierra no logrará filtrarse en este salón de acero herméticamente cerrado. Las máquinas de escribir continuarán tecleando, los libros se llenarán de cifras, se escribirán cheques, el oro continuará durmiendo tranquilamente, intocado, inalcanzable, y cuando el reloj del mundo se estrelle y se destruya su mecanismo, esta diminuta ruedita aislada continuará girando.

Cuando la Europa entera, cuando todo el mundo se estremezca de temor y pavor, continuará reinando durante ochenta días la seguridad y la estabilidad en este salón único.

Mañana: NOTICIERO DEL LUNES, con abundante material informativo nacional y extranjero. Sale a la misma hora del DIARIO DE LA MARINA

M.E.C.D. 2016

Stefan Zwieg, uno de los más altos valores de la literatura contemporánea, que ha consagrado su arte a evocar la vida de personajes célebres, con cuyas grandes biografías fama universal, que reafirma ahora con otro magnífico libro, del cual reproducimos aquí un capítulo pleno de interés. Esta foto del gran escritor lo presenta, por primera vez con sus vigorosos rasgos, al público de Cuba

UNA VISITA A SU MAJESTAD el DINERO

EL EDIFICIO MAS IMPORTANTE DE PARIS. GALERIAS, RECODOS, MISTERIO.—UNA MINA ARTIFICIAL.—EL ORO CONVERTIDO EN MONEDA.—MAS CIRCULOS QUE EN EL INFIERNO DEL DANTE.—TORRES GIRATORIAS Y CAMARAS ACORAZADAS.—LOCOMOTORAS ELECTRICAS INSOSPECHADAS.—LA CAMARA DE SEGURIDAD.—UN CEREBRO FRIO QUE ORGANIZO ESTE MUNDO PARA TOPOS.—PODRA OCURRIR TODO: HUNDIRSE EUROPA, O EL MUNDO, Y EN ESTE SOTANO REINARA LA TRANQUILIDAD OCHENTA DIAS POR LO MENOS

Por STEFAN ZWEIG

Publicamos a continuación un magistral relato visionario sobre el Tesoro del Banco de Francia, salido de la pluma del gran escritor Stephan Zweig. Es un capítulo del tomo de ensayos recientemente terminado: «Encuentros con personas, libros, ciudades», próximo a aparecer.

EL edificio más importante de París, el más moderno técnicamente, el más maravilloso, no puede ser apreciado desde el exterior. Miles de personas pasan diariamente ante él sin dignarse a dirigirle una mirada. Pasan por la estrecha calle Montpensier o por la calle de Petits Champs sin ver otra cosa que un amplio espacio rectangular, plano, sin edificación, cercado por un enrejado de madera. Está situado al lado del viejo e imponente edificio del Banco de Francia y parece ser un terreno que espera a los obreros que han de levantar sobre él una moderna y gigantesca construcción. En realidad hace ya mucho tiempo que el edificio está listo. Sólo que esta casa singular, este palacio, estas casamatas blindadas, este castillo fortificado, no eleva verticalmente como todos los otros, sus muros sobre el nivel del suelo, sino que sus seis pisos penetran en la tierra, en lo invisible. Bajo este inocente baldío arenoso, en el centro de París, se encuentra incrustada entre cemento y acero la más poderosa mina de oro de nuestro mundo actual; aquí abajo se extienden los insospechados y misteriosos sótanos del Banco de Francia, llenos de oro en bruto y amonedado, una suma de dinero imposible de representar gráficamente, un tesoro como no lo vieron junto César y Creso, Cortés o Napoleón, ni todos los emperadores y reyes de esta tierra, ni mortal alguno desde el comienzo del mundo.

El descenso

Veinte y siete metros, la altura de un edificio de siete pisos, se precipita perpendicularmente el veloz ascensor al interior de la tierra. Un tubo de concreto lo hace impenetrable por todos lados. Sin la explicación del ingeniero que nos acompaña no se sospecharía lo increíble: en este viaje al centro de la tierra cruzamos el lecho de un arroyo, el que al comenzar esta obra troglodita se creyó que constituiría un serio impedimento. Pero a menudo la técnica sabe sacar de los inconvenientes sus mejores éxitos; las galerías fueron pasadas a través del arroyo y ahora la capa de agua, aislada con concreto, ofrece una seguridad especial contra todo intento de penetración a las casamatas subterráneas desde la superficie, a esas casamatas que han sido construídas a tal profundidad que los ocupantes de las casas que entonces se hallaban todavía sobre la superficie de terreno que hoy está baldía, ni sospechaban que bajo los sótanos de sus domicilios se construían estos otros inaccesibles e indestructibles. Vendían en sus comercios tabaco y medias, despachaban café en tazas, fumaban y dormían, sin apercibirse que trozo a trozo desaparecía la tierra bajo sus casas en las que no se oía el más leve rumor de los picos. El arroyo continúa corriendo pacientemente entre la calle y esta nueva fortaleza subterránea.

Llegamos por fin al fondo de la galería, la entrada de esta mina artificial. Lo primero que se percibe: ¡qué maravilloso es el silencio aquí abajo! Ningún ruido, ninguno de estos indefinibles e incontables, rumores que convierten a la calle, con sus calderos de piedra, con sus gritos, sus palabras, con el rumor del viento, con los chirridos de las ruedas y las bocinas, en un mar hirviente. Se descansa, asustado primero, feliz después, por este silencio luminoso, porque en las modernas catacumbas reina perenne el día, pues incontables lámparas iluminan en forma pareja los corredores de cemento blanco; el aire es puro como el de las montañas, ya que enormes pulmones metálicos—los compresores eléctricos—bombean el oxígeno hasta aquí abajo. No se respira como arriba el aire viciado, contaminado por los gases de la nafta, por emanaciones malolientes y lleno de nubes de polvo; no, filtrado y puro, sin viento, caldeado y deshidratado por una calefacción invisible, esta atmósfera artificial de la profundidad es tal vez la más sana y agradable de la grandiosa ciudad a pesar de sus jardines y sus parques; es ozono puro. Siempre alcanza y hasta sobrepuja la técnica, en sus más diversas manifestaciones, la sabia naturaleza.

La entrada nos muestra una puerta, ancha y gruesa, pero tan dócil que el dedo de un niño podría moverla; es una puerta de caja de hierro, gruesa como un hombre, toda ella un trozo de acero macizo y brillante. Esto era de esperar, porque desde el comienzo del mundo ambos metales están hermanados, donde está el oro llama a su hermano más fuerte, al hierro para protejerse; como la débil y espiritual mujer se apoya en el hombre, así el oro, ese metal pálido y dúctil se adhiere al duro y resistente hierro para su protección. Donde el oro se convierte en moneda y propiedad, el hierro se convierte en espada y en coraza. Donde el oro duerme, vela el hierro, eternamente unido uno al otro, y nadie sabe cuál es el que actúa por voluntad del otro, si el oro que compra el hierro, la lucha, la guerra, o el hierro que se apodera del oro como presa.

La puerta acorazada está ahí, amenazante. Como bajo un yugo hostil se penetra por la entrada abierta. Un ligero escalofrío nos corre por la espalda; si llegara a cerrarse estaríamos enterrados en vida en una tumba, ningún poder humano estaría en condiciones de levantar esta pesadísima lápida. Pero unos cuantos pasos más y la risa lo tienta a uno. ¡Qué error! Con atravesar esta puerta se supone uno ya en el interior de la fortaleza, en el interior del laberinto. Pero no, apenas si se ha llegado al vestíbulo, apenas se ha franqueado la primera empalizada. La puerta acorazada no era más que una pequeña y delgadísima verja que separa al jardín de la calle, la cáscara verde y suave que recubre la verdadera cáscara dura de la nuez. En este vehículo todavía se mueven empleados y obreros, aquí todavía tiene acceso el público. Pero hay que bajar más aún El paraíso y el infierno de Dante tienen siete círculos, los sótanos del Banco de Francia tal vez más.

Las torres giratorias acorazadas

De repente, rodeado por la meridiana claridad de la luz eléctrica, recuerda uno las mil y una noches. El monte magnético de nuestra niñez está allí delante nuestro, oscuro, liso, rígido, gigantesco. De una vez ya no podemos avanzar, termina el camino. Una pared de acero cierra la vista y el corredor. La examinamos con todo cuidado, buscamos en ella una puerta, una abertura, una cerradura, una manija, nada, lisa, pulida, se opone a nuestro paso. Sólo una fórmula cabalística, un «sésamo ábrete» (todas las leyendas de nuestra niñez despiertan en nuestra imaginación) podría abrirla, sólo una indicación del cielo podría franquearnos el paso. Y la indicación llega, no del cielo, sino de lo invisible, dada por alguno que sigue nuestro viaje subterráneo en forma técni-mágica y nos protege. Algo tiene que haber ocurrido porque de repente la rígida pared cobra movimiento, se desliza exactamente como lo relató hace cien años el genial fantasista Edgar Allan Poe en su novela inquisitora, se desliza hacia un costado sin por eso dejar de ser ni un momento una pared inaccesible. Algo se desliza como un bastidor de teatro, enormes fuerzas ocultas levantan o bajan o giran en el interior de la pared acorazada y en la rígida superficie aparece no una puerta, ni un cerrojo, ni una abertura, aparece algo que no se sabe lo que es. Tan sólo

—Te desollarán vivo y te quemarán después.

—Bien; así no me podrán hacer nada más.

—Cogerán a cada uno de los hombres, a cada una de las mujeres del fuerte (¡no lo habían tomado todavía!, y repetirán en ellos iguales tormentos.

—¡Ay! Belinda mía! ¡Habla! ¡Pronto! ¿Qué hay que hacer para evitarlo?

—Escucha. Gahagan quiere al rostro de luna que se llama Belinda.

—Con frenesí, visir.

—Pues bien, ¿que rango tiene en el ejército de la compañía?

—Capitán.

—¿Miserable capitán? ¡Qué vergüenza! Y su religión, ¿cuál es?

—Soy irlandés y católico.

—Pero, extremado en sus prácticas religiosas?

—¡Ay, no!

—¿No ha entrado en su mezquita durante estos doce años?

—Así es.

—Atiende a lo que te digo, Gahagan. Me envía Su Alteza el príncipe Holkar para decirte esto: Será tu esposa el rostro de luna: tu segunda esposa, porque la primera debe ser la inapreciable Rosa Blanquirroja, que te ama con frenesí. Con ella alcanzarás las riquezas y el rango que posee Bobbachy y Badewder, de quien Su Alteza ha resuelto deshacerse. Serás el lugarteniente de nuestro caudillo. Mira (aquí está el despacho, sellado con el sello celestial, avalorado con los sagrados nombres de los cuarenta y nueve Imauns. No tienes más que renegar de tu religión y de tu bandera, y tuyos son todos estos galardones.

Al decir esto me mostraba un pergamino, que me entregó en seguida. Estaba maravillosamente caligrafiado con tinta indiana; lo guardé durante catorce años, hasta que un criado torpe lo echó a perder, «lavándolo» para quitarle el polvo; es decir, borrando todo lo escrito.

Cogí el despacho con mano firme y dije:

—Es tentadora la oferta... Oye, visir ¿qué plazo me das para reflexionar?

Después de largo regateo me concedió seis horas, que no había de emplear en reflexión alguna, pues tenía bien decidida mi respuesta. Apenas había vuelto la espalda el visir, me tendí en el sofá y me sumí en el sueño más profundo.

.. ..

Al expirar el plazo a media noche, entró nuevamente el visir en el aposento con dos personas, a una de las cuales conocí por su marcial continente: era Holkar.

—¿Has reflexionado? — me preguntó el visir.

—Sí—le respondí, haciendo un esfuerzo para incorporarme, pues no podía levantarme a causa de las ataduras de mis piernas y las esposas de acero que me sujetaban las muñecas—. ¡Sí! ¡Perros infieles! ¿Creéis que a un caballero cristiano se le arrancan de esa manera la fe y la honra? ¡Villanos! Extremad las atrocidades; multiplicad los tormentos; hacedme pedazos, que después de haberme descuartizado yo no he de sentir nada; pero aunque dure una vida cada tormento, aunque sienta una agonía cada pedazo de carne, ¿qué importa? Lo soportaré todo, todo, ¡todo!

Mi pecho se hinchaba, mi cuerpo se agitaba y mis ojos lanzaban rayos al proferir estas palabras.

—¡Tiranos—grité—. «Dulce et decorum est pro patria mori.»

Y rematada de esta solemne manera mi argumentación, me callé.

Se hizo atrás el venerable gran visir, y vi que una lágrima resbalaba por sus mejillas.

—¡Qué tenacidad!—exclamó—. ¿Por qué, por qué han de ser condenados a desaparecer de este mundo tanta bizarría y tanto heroísmo?

El más alto de sus compañeros profirió y dijo:

—Pero «¿y Belinda?»

—¡Ah! ¡Cállate, rufián!—le grité—. El cielo protegerá su inocencia inmaculada. Te conozco, Holkar, y tú también «me» conoces de sobra. ¿Quién, con su espada solamente ha desbaratado tus ejércitos? ¿Quién de un pistoletazo te partió el arete de la nariz¿ ¿Quién te mató los generales? ¡Perro! ¡Cobarde! ¡Villano! ¡Tirano! ¡Infiel! ¡Gahagan te odia, te escupe, te patea!

Al oir estas frases poco galantes, Holkar lanzó un grito de rabia y desenvainando la cimitarra se arrojó sobre mí para despacharme de una vez, realizando de aquella manera mi mayor deseo. Pero le contuvo la tercera persona, que se antepuso apresurada y cogiéndole por el brazo, exclamó suplicante:

—¡No, papá! (Era Rosa Blanquirroja.) ¡No lo mates! ¡Acuérdate! ¡acuérdate de su desventura y de... mi amor!

Se detuvo confusa y ruborizada, se puso un dedo sobre los labios y agachó la cabeza, imagen verdadera del cariño modesto.

Holkar, taciturno, envainó la cimitarra. Luego refunfuñó:

—Vale más así. Si lo mato ahora, le libro de los tormentos. Dentro de tres horas lo llevarán al suplicio.

Y entre él y el gran visir se llevaron a la indiana desvanecida, que, a decir verdad, era más fea que el mismo demonio.

Salieron y me dejaron con mi sino irremediable. Me quedaban tres horas de vida y me decidí a emplearlas de la mejor manera posible: durmiendo. Que es lo que aconsejo al lector que haga si pasa por un trance semejante; duérmase y evitará molestias y disgustos, para afrontar luego la catástrofe con toda frescura, como un hombre.

A las tres asomó el sol en el firmamento y con él asomaron mis guardianes para llevarme al lugar del suplicio.

Me desperté entonces, me levanté y fui conducido afuera, donde me montaron en un asno blanco, el mismo en que habían paseado a Loll Mohammed después de los palos. Tras de mí cabalgaba Bobbachy Bahawder, restablecido en su rango y caudales. Nos escoltaban tropas de caballería, y el verdugo ordinario llevaba del ronzal el mísero borrico, precedido por el pregonero, que iba gritando:

—¡Paso, paso al azote de los fieles, que

Así llegamos a la llanura faital, donde va a recibir el castigo de sus maldades! de cargué con el elefante, a la vista del castillo Miré en alto, y ¡alabado sea Dios!, todavía ondeaba el pendón de San Jorge sobre la muralla, atestada de gente. Entre las mujeres me pareció conocer a «una».. ¡Oh, dioses inmortales! Aquella ilusión me estremeció y me hizo palidecer por primera vez.

—¡Está temblando! ¡Palidece!—gritó Bobbachy con alegría feroz.

—¡Perro!—le repliqué con el poder de mis pulmones.

Como estaba de cara a la cola del asno podía mirar de frente al infame.

—No estoy tan pálido como tú cuando te derribé con este brazo; no estoy tan pálido como tu mujer cuando penetré en tu harén.

Completamente desconcertado, el indiano se calló. Le había tocado en el punto sensible.

Llegamos al sitio donde debía celebrarse la ejecución. Un palo enorme de dos pies de grueso y ocho de alto, estaba hincado en el césped. A unos siete pies del suelo, rodeaba al palo un anillo de hierro, del cual colgaban dos argollas, con las que me sujetaron las muñecas. Dos o tres verdugos arreglaban a un lado extraños instrumentos.

A otro lado se estaba atizando una hoguera debajo de un caldero, y en la lumbre se calentaban otras horcas, tenazas y raros instrumentos de hierro.

El pregonero leyó a voces mi sentencia, la misma que me había anunciado el gran visir la noche antes. Confieso ahora que estaba demasiado trastornado para entender las palabras del pregonero.

Holkar presenciaba la función a poca distancia, montado en un alto dromedario. Se me acercó el gran visir, cumpliendo su deber de permanecer a mi lado y dar fe de la ejecución, y me dijo:

—¡Todavía es tiempo!

Yo le contesté meneando la cabeza, sin desplegar los labios.

El visir elevó al cielo una mirada de indescriptible angustia, y dijo con voz entrecortada:

—«¡Verdugo..., cumple..., tu... deber!

Avanzó el horrible sujeto y susurró al oído del gran visir:

—«Geggyl ña ghi, jum jergeri. El aceite no hierve todavía: aguarde un minuto).

Los ayudantes soplaron, arreció el fuego y el aceite empezó a hervir. El visir dió algunos pasos a un lado, y se me acercó de nuevo empuñando un cazo lleno de hirviente líquido.

.. ..

¡Psit! ¡pun! ¡pun! ¡pap! El verdugo cayó a mis pies, con un balazo en la frente; el cazo de aceite hirviendo fué a verterse en la cara del infortunado visir, el cual se desplomó aullando de dolor. ¡Psit! ¡Pun! ¡Hrra! ¡Carguen! ¡Adelante! ¡Sin cuartel! ¡Hacerlos trizas!

¿Qué es lo que veo? Sí, ellos son. No... Sí... Un regimiento de caballería; otro y otro. Son ingleses, que arrollan a los aterrados indianos... Delante de todo el ejército, ¡oh misericordia divina!, mis «Guerrilleros de Ahmednuggar»; una ola negra de jinetes y caballos, precedida de mis oficiales amarillos.

Ahí vienen Glogger y Pappendik y Stuffle, blandiendo los sables relucientes bajo el sol, lanzando al aire sus voces estridentes.

—¡Duro con ellos, muchachos!

Aquella inefable música sacudió todos mis nervios y me infundió fuerza sobrehumana. De un tirón removí el tronco, metido cerca de una vara en tierra; no podía soltarme las muñecas de las argollas, pero pude agarrar la gigantesca maza con ambas manos. Los cinco verdugos fueron a parar a la lumbre, y se vertieron encima el caldero de aceite hirviendo; arremetí con los portadores del palanquín de Bobbachy; y el último porrazo dió en la espalda al cabecilla y lo mandé a ser acuchillado por mis soldados.

Al cabo de un minuto, tenía entre mis brazos a Glogger y a Stuffle, mientras Pappendick se quedó a mandar el regimiento. Diez minutos después, lord Lake se me acercó a caballo con su Estado Mayor, y me encontró sentado apaciblemente sobre el tronco destinado a mi suplicio.

Tal fué la renombrada »batalla de Furruckabad», por otro nombre «sorpresa de Utiyghur» (17 de noviembre de 1804).

Al cabo de un mes salió en el «Bagfleywallah Hurgaru» y otros periódicos indianos esta gacetilla:

«El capitán Goliah O-Grandy Gahagan comandante de los Guerrilleros Montados de Ahmednuggar, contrajo matrimonio en Futtyghur el 25 de diciembre, con Belinda, hija segunda del mariscal de campo Bulcher.

«Actuó de celebrante el reverendo doctor Snorter.

«La novia fué al presbiterio acompañada por Su Excelencia el general en jefe; y después de un espléndido «dejeuné, marchó la feliz pareja a pasar la luna de miel a Hurrygurrybang. Venus tendrá presente, sin embargo, que Marte no puede permanecer eternamente a su lado. Los guerrilleros quedan anulados sin su jefe».

FIN

M.E.C.D. 2016

M.E.C.D. 2016

León Tolstoi algunos años antes de su muerte

La Pseudo Muerte de los Grandes Hombres

Por Renato Villaverde

Madame de Thebes en la plenitud de sus facultades de gran vidente

El gran humorista Mark Twain trabajando en su lecho

La muerte acecha por igual a los grandes hombres que a los que deslizan su existencia sin sobresalir una una pulgada de la pausa gris de la vida. Aquellos siguen palpitando en el recuerdo del mundo a través de sus libras, de sus creaciones artísticas, de sus inventos, de sus sistemas filosóficos o de sus hazañas guerreras. Estos, cierran su parábola de fuegos fatuos con un asiento en el Registro de Defunciones y con la última paletada de tierra que el sepulturero arroja sobre su ataúd. Todos, sin embargo, gozan de publicidad. Para los grandes, los periódicos llenan sus columnas con ditirambos y fotografías, mientras que los pequeños tienen que contentarse con su nombre a secas, su edad y en algunos casos la enfermedad que los liberta, escrito con letra diminuta en la sección necrológica de las publicaciones diarias.

A veces, los hombres-cumbres han muerto sin morir realmente, es decir, su fallecimiento ha sido anunciado antes de ocurrir. El telégrafo y el radio expanden con toda premura la noticia, que es recogida en los diferentes ángulos del mundo; pero por docenas pueden contarse las ocasiones que los despachos han sido falsos. Dijérase que los hombres sienten un deseo morboso de exterminar a sus semejantes que valen más que ellos. Empero, no es así. Las agencias de publicidad captan cualquier rumor confuso referente a la salud precaria de algún individuo considerado como importante entre el rebaño de los hombres, y en un deseo de primicia dan forma al rumor convirtiéndolo en hecho concreto. El interesado fallece para millones de seres, hasta que su protesta desde el rincón de la tierra en que se halle, saque del error a la humanidad. El mundo rectifica la noticia, y sigue viviendo en espera de nuevas sensaciones.

Algunos han experimentado esta extraña emoción varias veces durante su vida. Han logrado leer toda la literatura acumulada sobre sus despojos, pudiendo aquilatar cuánto crece la admiración de sus semejantes cuando el admirado ha dejado de existir. La humanidad es generosa ante la muerte. A la llegada de la Parca, tal parece que los defectos se liman.

Nadie como León Tolstoi pudo experimentar esta sensación de saberse vivo mientras todos lo lloran como muerto. Media docena de veces los periódicos publicaron el fallecimiento del formidable autor de "Resurrección". Tolstoi, desde el fondo de sus estepas, reía benébolamente y comprensivo. Tanto va el cántaro a la fuente hasta que al fin se rompe. Así sucedió al viejo escritor moscovita. Una vez la última—la noticia se había dado falsamente, pero tres días más tarde el octogenario roble caía para siempre en el arcano de la cama del Jefe de la Estación de Astapovo. Tolstoi murió víctima de una pulmonía adquirida en una aventura sentimental. No sé hasta que punto podemos calificar de "sentimental" el hecho de huir de una esposa después de cuarenta y ocho años de matrimonio...

Lo cierto es que Tolstoi no pudo aguantar más tiempo a su consorte. Cuarenta y ocho años de resistir las crisis hepáticas de la en una época lejana, amada, agotaron las reservas de tolerancia del más grande ruso de los últimos tiempos. Con una pirámide de años a cuestas, huyó del hogar. Descendió en la pequeña estación ferrocarrilera de Astapovo. El aire helado hirió sus pulmones débiles. La pneumonía hizo presa en su organismo desvencijado y marchito. Diez días aún luchó con la muerte desde la cama que le prestara el Jefe de la Estación. Pero el mundo no podía tolerar tan larga espera. A los siete días las agencias cablegráficas propagaban una vez más la muerte cierta del apóstol de las estepas. La especie fué creída. La intelectualidad se cubrió de luto. En el Palacio Bourbon de París, un Diputado dijo en sesión solemne: "La Cámara, al saber la muerte de León Tolstoi, se asocia al duelo de la nación rusa y del mundo civilizado". Sin embargo, Tolstoi vivía aún si bien agonizante, perdido entre los lejanos hielos del villorrio de Astapovo.

Al igual que Tolstoi algunos han escuchado el rumor de su muerte con indiferente escepticismo. Otros han montado en cóleras soberbias dignas de Júpiter tonante. La reacción de unos pocos ha sido la burla y la ironía.

El espíritu satírico de Mark Twain, pertenece a este último grupo. El gran humorista americano debe su renombre principalmente a dicha circunstancia. Al anunciarse su muerte, los periódicos de todo el mundo recogieron en sus columnas las frases más amables para el escritor fallecido y calificaron su producción entre ditirambos parrasianos. Jamás propaganda más útil fué pagada a más bajo precio. Cuando la bola de nieve se había agrandado lo suficiente, Mark Twain abandonó su momentáneo sepulcro dirigiendo este telegrama: "Noticias de mi muerte considerablemente exageradas punto Sigue carta".

La carta prometida fué devorada por todas las curiosidades y confirmaba el talento que días antes se le atribuyera a plena vela. Las risas no se habían extinguido aun en el mundo, cuando Mark Twain escribe la formidable aventura del pintor Millet.

No hace muchos meses los parisienses rieron con un caso de esta índole. En esta ocasión no se anunció la muerte de una persona conocida que gozaba de perfecta salud, sino que se hizo fallecer nada menos que a Madame de Thebes que hacía veintiún años que había enmudecido para siempre. Madame de Thebes fué la célebre pitonisa que anunció el final de la Guerra Europea y, en sus mocedades, la confidente de Alejandro Dumas, hijo. El parte lo recuerdo perfectamente, salió publicado en el "Paris-Soir"—si la memoria no me falla—y decía más o menos así: "En el Hospital de Fontainebleau murió esta madrugada la célebre Madame de Thebes, pitonisa famosa por sus aciertos reiterados, a la edad de 77 años. La gran vidente desde hacía mucho tiempo se hallaba retirada de toda actividad, y de ahí que sus predicciones no siguieran teniéndola en el plano de la actualidad ante la opinión pública..." Otro periódico al siguiente día aclaró el "canard". En realidad, quien había muerto era Madame de Theles, otra pitonisa cuya ortografía produjo el error del "Paris-Soir". La extraordinaria Madame de Thebes—la única verdaderamente notable—había muerto el 26 de diciembre de 1016, a la edad de 72 años y en el pequeño "manoir" de su propiedad de Petit Aunay, cerca de Meung-sur-Loire.

Carlos V, antes de sepultarse en el Monasterio de Yuste, quiso experimentar la fúnebre satisfacción de asistir a sus propias exequias. El deseo del más poderoso monarca de la tierra se cumplió. El futuro monje, ahito de un fervor místico exagerado, supo de los incensos y de los cantos funerales. Este caso fué el producto de una voluntad plena proyectada hacia un ambiente de entierro. Toda la neurastenia del soberano, que se creía ungido de la divina llama, se derritió al último resplandor de los cirios. Fué, en suma, una comedia querida, properada y exigida.

En cambio, no tuvo el mismo origen la asistencia a sus propios funerales del Profesor Vincent. El inventor de la vacuna contra la tifoidea, pasó por este triste trance de su vida, o, si se quiere, de su muerte. El mismo lo relata en sus memorias en dos párrafos llenos de "esprit". Oigámosle:

"Me encontraba tomando parte en un Congreso Médico, cuando un día en que yo me ausenté, se anunció mi muerte. En el acto, el Presidente del Congreso tomó la palabra a fin de pronunciar con una afectuosa emoción mi elogio fúnebre, suspender la sesión en señal de duelo e invitar a todos los miembros a mis funerales a la mañana siguiente. En realidad, se trataba de un homónimo mío, médico colonial, muerto de repente y que habían confundido con mi persona. A la mañana siguiente llegué yo a Val de Grace y encontré una muchedumbre impresionante emplazada en los alrededores. Me inquieté por tal afluencia extraordinaria. "Son los funerales del Profesor Vincent", me respondieron. Puedo en todo caso ir a firmar el libro de los dolientes, me dije. Pero a medida que avanzaba a través de la muchedumbre, veía los rostros conocidos palidecer súbitamente y mirarme con la boca abierta. ¡Yo era el muerto-vivo! Fuí a estrechar la mano del Presidente del Congreso, que a punto estuvo de caer desvanecido. El guardaba mi oración fúnebre en el bolsillo. Se la pedí mientras acompañábamos los despojos del otro doctor Vincent... pero el Presidente me la negó y por espacio del algún tiempo se mantuvo frío conmigo!..."

He aquí la historia del doctor Vincent.

Para no hacer interminable esta crónica de errores necrológicos, relatemos el humorismo de un poeta, de cuya gloria sólo ha llegado hasta nosotros el gesto en cuestión y sus dos nombres de pila: Napoleón-Charles. El bardo que nos ocupa, que era decadente por añadidura, no creyó a ninguno de sus contemporánea con capacidad suficiente para hacer su discurso póstumo el día de su entierro. En un disco fonográfico imprimió sus propios méritos, el valor de sus versos, la fuerza de su musa, el ritmo celestial de sus estrofas, su vida pura dedicada al arte y hasta señaló el lugar preferente que debía ocupar en el parnaso de su siglo... El día de su entierro, ocurrido años después, sus familiares y amigos escucharon conmovidos y sollozantes elevarse sobre las tapias del cementerio la voz clara y vibrante del poeta Napoleón-Charles desgranando su propio panegírico...

Todos los días la prensa publica noticias inexactas relativas a fallecimiento de personalidades que no han pensado abandonar el globo terráqueo. El año pasado los periódicos europeos dieron equivocadamente a grandes titulares la triste nueva de la ejecución en España de la bella Rosita Díaz. Ninguna personalidad actualmente—al igual que en el pasado—está exenta de pasar el trance de su pseudo-muerte. ¿Cuál será la nueva figura a quien la Parca le tiene reservada esta broma?...

Los Conquistadores

por Lourien Gregory y Glenn Chaffin

¡ESE BUQUE ESTÁ CARGADO DE ORO!

¡NUEVA YORK! OTRO PUNTO IMPORTANTE EN LA JORNADA DE LOS CONQUISTADORES! ACABA DE LLEGAR AL PUERTO UN BUQUE DE CALIFORNIA QUE SE DICE ESTÁ CARGADO DE ORO. LA EXCITACIÓN DE LOS EXPEDICIONARIOS ES TAL QUE SE OLVIDAN DE FRANK Y DE LA PEQUEÑA SUSANA.

¡SUSANA, VAMOS A VER ESE BUQUE DE CALIFORNIA QUE ESTÁ CARGADO DE ORO!

¡TENGO MIEDO!

¡AH, ERES UNA MIEDOSA, COMO TODAS LAS NIÑAS! ¡IRÉ SÓLO!

¡JÁ, JÁ! ¿DÓNDE ENCONTRASTE ESE GORRO CÓMICO?

¿DE QUE TE MOFAS? ¡TU NO TIENES UNO!

¡AHORA VERÁS COMO LE DOY AL SOMBRERO DE ESE VIEJO!

¡MIRE SEÑOR, ESE MUCHACHO LE LANZÓ EL PALO! ¡YO LO VÍ!

¿AH, ERES UNO DE ESTOS MUCHACHOS TRAVIESOS DEL CAMPO? TE LLEVARÉ A LA CÁRCEL PARA QUE ESCARMIENTES.

OIGA, GUARDIA, YO ESTABA VIÉNDOLO TODO Y ESTE NIÑO NO ES CULPABLE. ¡FUÉ AQUEL TRUHÁN QUIEN HIZO LA MALDAD!

CARAMBA, SI NO ES POR LA INTERVENCIÓN DE ESE BUEN SEÑOR ME LLEVAN A LA CÁRCEL Y PIERDO EL BARCO DE ALBANY.

ARCOS Y FLECHAS DE INDIO

JUEGOS

¡TENGO QUE CORRER PARA LLEGAR A TIEMPO AL EMBARCADERO O PERDERÉ EL BARCO!

¡AGUANTA, QUE NO ESTÁS EN EL HIPÓDROMO!

EL BARCO DE ALBANY SALE DENTRO DE UNOS MINUTOS. ¡DATE PRISA, FRANK!

56. Editors Press Service, Inc., 220 E. 42nd St., New York.

Las Maravillas del Mundo

AVES ZANCUDAS

ESTA PERDIZ DEL EXTREMO NORTE Y LAS ALTAS MONTAÑAS DE LA ZONA TEMPLADA PERTENECE A LA FAMILIA DE LOS GUACOS Y SE ASEMEJA A OTROS DEL MISMO GRUPO.

AL EMPEZAR EL INVIERNO CAMBIA SU PLUMAJE COLOR CARMELITA POR UN PLUMAJE BLANCO Y SE PIERDE ENTRE LAS PROFUNDAS NIEVES DE LOS PICACHOS.

A DIFERENCIA DE OTROS DEL GRUPO, EL MACHO SÓLO TIENE UNA HEMBRA QUE CONQUISTA PELEANDO CONTRA DOCENAS DE RIVALES.

GRACIAS A SU PLUMAJE CARMELITA DE LOS MESES DE VERANO PUEDE OCULTARSE Y HACERSE INVISIBLE A LA DISTANCIA ENTRE EL MUSGO.

LOS CAZADORES SE APROVECHAN DEL VUELO BAJO DE ESTA AVE PARA CAZARLA EN GRANDES CANTIDADES POR MEDIO DE MALLAS LEVANTADAS POR LA NOCHE.

El Profesor Cariñoso

LE ABRE LOS OJOS A UN AMIGO

¡AHÍ ESTÁ JUAN, DIVIRTIÉNDOSE!

CUANDO ESE CHICO CAIGA EN MIS MANOS!

LA CASA DE LA ALEGRÍA

UN MILLÓN DE CARCAJADAS

¿PROFESOR, CADA VEZ QUE ESTE NIÑO NECESITA UN LAXANTE TENEMOS ESTA LUCHA!

¿HA INTENTADO OTROS MÉTODOS, JUAN?

HE INTENTADO TODOS LOS MÉTODOS. LE HE PEGADO.. LO HE SOBORNADO.. LO HE OBLIGADO A TRAGARSE EL PURGANTE..¡PERO NADA!

NO ME DIGA QUE LO HA OBLIGADO. ¡ESO ES MUY ANTICUADO!

¡CUANDO SE OBLIGA A UN NIÑO A TOMAR UNA MEDICINA DESAGRADABLE, SE LE DESCOMPONE EL SISTEMA!

SERÁ ASÍ, PERO NO VEO OTRO MODO DE OBTENER RESULTADOS.

HAY QUE MIRAR EL ASUNTO DESDE UN PUNTO DE VISTA MODERNO. EL NIÑO RECIBE ATENCIÓN ESPECIAL EN TODO LO DEMÁS. ¿POR QUÉ NO DARLE UN LAXANTE ESPECIAL TAMBIÉN?

¡NUNCA HE OÍDO HABLAR DE LAXANTES ESPECIALES PARA NIÑOS!

POR SUPUESTO: LA **CASTORIA DE FLETCHER**, QUE ES PREPARADA ESPECIALMENTE, HASTA EN EL SABOR, PARA LOS NIÑOS. LES ENCANTA TOMARLA. ¡NO LES CAUSA DOLORES, Y NO LE HACE DAÑO A LOS MÁS PEQUEÑITOS!

SALIDA

¡VAYA, POR FIN!

¡NO ME PEGUES, PAPACITO! ¡NO PODÍA TOMAR ESA MEDICINA TAN MALA!

NO TE APURES, QUE EL PROFESOR ME HA DADO UNA GRAN IDEA.

¡YA VES, NENE, DESDE QUE LLEGÓ LA **CASTORIA** YA NO REÑIMOS MÁS!

¡CARAY, PAPÁ, ES MUY BUENA PARA TOMAR!

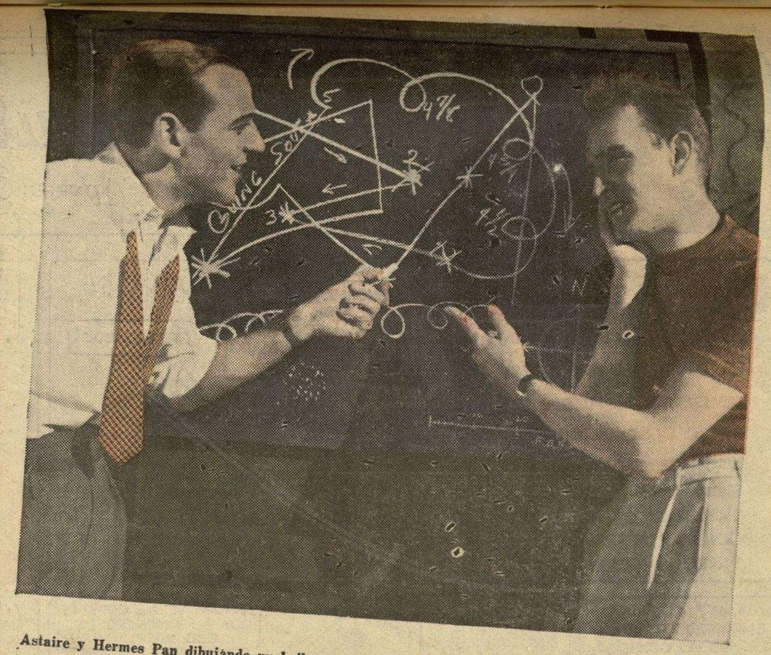
CASTORIA

LA **CASTORIA DE FLETCHER** ES BUENA PARA TODOS LOS NIÑOS HASTA LOS 11 AÑOS, NO LE HARÁ DAÑO AL NIÑO DE SISTEMA MÁS DELICADO. PIDA EL FRASCO ECONÓMICO PARA LA FAMILIA.

M.E.C.D. 2016

Eleanor Powell creó su baile para la cinta "Rosalie" con la ayuda de diagramas y de una reproducción en miniatura de la escena.

LOS PIES MAS FAMOSOS DEL MUNDO: pertenecen a Fred Astaire, que tardó tres años en perfeccionar el número de los tambores que hace en la cinta "El Bailarín Enamorado".



Astaire y Hermes Pan dibujando un baile que les sugirió el ruido de una mezcladora de cemento.

Ann Miller, practica un baile, con la ayuda del famoso maestro para "La Farándula de Radio City".

NACIDOS para el BAILE

Por Ludovico Sierra

Hollywood.

FRED ASTAIRE y Ginger Rogers hacen un baile en patines, y George Murphy ejecuta acrobatismos coreográficos con Alice Faye encima del sofá, las sillas y el piano.

Eleanor Powell baila sobre una fila de tambores mientras Astaire toca una combinación de timbales con sus pies. Georgie Tapps desafía las leyes de la gravitación en una pirueta en la que se mueve con la pasividad de una momia. Y así podríamos seguir mencionando docenas de trucos que los grandes bailarines del cine hacen para regocijo del público, que se siente intrigado ante las raras maniobras que seles ocurren a estos artistas.

La explicación de la destreza de estos hombres y mujeres de la pantalla está en que se dedican constantemente a inventar bailes novedosos, ensayándolos largo tiempo y con suma perseverancia para poder perfeccionarlos hasta un límite increíble. Los bailarines de la pantalla piensan, viven y duermen bailando. A veces crean ideas al percatarse de cualquier detalle ajeno en un paseo por el parque; o bien porque han encontrado en una película la inspiración que necesitan para renovar su técnica; o tal vez como resultado de muchas horas de arduos cálculos y diagramas representativos de un paso.

FRED ASTAIRE, por ejemplo, es un hombre que tiene dos cabezas para pensar sus bailes: la propia y la de Hermes Pan, el joven director coreográfico de los estudios RKO-Radio. Casi todos los números de baile hechos por Astaire y Ginger Rogers para el cine se han originado en alguna observación o incidente anotados por él o por Hermes Pan.

Un día Astaire iba a tomar el almuerzo en el restaurante del estudio y alcanzó a pasar cerca de una mezcladora de cemento. Al oír el ruido que producía el mecanismo, quedó tan impresionado que se puso a cavilar y cavilar hasta que sugirió el número de baile del cuarto de máquinas que hace en la película **Al Compás del Amor.**

En otra ocasión, cuando su criado le estaba pasando la escobilla por el gabán, lo hacía a compás de música que tocaba el radio en esos momentos. Astaire puso oído a la combinación y poco después inventó el baile de la escoba que hace con Burns y Allen en la cinta **El Bailarín Enamorado.**

El baile de la casa de los entretenimientos de la misma cinta surgió de una visita que Hermes Pan hizo al malecón de recreo de Venecia. Hizo unos pasos allí frente a un espejo de triquiñuelas y le estuvo muy cómica su figura reflejada en el cristal. A su regreso a Hollywood le contó el incidente a Astaire y éste se puso a probar el truco y le salió el baile más novedoso e interesante de la temporada.

Hermes Pan concibió la idea del baile de los patines que Astaire hace con Ginger Rogers en la película **Al Compás del Amor,** en una fiesta de patinaje que Miss Rogers le ofreció a sus amistades. El número de baile de Bojangles en la cinta **Ritmo Loco** nació al entrar Hermes Pan en un escenario oscuro y ver reflejadas en la pared del fondo tres siluetas de su sombra proyectadas por tres bombillas que fueron encendidas en ese instante.

ELEANOR POWELL, la gran bailarina de la Paramount, siempre lleva consigo un pequeño librito donde anota las ideas que se le ocurren para nuevos bailes. No hace dibujos, sino que pone nombres, aunque estos nombres nada tengan que ver con los pasos que luego inventará. Una vez miró por la ventana de su apartamiento en la dirección del restaurante Brown Derby y escribió las palabras Derby Slide, de las cuales salió un magnífico número. Ella no podría explicar los movimientos y pasos de estos bailes, pero los tiene en la cabeza y los hace en unos minutos, dando una exposición objetiva del asunto.

"Antes de hacer nada—dice Eleanor—tengo que haber sentido lo que se proponen representar; la trama, el decorado y la música influyen poderosamente en lo que hago con los pies. Al principio no tengo seguridad de lo que debo hacer, pero poco a poco voy coordinando todos estos factores de la obra hasta que me sale precisamente lo que se necesita."

Al entregarle la música para un número de baile, le dan una reproducción en miniatura del decorado y de la escena donde ha de ejecutar su parte. De vez en cuando, hace diagramas y dibujos para completar esta miniatura, porque todo bailarín necesita saber el espacio que tiene a su disposición antes de decidir lo que hará.

Así tenemos que el número de baile acrobático que George Murphy inventó para la cinta "You're a Sweetheart" surgió de la escena misma, que representaba un mirador. Había muchos muebles y Murphy los usó para saltar sobre ellos como si fueran obstáculos al dar los pasos de su baile, aparte de que había visto ya un número parecido ejecutado por Astaire y la Rogers en **La Seducción del Continental.**

TERMINANDO el bosquejo preliminar e imperfecto de un baile, empieza el trabajo difícil. El artista tiene que practicar de seis a ocho horas diarias durante unos dos meses antes de poder aparecer ante las cámaras. Si la estrella ha de bailar acompañada de un coro, el trabajo es más fuerte, porque el director debe de coordinar los movimientos de la figura principal con la comparsa. Esta coordinación se realiza después de haber sido perfeccionado el número de baile de la figura principal, alrededor de quien hay que concebir la acción del coro.

Pero el éxito no siempre depende del tiempo que se dedique a practicar este difícil arte, ni del estudio, ni del talento especial de la estrella. Lo que determina el éxito es la personalidad del artista, que en este caso se manifiesta en el ritmo de las manos, de los pies y del cuerpo. Los bailarines nacen, y luego se educan y preparan. Por eso no hay fórmulas concretas para crear números de baile sensacionales.

M.E.C.D. 2016

ESTADO ESPAÑOL
MINISTERIO DE INFORMACIÓN Y TURISMO
HEMEROTECA
SERVICIO NACIONAL

DIARIO DE LA MARINA

HABANA, DOMINGO 20 DE MARZO DE 1938

BLANCA NIEVE

Y LOS SIETE ENANITOS.

POR WALT DISNEY

CON ÁNIMO DE ENGAÑAR A BLANCA NIEVE Y QUITARLE LA VIDA, LA REINA INGIERE UN BREBAJE MÁGICO QUE LA TRANSFORMA EN UNA ANCIANA VALETUDINARIA.

¡JEJE,JE! ¡EL DISFRAZ ES INMEJORABLE! ¡ME TOMARÁ POR UNA POBRE VIEJA INOFENSIVA! ¡INOFENSIVA! ¡JEJE,JE!

¡A VER AHORA! ¿QUÉ LE LLEVARÉ A BLANCA NIEVE? ¡ALGO QUE LE GUSTE! ¿A VER? ¡ESTO!

LA MANZANA ENVENENADA ¡ESTUPENDO!

¡A LA PRIMERA MORDIDA SUS OJOS SE CERRARÁN PARA SIEMPRE! ENTONCES, SERÉ LA MÁS HERMOSA!

ENTRETANTO, LOS SIETE ENANITOS HAN ACEPTADO A BLANCA NIEVE COMO AMA DE LLAVES Y ESTA LES COCINA LOS MÁS SABROSOS MANJARES.

¡SOPA! ¡SEÑORES! ¿QUÉ MODALES SON ESOS? ¡HUM! ¡HUM! ¡HUM! ¡RICO OLOR!

¡AUN NO ESTÁ LISTA LA COMIDA! ¡ADEMÁS, TIENEN QUE LAVARSE!

¿LAVARNOS? ¡SI NO ES DÍA DE AÑO NUEVO! ¡AHORA! ¡AHORA MISMO SE VA A LAVAR! ¡SI NO VAMOS A SALIR!

¡VALOR! ¡VALOR, QUE NO DUELE! ¡B-BRR, QUÉ FRÍA! ¡Y CÓMO MOJA! ¡QUÉ CÁFILA DE BADULAQUES! ¡TODO POR COMPLACER A UNA MUJER! ¡HUM! ¡A MÍ SI QUE NADIE ME HACE LAVARME!

¡SUÉLTENME! ¡SUÉLTENME, LES DIGO! ¡YA ME LA PAGARÁN! ¡SUJÉTENLO Y A LA TINA CON ÉL!

¡MÓJENLE LOS BIGOTES! ¡ÉNJABÓNENLO BIEN! ¡VOY A...GL..GL..GLU. VIEJO CA...YA VER... GLU..GLU...GLU!

¡A COMER! ¡VIVA!

EL RATON MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE

¡MENUDO TRABAJO ES ATENDER EL GARAJE DE TU TÍO, EH, MIGUELITO? ¡SÍ, Y MUCHO CUANDO EL QUE ME AYUDA ES TRIBILÍN!

¡AH! HAY UNO QUE QUIERE QUE LE CARGUEN LA BATERÍA! ¡PUES CÁRGASELA HOMBRE!

PERO, ¿NO ME DIJISTE? ¡ÓYEME, TRIBILÍN, YA ES TIEMPO DE QUE APRENDAS A HACER LAS COSAS SIN CONSULTARME!

BUENO, PERO, ANTES, ME HABÍAS DICHO QUE NADA DE CARGAR TODO AL CONTADO!

¡OH, EL ALCALDE!

¡LLÉVEME EL ESTANQUE EN SEGUIDA, QUE LLEVO PRISA! ¡O-S-SÍ, SEÑOR!

¡TRIBILÍN, LOS NEUMÁTICOS! ¡ALLÁ VOY, MIGUELITO!

¡UF! ¡NO ALCANZA!

¡TOME, QUE ME VOY VOLANDO! --

¡TA...TAM! ¿QUÉ DEM...?

¡COMO EL TUBO NO ALCANZABA HASTA LA RUEDA, LE LLEVÉ LA RUEDA AL TUBO! ¡PEDAZO DE BRUTO! ¡PONGA ESA RUEDA EN SU SITIO!

Copr. by Walt Disney Enterprises 1938. World rights reserved.

WALT DISNEY

¿ES QUE NO SABES HACER NADA A LAS DERECHAS? ¡CLARO QUE SÍ! ¡PERO COMO ME DIJISTE QUE HICIERA LAS COSAS SIN CONSULTARTE!

M.E.C.D. 2016

WONG-LO

BRANDON WALSH — Registered U. S. Patent Office

EL JEFE INDÍGENA REVELA A NUESTROS AMIGOS QUE EL YACIMIENTO DE ORO DESCUBIERTO POR CARLITOS NO ES SINO PARTE DE UN CARGAMENTO DE PEPITAS Y OBJETOS DIVERSOS DEL PRECIOSO METAL QUE SU TRIBU RECOGIÓ SIGLOS ATRÁS DE UN BUQUE NÁUFRAGO. LOS CONDUJO A SU TEMPLO Y LES ENSEÑÓ EL RESTO DEL TESORO.

¡CANASTOS! ¡UNA GRAN CADENA DE ORO MACIZO!

ESTA COPA FUÉ HECHA EN ESPAÑA HACE VARIOS CIENTOS DE AÑOS.

LEPETILAMENTE SE HA PLOCAMALO: EL OLO CONVIELTE AL GUSANO EN UN OLAGON.

PIDÁMOSLE AL JEFE QUE NOS DIGA MÁS SOBRE EL ORÍGEN DE ESTO.

CORRE LA LEYENDA DE QUE UN GRAN BARCO NAUFRAGÓ EN LA COSTA HACE MUCHÍSIMOS AÑOS. LA TRIPULACIÓN SE SALVÓ TRAYENDO A TIERRA EL TESORO. ¡ESOS HOMBRES NO ADORABAN A OTRO DIOS QUE EL METAL AMARILLO!

LOS EXTRANJEROS ERAN MALVADOS Y MATARON A GRAN PARTE DE LOS INDÍGENAS, QUE PADECÍAN HAMBRE A CAUSA DEL MALEFICIO DE LOS GUIJARROS AMARILLOS.

UN DÍA EN QUE LOS TIRANOS IBAN A CELEBRAR UN FESTÍN, NUESTROS SACERDOTES PUSIERON RAICES MÁGICAS EN LAS OYAS Y TODOS MURIERON. ¡EL MALDITO ORO FUÉ ENCERRADO EN EL TEMPLO PARA EVITAR MÁS DESGRACIAS A LA TRIBU.

AHORA LOS ESPÍRITUS MALÉFICOS ENCERRADOS CON EL METAL DAÑINO LUCHAN POR RECOBRAR LA LIBERTAD. ESTA NOCHE, AL SALIR LA LUNA, MI PUEBLO ARROJARÁ EL ORO EN EL POZO SIN FONDO, PARA QUE VOLVAMOS A VIVIR FELICES.

¡CÁSPITA! ¡ESTÁN TIRANDO LO TODO DENTRO DE ESE CRÁTER.

¡CUANTA RIQUEZA PERDIDA! ¡EL JEFE DEBE ESTAR LOCO!

¡ESTA INÚTIL PELSONA SIGUI CLEYENDO QUE LA SALUD, LA PAZ Y EL HONOL VALEN MÁS QUE MIL MINAS LE OLO!

3-13 Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

N. AFONSKY

ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

By Brandon Walsh

¡OOH, QUÉ BUENO!

¡SI QUE PARECE MENTIRA!

¡OJALÁ SEA VERDAD!

¡PALABRA QUE YO MISMA OÍ AL VELADOR CONTÁRSELO A LA COCINERA!

¿Y LA SEÑORA DE MALGENIO, ESTUVO PRESA?

¡SEGÚN EL VELADOR, UN DETECTIVE MARAVILLOSO QUE SE LLAMA EZRA FLINT DESCUBRIÓ QUE LA SEÑORA DE MALGENIO ROBABA DINERO A LAS POBRES HUERFANITAS!

¡PERO, ¿CÓMO? ¿SI NOSOTRAS NUNCA HEMOS TENIDO DINERO?

¡YO UNA VEZ TUVE 10 CENTAVOS; PERO LOS GASTÉ!

¡EL VELADOR LE DIJO A LA COCINERA QUE LA SEÑORA DE MALGENIO FUÉ OBLIGADA A IR A VIVIR EN OTRO PAÍS! ¡SI VUELVE LA PONDRÁN PRESA!

¡CHIST, AHÍ VIENE ALGUIEN!

"¡SE ACABARON LOS MALOS TRATOS, EL HAMBRE Y LAS PENAS QUE HAN PADECIDO AQUÍ! ¡LA SEÑORA DE MALGENIO NO VOLVERÁ!"

¡BRAVO!

¡SÍ, A PESAR DE SUS PÉTALOS JASPEADOS Y DE SU GRAN TAMAÑO, ES UN NARCISO!

¡LO FELICITO, MARTÍN, ES UN EJEMPLAR NUEVO Y MUY VALIOSO!

¡ESTA NIÑITA LO CULTIVÓ SIN AYUDA DE NADIE! ¡POR ESO LE PUSE EL "NARCISO ANITA"! ¡FELICÍTELA A ELLA!

¡MUCHO GUSTO DE CONOCER A UNA HORTICULTORA TAN MONA!

¡H-O-R-T-I-C-U-L-T-O-R-A! ¡CARAMBA! ¡YA ME PARECÍA QUE SERÍA ALGO BUENO! ¡QUIERE DECIR: "PERSONA DEDICADA AL CULTIVO DE LOS HUERTOS."! ¡BRAVO!

3-13

N. AFONSKY

Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

M.E.C.D. 2016

MODESTO RIZOS

Registered U. S. Patent Office

DEZA NO QUISO DECIRME A DONDE IBA DESPUÉS DE QUE LO LLAMARON POR TELÉFONO.

¡A VER SI LO AVERIGÜO EN LA JEFATURA DE POLICÍA.

¡HOLA, SARGENTO! ¿EN DÓNDE ENCONTRARÉ A DEZA?

NO SÉ DECIRLE, RIZOS. LE HAN DADO UN ENCARGO ESPECIAL.

¡SÍ, SOY QUIÑONES, DE "EL CAÑÓN"! ¿QUÉ ES LO QUE OCURRE, MODESTO?

NO MODESTO, TODAVÍA NO HEMOS RECIBIDO ESA INFORMACIÓN.

¡ESTOY SEGURO DE QUE VA A SUCEDER ALGO DE INTERÉS! ¡TENDRÉ QUE PONERME SOBRE LA PISTA!

¡UN AUTO DE LA POLICÍA! ¡Y LO CONDUCE DEZA!

¡HA PARADO EN LA ESQUINA!

¡TE TENGO ACORRALADO, HENARES! ¡SUBE Y DATE PRESO!

¡CA! ¡BAJA A PRENDERME!

PUM

Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

¡ESTOY SEGURO DE HABER OÍDO UN DISPARO!

¡DEZA! ¿QUÉ HA PASADO? ¿ESTÁ HERIDO?

¡ESTOY... ESTOY BIEN... ¡YA LO PRENDERÉ!

LYMAN YOUNG

3-13 CONTINUARÁ

AVENTURAS DE AGUILUCHO

Registered U. S. Patent Office

By Lyman Young

¡TERMINA PRONTO, QUE PEPE SE NOS HA ADELANTADO Y HAY QUE SEGUIR!

¡ATIZA! ¿QUIÉNES AULLARÁN ASÍ?

¡SALVAJES!

¡TENEMOS QUE ALCANZAR A PEPE CUANTO ANTES!

¡SUENAN LOS TAMTAMES! ¡DEBEN ESTAR EN PLAN DE GUERRA!

¡QUIZÁS DEBIERA AGUARDAR UN PARA VER QUÉ PROYECTAN!

¡UNA DANZA DE GUERRA!

¡DE PRONTO LOS SALVAJES LANZAN AL AIRE SUS ARMAS!

¿QUÉ SIGNIFICARÁ ESO?

¡SE HAN SUBLADO! ¡CORRO A ADVERTIR A PEPE!

¡AGUILUCHO DEBE HABER LLEGADO A LA CABAÑA DE DEVLIN, POR EL CAMINO DE TAOGA!

LYMAN YOUNG

¿IRÁN LOS SALVAJES A ATACAR A DEVLIN?

Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

3-13 CONTINUARÁ

M.E.C.D. 2016

DIARIO DE LA MARINA

SUPLEMENTO CÓMICO

BOMBÍN

—MUCHOS BILLETES DE $5, $10 Y $20 SE LE ENCONTRARON EN EL FORRO DEL SACO. ¡HUM!

¡EL ECO SE DETUVO A UN MENDIGO QUE VIAJABA EN UN AUTO DE $2.000!

¡EL MENDIGAR DEBE SER BUEN NEGOCIO! ¡PUES, SEÑOR, YO LO VOY A PROBAR!

¡GRACIAS, SEÑORA! ¡AHORA PUEDO TOMAR UNA TAZA DE CAFÉ!

¡BAH! ¡TODA MAÑANA PIDIENDO LIMOSNA Y SÓLO HE RECOGIDO 55 CENTAVOS!

¡CABALLERO, UNA CARIDAD, POR AMOR DE DIOS! ¡HACE DOS DÍAS QUE NO PRUEBO UN BOCADO!

¡$1.25 Y SON LAS SEIS DE LA TARDE! ¡NO ES UNA MINA DE ORO; PERO PEOR ES NADA!

TENTARÉ LA SUERTE UNA VEZ MÁS ANTES DE RECOGERME.

¡CABALLERO! ¡UNA CARIDAD, POR EL AMOR DE...!

¡EH! ¿CON QUE TÚ, BOMBÍN, ESTÁS PIDIENDO LIMOSNAS?

¡AY! ¡NO ME PEGUES 'PICA PICA'. NO ME DI CUENTA DE QUE ERAS TÚ!

¡UN PESO Y VEINTICINCO CENTAVOS! ¡QUE CHANCLETA ERES! ¡EL MENDIGO QUE MENCIONAN AQUÍ LLEVABA $2,000!

3-13

Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

PEDRO HARAPOS

Registered U. S. Patent Office

ESCUCHA ESTO, PEDRO: "LA CONSTRUCCIÓN DEL TÚNEL PARA EL NUEVO FERROCARRIL SUBTERRANEO OCASIONA PERJUICIOS A LA CALLE MAYOR. LAS EXPLOSIONES ROMPEN LOS VIDRIOS DE LOS ESCAPARATES"

IDEA

RESTAURANT

CUIDADO CON LAS EXPLOSIONES

¡RETÍRESE DE AQUÍ, AMIGO, QUE PRONTO VA A HABER EXPLOSIONES!

¡BAH! ¡AQUÍ NO ME PASARÁ NADA!

PELIGRO

¡PUM!

¡EH! ¿QUÉ TAL?

¡IDIOTA! ¿QUÉ DIABLOS VAMOS A HACER CON UN POLLO DE CERA?

Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

3-13

M.E.C.D. 2016